

José M^a Bravo Lineros & Andrés Díaz Sánchez

SANGRE Y ACERO

~Aventura, Épica y Fantasía Heroica~

Nº 2
475 ptas

- ✓ Tres relatos salvajes
- ✓ El Hacha
- ✓ Los hijos de Odin en la Península Ibérica
- ✓ Galería de Ilustraciones de Carlos Jiménez
- ✓ **MANOWAR**: El Triunfo del Metal Épico

Y más aún...

SANGRE Y ACERO Nº 2 - AGOSTO 1999

Comandancia Suprema:

José M^a Bravo Lineros, El Forjador de Leyendas & Andrés Díaz Sánchez, El Destructor de Héroes

Maquetación y diseño gráfico:

José María Bravo Lineros, El Forjador de Leyendas

Fuerzas de Élite:

José M^a Bravo Lineros, El Forjador de Leyendas

Fernando Caro, El Que Recoge Los Huesos

Andrés Díaz Sánchez, El Destructor de Héroes

Carlos Jiménez, El Implacable

Antonio José Pendón Jiménez, El Mercenario

Jorge García Picazo, El Segador de Almas

Israel Sánchez Vicente, El Señor de la Venganza

Las Legiones de la Muerte:

Nuestros legionarios extienden el fuego de S&A por sus predios. ¡Gloria a todos ellos!

Miguel Angel Aijón, El Degollador

José M^a Bravo Lineros, El Forjador de Leyendas

Andrés Díaz Sánchez, El Destructor de Héroes

Miguel A. Garrido, El Guerrero del Amanecer

Carlos Jiménez, El Implacable

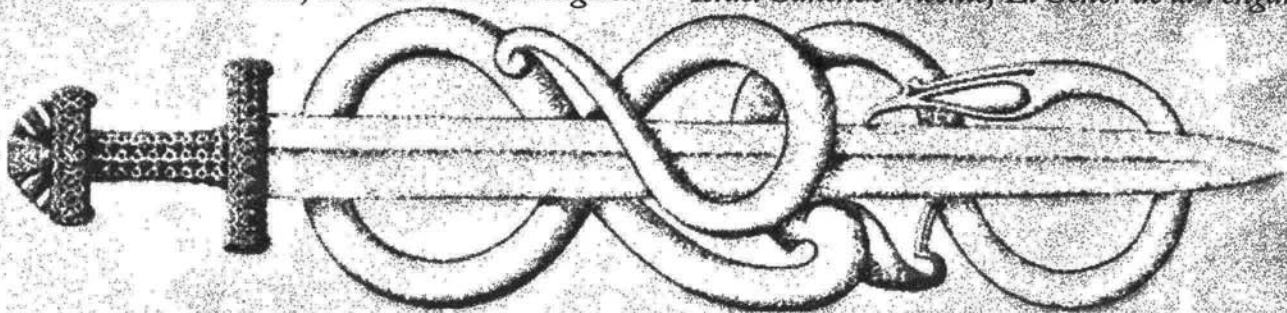
José Miguel Pérez Soriano, McBones

Jorge García Picazo, El Segador de Almas

José Rafael Martínez Pina, El Lobo Solitario

Darío Saez Blasco, El Inmisericorde

Israel Sánchez Vicente, El Señor de la Venganza



¿Tienes lo que hay que tener para formar en nuestras Fuerzas de Élite?

¿Sí? Entonces... ¿a qué demonios estás esperando?

¡Envíanos ya tus relatos, artículos, dibujos, cómics y demás colaboraciones!

Las someteremos a un intenso escrutinio y sólo los mejores serán seleccionados.

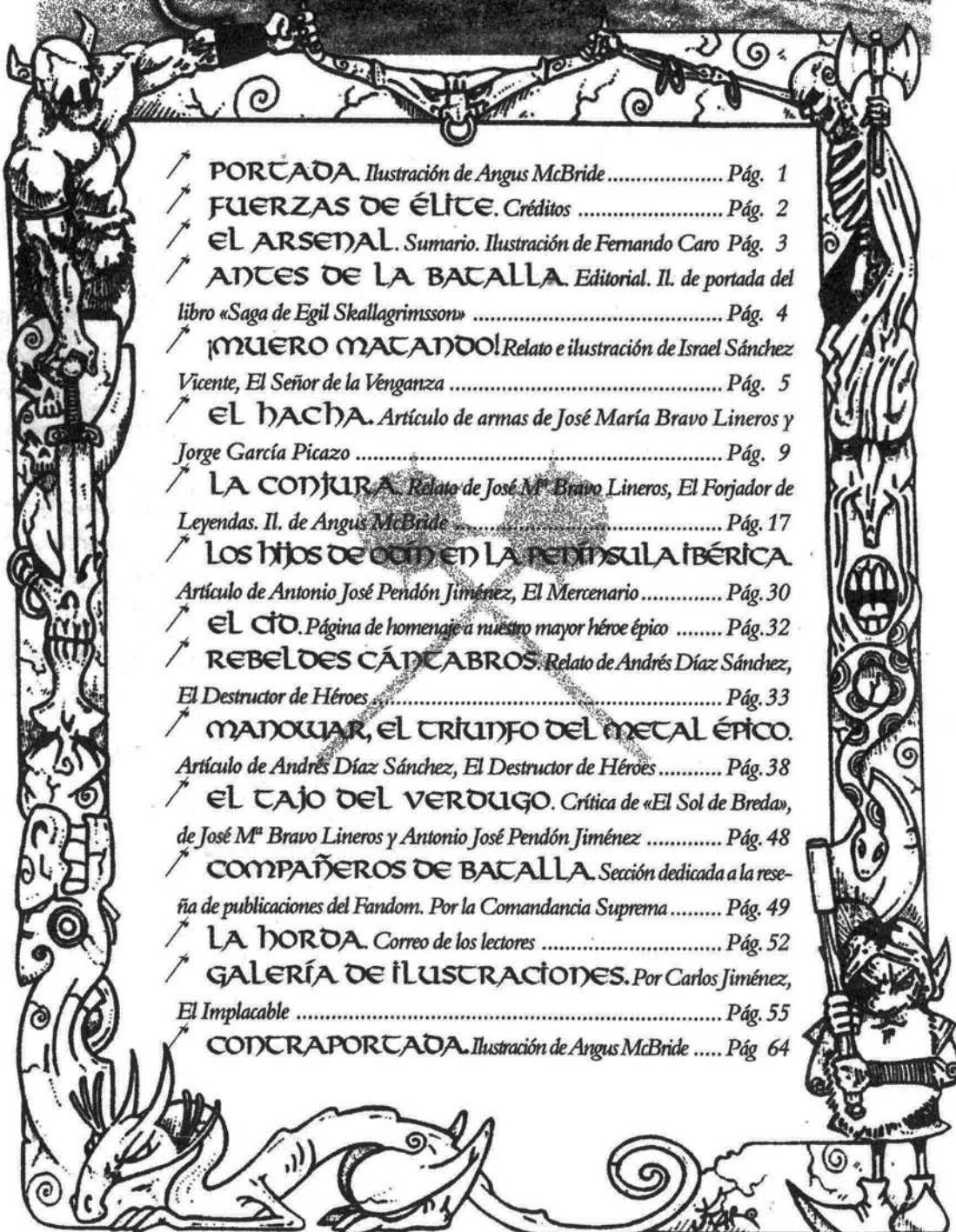
Únete a nosotros, si es que te atreves...

Envía tus colaboraciones a:

José María Bravo Lineros
C/ Sarasate nº 4, Caracas B, 6º p. 3
21003 - Huelva

Andrés Díaz Sánchez
C/ Florencio Sanz nº 15, 2º D
28025 - Madrid

«LOS EDITORES SI SE HACEN RESPONSABLES, SE ENORGULLECEN Y ESTÁN EN COMPLETO
ACUERDO CON LAS OPINIONES VERTIDAS EN ESTA PUBLICACIÓN»



↗	PORTADA. Ilustración de Angus McBride	Pág. 1
↗	FUERZAS DE ÉLITE. Créditos	Pág. 2
↗	EL ARSENAL. Sumario. Ilustración de Fernando Caro	Pág. 3
↗	ANTES DE LA BATALLA. Editorial. Il. de portada del libro «Saga de Egil Skallagrimsson»	Pág. 4
↗	¡MUERO MATANDO! Relato e ilustración de Israel Sánchez Vicente, <i>El Señor de la Venganza</i>	Pág. 5
↗	EL HACHA. Artículo de armas de José María Bravo Lineros y Jorge García Picazo	Pág. 9
↗	LA CONJURA. Relato de José M ^o Bravo Lineros, <i>El Forjador de Leyendas</i> . Il. de Angus McBride	Pág. 17
↗	LOS HIJOS DE OCHO EN LA PENINSULA IBÉRICA. Artículo de Antonio José Pendón Jiménez, <i>El Mercenario</i>	Pág. 30
↗	EL CÍO. Página de homenaje a nuestro mayor héroe épico	Pág. 32
↗	REBELDES CÁNTABROS. Relato de Andrés Díaz Sánchez, <i>El Destructor de Héroe</i>	Pág. 33
↗	MANOWAR, EL TRIUNFO DEL METAL ÉPICO. Artículo de Andrés Díaz Sánchez, <i>El Destructor de Héroe</i>	Pág. 38
↗	EL TAJO DEL VERDUGO. Crítica de «El Sol de Breda», de José M ^o Bravo Lineros y Antonio José Pendón Jiménez	Pág. 48
↗	COMPAÑEROS DE BATALLA. Sección dedicada a la reseña de publicaciones del Fandom. Por la Comandancia Suprema	Pág. 49
↗	LA HORDA. Correo de los lectores	Pág. 52
↗	GALERÍA DE ILUSTRACIONES. Por Carlos Jiménez, <i>El Implacable</i>	Pág. 55
↗	CONTRAPORTADA. Ilustración de Angus McBride	Pág. 64

Antes de la batalla...

Sangre y Acero vuelve a presentar batalla. Los hados han querido retrasar este número, sobre todo los duendes informáticos, pero, aún así, hemos regresado con mayor entusiasmo si cabe.

Te brindamos este número a ti, lector, el auténtico protagonista de esta publicación. Lo hacemos con el orgullo de un padre mostrando a su bravo y poderoso hijo.

Al abrir las páginas de Sangre y Acero te has embarcado en un fantástico viaje, alejado de la estúpida y aburrida vida cotidiana, en el que pretendemos inflamar el sentimiento épico en tu interior, un sentimiento ajeno al mundo actual.

Para nosotros, los que hacemos posible la publicación que tienes entre tus manos, cada número supone una ardua prueba, en la que empleamos hasta el último ápice de fuerza, calidad y entusiasmo que llevamos dentro. Nos mueve el beneficio material ni la simple diversión. Para los responsables de esta obra, nuestro objetivo es sacarte de la indiferencia y la desidia. Es una ardua batalla que tenemos el deber de ganar, y además, con honores y gloria.

Tal vez a algunos esta publicación les parezca pretenciosa, tal vez incluso infantil. No nos importa. Tampoco nos importan a nosotros los asuntos de sus miserables y patéticas vidas, a los que ellos dan tanta importancia. Para nosotros, lo realmente importante es que tú, lector de alma intrépida, disfrutes al máximo de cada página, hasta que sientas arder la sangre en tus venas de pura pasión.

No olvides enviarnos tus cartas, contándonos tu parecer sobre Sangre y Acero. Nuestro primer número tuvo una acogida excelente, pero no nos basta saber que has gastado tu dinero en este ejemplar. No. Queremos conocer tu opinión sobre él, sugerencias, críticas, dudas, y por supuesto, envíanos también tus colaboraciones: poemas, relatos, artículos, cómics, ilustraciones... No seas tímido, la timidez sólo lleva a la derrota. La Horda os espera a todos vosotros, fieles lectores. Sois la llama que alumina nuestro camino y nos da fuerzas.

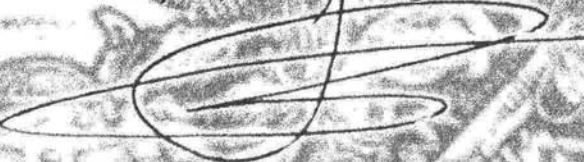
Para terminar, lanzamos un claro y contundente mensaje a todos aquellos que menosprecian el Rol, la buena y pura Aventura, Épica y Fantasía Heroica, los cómics, la música Rock o el Heavy: **MORIRÉ PERDIDO. NADIE OS NECESITA.**

Y para ti, lector, nuestro agradecimiento y grave saludo:

«SALVE, GUERRERO»

JOSE MARIA BRAVO LINEROS,
EL FORJADOR DE LEYENDAS

ANDRÉS DÍAZ SÁNCHEZ,
EL DESTRUCTOR DE HÉROES



MUERO

MACANDO!

POR ISRAEL SÁNCHEZ VICENTE

EL SEÑOR DE LA VENGANZA



e despiertan el zumbido de las moscas y el graznido de los cuervos. Lo primero que siento es dolor. Un dolor lacerante que traspasa todos y cada uno de mis miembros. Mi cabeza está confusa y mi vista nublada. Las sienes me laten dolorosamente. Intento incorporarme. Mis brazos están macilentos pero estoy vivo, y, por ahora, eso me basta. Sólo consigo ponerme a cuatro patas y es entonces, cuando mi vista se aclara, cuando me percató de que la hierba sobre la que estaba tendido rezuma sangre. Una nueva punzada me advierte la presencia de una brecha de buen tamaño en mi nuca, pero, cuando llevo la mano allí, sólo palpo un manchón de sangre coagulada; como si el simple roce de mis dedos sobre el corte abriese la puerta de mis recuerdos, me asaltan la mente caóticas imágenes de cuerpos musculosos enfrentados. Un auténtico mare magnum de caballos y hombres, el campo cruzado de espadas y lanzas. El clamor de los aceros, las armas rasgando la carne y arrancando gemidos de agonía. Todo ello ataca mis oídos, tan nítidamente como si lo estuviese viviendo ahora mismo.

Recuerdo la batalla de colosales proporciones que se estaba librando en este campo, antes de que algo me golpeará la cabeza y el mundo se volviera negro. Recuerdo el aroma acre del odio y del ansia de matar cuando me lancé sobre mi primer enemigo, y sé positivamente que sólo el adollado yelmo que yace a un metro escaso de mí me libró de una muerte segura. Elevé una plegaria a los dioses para suplicar Su perdón por haber dudado de Su capacidad para mantenerme vivo un día más y me incorporo, con no poco esfuerzo. Examino mi cuerpo en busca de alguna herida más. Encuentro multitud de pequeños cortes y contusiones de mayor tamaño y un feo corte en el muslo derecho, pero nada que revista gravedad. El destrozado jubón de cuero que cubría mi torso ha cumplido bien su función. Mientras me despojo de él y vendo mi muslo, compruebo que estoy cubierto de sangre de la cabeza a los pies. Instintivamente busco un arma en condiciones.

No tengo que indagar mucho para hallar, semienterrado bajo un acorazado semental, tan muerto como su jinete, un enorme mandoble, empuñado aún por su legítimo dueño. Me cuesta un indecible trabajo romper la fiera presa de la rígida y gélida mano, pero finalmente encuentro la recompensa a mis esfuerzos. El arma es tan alta como yo mismo, que estoy considerado como un sujeto excepcionalmente alto entre un pueblo ya de por sí bastante alto. Está ensangrentada desde la punta hasta las guardas y aún conserva en el filo los viscosos restos de las entrañas de algún camarada. Retiro las vísceras y contemplo el mandoble en toda su longitud, con un respeto reverencial, admirando la excelente factura que sólo un maestro puede conferirle a un arma como ésta. Me maravillo ante su equilibrio, a pesar de su formidabile

peso, y, asiendo la con ambas manos de su gran empuñadura, la volteo a ambos lados de mi cuerpo produciendo un cortante zumbido. Todo en ella me place. Cada muesca de su filo es un trofeo ganado en alguna cruenta batalla. Cada centímetro fue forjado para destrozar a otros hombres. Cada gramo de su masa fue añadido para astillar sus huesos. Esta espada fue creada para la guerra, al igual que yo. Vuelvo a voltearla. Esta vez con la diestra, por encima de mi cabeza, y lanzo un atronador grito desafiante. Los cuervos aletean nerviosos y se alejan de mí. La sostengo sobre mi testa y lleno mis pulmones de un perfume que me es agradablemente familiar. El hedor dulzón de la muerte.

Apoyado en el mandoble, recorro con la mirada el cráter en el que la batalla tornó lo que otrora fuera un verde valle salpicado de marrones colinas en un páramo rojo y negro, cubierto de cuerpos arrasados. Intento calcular el tiempo que he permanecido inconsciente. Varias horas, a juzgar por la posición del Sol, que ahora empieza a ocultarse. Me sorprende no encontrar supervivientes, de ambos bandos, llorando u honrando a sus muertos. O, a falta de guerreros, algún miserable intentando despojar a los fallecidos de lo que les quede de valor. Nada. Nadie. Sólo un silencio sepulcral, roto únicamente por el ulular del viento que agita mi suelta melena y los caídos y empapados pendones de dos ejércitos masacrados, y el graznido ocasional de algún cuervo disputando el mejor bocado a un congénere competidor.

Ambos sonidos me acompañan mientras deambulo, cojeando, por el campo desolado, pisoteando las montañas de cadáveres que lo alfombran. Tengo un enorme cansancio de miembros y, más aún, de huesos. Y la garganta reseca. En estos momentos mataría por un pedazo de asado y un pellejo de vino. Pero aquí no voy a encontrar ninguna de las dos cosas, de modo que será mejor ponerme en camino y dejar a los muertos con sus asuntos. Me detengo un instante para recoger una daga enjoyada que me servirá para pagar comida y cama en la primera posada que encuentre, y quizá alguna apetecible moza...

Algo me saca bruscamente de mis ensañaciones, el revoloteo de los carroficeros que huyen del campo. Me pongo en tensión, tratando de imaginar qué puede haber asustado así a unas criaturas tan osadas. Entonces los veo. Una horda espantosa, recortada contra las drusas ardientes del anochecer. Por unos instantes permanezco horrorizado ante las adominaciones que acaban de irrumpir en el campo. Alrededor de una treintena de enjutas, desgarradas y encorvadas figuras se desplazan bamboleándose por entre los cuerpos. Sus deformes y raídas cabezas observan a los cadáveres con atención, como lo hace el carnicero antes de cortar el trozo más succulento de la pieza.

Sus pieles blanquecinas, cubiertas de nauseabundas pústulas, dan una impresión de podredumbre y corrupción nunca vista por mí antes. De pronto, al unísono, todos se arrojan sobre el muerto más próximo y comienzan a devorarlo con ansia atroz. Me recreo más del tiempo saludable en el horrendo espec-

táculo que ofrecen aquellos seres desgarrando las cotas de los soldados como si de simple pergamino se tratase, para después arrancar un buen pedazo de carne de sus antaño vigorosos cuerpos. El desagradable sonido de la carne cruda a medio masticar y los huesos triturados por unas potentes mandíbulas como las de la hiena llena mis oídos.

Recuerdo haber oído hablar de ellos, de niño. Cuando los hombres de mi clan se reunían en las noches de invierno junto a sus chisporroteantes hogueras y contaban historias de sus batallas, viajes y aventuras. A mí me gustaba escucharlos, a escondidas. Quería revivir esas gestas narradas por los guerreros más prestigiosos del clan. Pero hubo una que jamás quise revivir: la que hablaba sobre ellos. No había nombre para definirlos. Acudían a los campos de batalla cuando todo había acabado, arrastrándose sobre las montañas de muertos, para quitarles lo único que les quedaba de valor. El alma. Son necrófagos. Son comedores de muertos que, al devorar el cuerpo de los guerreros caídos en combate, no permiten que tales sean incinerados como exigen los ritos funerarios, impidiendo así que su alma ascienda a la Gran Sala, donde van todos los luchadores caídos y combatir con los mejores sin sufrir daño alguno, disfrutar de los eternos banquetes y gozar de las caricias de las más hermosas y complacientes ninfas. Privan al guerrero de una muerte gloriosa, corrompiéndola de la más deshonrosa manera, convirtiendo a los héroes en meros pedazos de carne digerible. Y los combatientes de mi clan los temían, más que a ningún otro tipo de seres, terrenos o ultraterrenos.

Yo siempre me resistí a creer en su existencia, pero ahora tales mitos se alzan ante mí. Mis ojos se posan sobre uno de esos seres y lo que veo me disuade del pensamiento que comenzaba a tomar forma en mí: dar media vuelta y huir. Aquella cosa intenta separar un musculoso brazo del cuerpo de un guerrero a mordiscos y violentos tirones. Y yo reconozco en ese cuerpo a Cororuc, alguien a quien yo llamé «amigo». Mi compañero de fatigas en innumerables campañas contra el invasor. El guerrero más formidable con quien he tenido el honor de combatir. Juntos, hemos hecho más viudas y huérfanos de los que podría contar en tres vidas, y ahora no voy a permitir que esas adominaciones sin nombre priven a Cororuc de su merecida recompensa, ganada en un sinnúmero de combates. No devorarán a mi Hermano de Armas. No mientras empuje el acero.

De pronto, una reserva de odio que desconocía poseer infunde a mis miembros un vigor del que carecían instantes atrás. El grito de guerra de mi clan resuena por el campo y una treintena de cabezas se giran sorprendidas hacia mí. Por primera vez reparan en esa solitaria, alta, musculosa, demacrada y desafiante figura que les espera con los brazos extendidos en cruz. Yo, por mi parte, contemplo, también por primera vez, los ojos de los necrófagos.

Negros por completo, bulbosos, cremosos, desprovistos de vida salvo por un tenue fulgor

de maldad. El que parece ser más anciano se incorpora lentamente y puedo apreciar que, aunque enjuto, sus músculos están bien definidos y parecen potentes. Les hace un gesto a sus compañeros, que abandonan el pedazo de cadáver entre las manos, y también se incorporan.

Las famélicas criaturas me observan con curiosidad.

-¿Os enfrentaréis a alguien que vive, gusanos? -
-¿Os enfrentaréis a un guerrero? ¿O huiréis sin tratar de proteger vuestro botín?

No tengo forma de saber si han comprendido mis palabras. Tampoco me importa. Empiezo a trotar lentamente por entre los cuerpos mutilados, en dirección a mis enemigos. Acelero el paso aferrando la doble empuñadura del mandoble. El trote deja paso a amplias zancadas. La herida del muslo ha vuelto a doler. Algo cálido y pegajoso se extiende bajo mis botas de cuero y mi improvisado vendaje. Ignoro el dolor. Echo a correr lanzando un grito salvaje, me lanzo al ataque. Su superioridad numérica es aplastante, pero me es indiferente. Los necrófagos no se hacen esperar, avanzan hacia mí con las zarpas dispuestas. La visión del rostro de uno de aquellos seres, manchado con la sangre de algún guerrero caído en combate, me enloquece. Una sensación bien conocida por mí me inunda y ya lo veo todo rojo. Ríe como un demente. Me parece ver al necrófago más anciano sonreír con una macabra mueca, justo antes de descargar mi mandoble sobre el primer oponente. El golpe revienta su cabeza como a una sandía. Su sangre me salpica el rostro. De modo que podéis sangrar... ¡Pues pagaréis muy caro el festín de hoy! ¡Y lo haréis con sangre! ¡Vuestra sangre!

Veo una difusa sombra gris moverse a mi derecha, y hacia allí va mi mandoble, que se aloja en el costado derecho de un necrófago. Libero el arma con todo el peso del cuerpo, dejándola resbalar en un golpe destripante. Ante mí se alzan dos más. Cargo con todo mi hombro contra uno, desequilibrándolo, arrojándolo al suelo, y empalo al otro. Saco el mandoble de sus entrañas de un seco tirón y volteo el arma, a ciegas, a mi alrededor. Siento las vibraciones de al menos dos impactos. Cuando termino el giro, veo a otro tratando de maniobrar para sorprender mi flanco y me lanzo contra él con el mandoble sobre la cabeza. Siento un júbilo satánico cuando mi golpe destroza su hombro y penetra hasta el corazón. Vuelvo a liberar el arma, ayudándome de un pie, mas algo salta encima de mí y me arroja a un lado. El mandoble vuela de mis manos. Forcejeo desesperadamente. Siento un mordisco en el hombro izquierdo. Como por arte de magia, mi diestra aferra un mechón de pelo y tiro de él con todas mis fuerzas. Consigo retirar la testa que me tenía apresado, mas sus colmillos me arrancan un pedazo de carne. Suelto mi puño zurdo sobre tan aborrecible rostro, reventando un bulboso ojo negro. Ruedo sobre él y continúo golpeándolo salvajemente, hasta aplastar su faz. Rápidamente saco del cinto la daga enjovada que pretendía vender, mientras

algo me agarra de la cadellera y me obliga a ponerme en pie. La emprendo a cuchilladas con mi captor. La sensación que me produce la daga al penetrar en el duro y cuarteado abdomen me recuerda vagamente a un odre de vino siendo agujereado. Una carcajada aflora a mis labios.

Tras apuñalar al último me incorporo. Intento orientarme. Evaluar mi situación. Pero un demonio blancuzco salta ya sobre mí. Evito el ataque echándome a un lado y cojo un hacha clavada sobre un cuerpo cercano. De nuevo me lanzo al combate, la energía furiosa me impele. Un necrófago consigue darme un xarpazo en el costado izquierdo, pero tal es su último acto. Mi golpe le cercena el brazo derecho, donde ahora ha nacido un surtidor de sangre.

Otros dos se me echan encima. Uno a las piernas, el otro a la espalda. El primero calculó mal su movimiento y no ha logrado derribarme, como sin duda era su propósito. Sólo consigue aferrarme un musto. Me inclino hacia delante con todas mis fuerzas y le suelto un hachazo mientras el otro clava sus colmillos en un omoplato. El hacha destroza su cabeza. Entonces, se produce un cambio en los derroteros de la batalla. Los necrófagos se reagrupan dándome un necesitado momento de respiro. Veo una espada ancha cerca de mí y la blando con la diestra, empujando el hacha con la siniestra. Espero. Sudoroso, jadeante, cubierto de sangre seca y reciente.

Los necrófagos siguen mi ejemplo y empiezan a tomar armas de los muertos. Lanzas, picas, mazas, espadas. Mascullo un juramento y maldigo a los dioses por haberse burlado de mí y haberme reservado tan funesto destino. Empiezan a rodearme, dirigidos por mudos gestos del más anciano. De pronto me doy cuenta de que ninguno de ellos ha pronunciado una sola palabra. Ni un solo sonido ha salido de sus gargantas. Quizá no puedan hablar. ¿Qué más da? Una cosa es segura, son inteligentes. Estoy cansado. Los brazos me pesan. Las piernas no quieren sostenerme. Las heridas me adrasan. Pero no puedo permitir que lo noten. Si me ven desfallecer se arrojarán sobre mí como ratas radiosas. Me cuesta un esfuerzo sobrehumano mantenerme erguido, pero lo hago. Miro a los necrófagos a los ojos, uno por uno. Y lo que veo me agrada. Tienen miedo. Lanzo un grito y retroceden con un respingo. Me río. Es una risa de lobo acorralado. De repente deja de importarme. Mi vida se reduce a un único objetivo: matar. Acabar con el mayor número posible de estos hijos de perra antes de convertirme en su alimento. He luchado en tantas batallas que ya no recuerdo por qué lo hice en la mayoría de ellas. He dado a muer-

te a hombres sin cuento y no me arrepiento de nada. Volvería a hacerlo. Si tengo que morir, prefiero que sea de este modo a perecer viejo, arrugado, entre sábanas de seda.

Por fin se lanzan al ataque. Respiro hondo y vuelvo a lanzar a los cuatro vientos el grito de guerra de mi clan. No les aúllo a los «comedores de hombres», les dramo a los dioses. Al mundo entero. No tengo miedo, ¿me oís? ¡No tengo miedo!

Mi primer enemigo recibe la bienvenida del hacha. Me despiendo desesperadamente lanzando tajos a diestra y siniestra con ambas manos, no para salvar la vida, pues está perdida ya, sino para matar a cuántos pueda. Ellos confían en su superioridad numérica para vencer. No están equivocados.

Entonces, finalmente, sucede. Siento cómo algo me atraviesa la espalda, la punta ensangrentada de una lanza aflora por mi pecho. Gruño involuntariamente. Me dedazo. La espada cae de mi mano. Humillo una rodilla mientras las criaturas estrechan el cerco, cautelosamente, envalentonadas por un aroma que perciben y conocen. El aroma de la Muerte. Intento contener las arcadas. Toso sangre. Siento el tacto de una de las criaturas y me incorporo golpeando con el hacha. Destrozo el rostro de otra. Alguien retuerce la lanza que me empala y el dolor me paraliza. Se arrojan sobre mí con dábencantes colmillos. Una fina niebla roja comienza a cubrir el mundo. Descargo un puntapié. Golpeo de nuevo con mi hacha. Muerte. Muerte para los demás. No para mí. No para mí. Tajo y aplastro a ciegas, sin compasión.

Un nuevo golpe me destroza el hombro derecho. Me derrumbo. De nuevo estoy a cuatro patas. El dolor. Dioses, qué dolor. La sangre mana a bordotones por mis heridas y boca. Amenaza con ahogarme. Están empezando a devorarme. ¡Tiene gracia! Toda la vida cerca de la muerte y jamás se me habría ocurrido imaginar que iba a acabar así. Empiezo a verlo todo negro. ¡Pues que así sea! No habrá plañideras que lloren mi muerte. ¿Y qué? No gozaré del descanso eterno junto a los dioses, pero recordad una cosa, muero matando. ¿Me oís? Muero matando.

Alguien me aferra de la cadellera, abro los ojos mientras unos colmillos tironcan del guñapo que debe ser ahora mi pierna. Vuelve la negrura. Me sorprende salmodiando una vieja trova guerrera. Con un esfuerzo, mis párpados suben de nuevo. El descarnado rostro del más anciano está a escasos centímetros del mío. Una fea mueca que debe ser una sonrisa lo cruza. Un jadeo silba entre sus colmillos. Su fétido aliento a carne medio descompuesta me asalta. Se ríe de mí. Lo sé. Pero escúchame tú también: muero matando. ¿Me oyes? ¡Muero matando!

EL HACHA



l hacha es un instrumento cortante, compuesto de una pala de forma trapezoidal generalmente, con un ojo para enastarse a un mango perpendicular al filo.

Sus pesos y dimensiones son de lo más variado. En cuanto a la longitud, en los mangos está desde los 50 cm. aproximadamente hasta casi los 2 m, siendo la medida más común en torno a unos 150 cm. Con respecto a su peso, oscila entre menos de un kilo de las hachas más pequeñas a los varios kilos de las grandes hachas de batalla.

El hacha ha sido a lo largo de la historia tanto arma como herramienta, y en numerosas ocasiones ambas cosas a la vez.

Aunque ha estado presente como herramienta en todas las culturas, no ha sido así en el caso de su especialización ofensiva.

Las hachas más comunes tienen un solo filo, aunque existieron las dotadas de doble filo.

El talón (la parte opuesta al filo) en las hachas de filo único está provisto en ocasiones de una gubia o púa, que sirve para herir y equilibra el arma en el golpe.

ORÍGENES

El hacha fue una de las primeras armas elaboradas por el hombre. Sus orígenes se remontan a las hachas de mano (bifaces) labradas en piedra del Paleolítico Medio e Inferior (entre el 200.000 al 100.000 a.C.). Se elaboraban golpeando el guijarro con otra piedra dura, arrancando lascas o esquirlas por ambas caras hasta conseguir un útil en forma de gran almendra. Después de tallar superficialmente la piedra, se empleaba un trozo de madera o hueso para perfilar las aristas, puliendo luego la superficie con otro instrumento más fino. Estas bifaces se empuñaban por el lado y se golpeaba con ellas normalmente de arriba abajo, con el filo del otro extremo formado por las afiladas aristas.

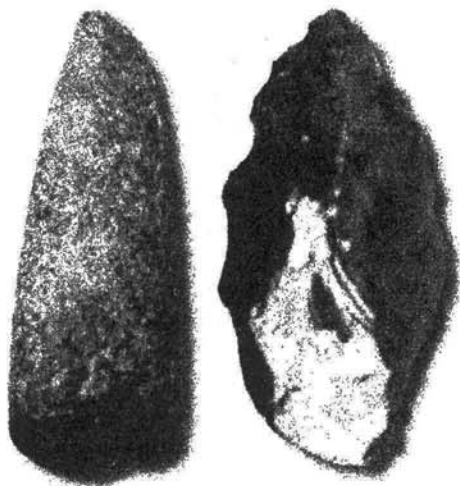
Las piezas más antiguas conocidas son las Pebble Tools, utilizadas por los primeros homínidos. En su mayoría, la materia prima eran cantos rodados de cuarcita.

En las etapas posteriores, nuestros antepasados descubrieron el pedernal o sílex, de filo mucho más cortante.

Durante el Paleolítico superior (aproximadamente, sobre el 40.000 a.C.) aparecen las primeras hachas enastadas, incrementando así su potencial ofensivo. El enastado se aseguraba por medio de cuerdas o tendones.

En el periodo Neolítico (4.000 al 2.000 a.C.) se abandona el labrado de la piedra en favor de la técnica del pulimentado, obtenido por frotación de ésta contra una piedra de arenisca o de cuarcita espolvoreada de arena húmeda. El material empleado era piedra de gran dureza, como el basalto, la serpentina, ofita, el jade, etc... También se invirtió, en algún momento de estos periodos, probablemente coincidiendo con la adición del mango, el sentido de orientación de la piedra, pasando a emplearse el lado más ancho como filo y el estrecho para la fijación al mango.

El siguiente gran paso hacia el hacha de guerra lo constituyó la metalurgia, iniciada en algún lugar de Oriente Me-



Arriba: primitivas hachas de piedra tallada (dcha.) y pulimentada (izqda.), pertenecientes, respectivamente, al Paleolítico inferior y al Neolítico. Izquierda: ilustración que muestra cómo se empuñaban los primitivos «bifaces»

dio en torno al 5.000 a.C. con el trabajo del cobre. El cobre fundido se vertía en un molde de piedra, formado por dos mitades con la forma de la hoja tallada en ellas, de manera que al solidificarse formaba la cuchilla del hacha. Se conoce una gran variedad de formas de estos moldes: planas, caladas, tubulares, dentadas, algunas con decoración geométrica o zoomórfica, para su empleo ceremonial.

La diversidad de tamaños y pesos comienza a hacerse patente ya en tan temprano periodo, con hojas de hacha planas de apenas algo más de 100 gr. hasta cabezas de hacha muy grandes de unos 32 cm. de longitud y unos 3 kg. de peso.

En Ur, las hachas caladas fundidas en electro (una aleación de oro y plata) fueron símbolo de la realeza.

Tal vez por accidente, tal vez intencionadamente al cobre se le añadió estaño, naciendo de esta manera un nuevo metal de mayor dureza, el bronce. La Edad del Bronce abarca aproximadamente del 1.500 al 750 a.C. A esta aleación normalmente de un 90% de cobre y un 10% de estaño, se le añadían también pequeños porcentajes de otros materiales, por ejemplo arsénico, que afecta a su textura haciéndolo más duro, o plomo, probablemente añadido para hacer fluir más fácilmente el metal fundido, aunque también podría haber sido agregado simplemente para aumentar el peso, una práctica poco honesta por parte del herrero.

El bronce constituía un material eficiente para realizar armas, pero no era todo lo duro que un guerrero podía desear. El filo perdía su agudeza con mucha rapidez y, aunque se podía volver a afilar, resultaba todo un engorro.

La solución al problema era conocida ya por un pueblo de Asia Menor, los Hititas, poseedores del secreto de un metal más duro de cuantos se conocían. Tal secreto les permitió someter al resto de los pueblos de su zona y establecer un férreo imperio.

Sólo cuando perdieron su supremacía y comenzó su decadencia, sobre el 1.280 a.C., se difundió el secreto del hierro.

El empleo del hierro comenzó a difundirse en Europa hacia el 1.200 a.C., aunque la Edad del Hierro no se instauró hasta aproximadamente el 800 a.C. Tal hecho se atribuye a los celtas de Hallstatt, aunque de manera bastante lenta, puesto que el uso del hierro no llegó a Inglaterra hasta los años 500 a 400 a.C. Dicha difusión se debió a las migraciones celtas. De este período nos quedan armas finamente cinceladas, pues los celtas eran consumados maestros del arte de la ornamentación.

De igual manera, la forma de fijación de la hoja al mango también evolucionó con el tiempo. Al talón simple se le añadieron unos rebordes, unos bordes doblados, o una o dos anillas laterales por las que pasar los correajes que la unían al mango, evitando su deslizamiento. Otro método de finales de la Edad del Bronce era proveer a la hoja de un casquillo donde se insertaba el mango. Finalmente, se habilitó el ojo en la hoja a través del cual se hacía pasar el mango, sistema éste aún vigente en la actualidad.



Molde de piedra para forjar hachas de bronce

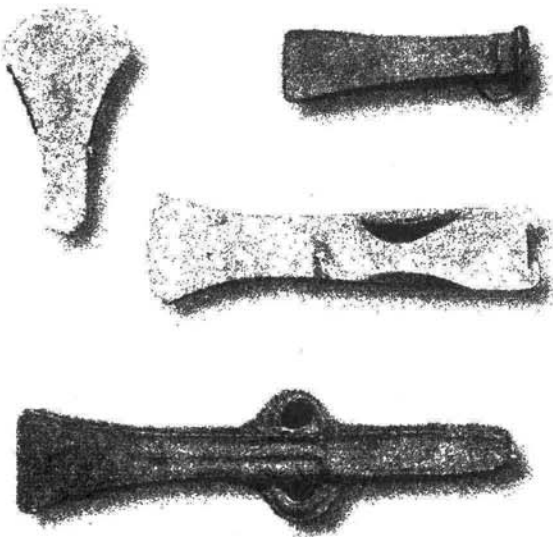
LA EDAD DE LOS METALES

Entre los pueblos célticos hay testimonios de su uso militar que se remontan a la Edad del Cobre (2.000 a.C.), en ejemplares de largo mango, casi como una alabarda, con hoja estrecha, convergente y de doble filo.

LA ÉPOCA CLÁSICA

En el periodo clásico el hacha fue considerada por griegos y romanos un arma bárbara. Los romanos, especialmente, despreciaban dicho arma al ser exclusivamente cortante, ya que ellos practicaban una esgrima basada principalmente en los golpes de punta. Esto es lógico si se piensa en que la principal arma del ejército romano, el *gladius*, se empleaba para dar rápidas y letales estocadas estando en una formación. El uso de hachas o espadas para asestar golpes cortantes requiere mucho espacio y no es compatible con una sólida formación a la usanza romana.

Por esto, el uso del hacha no se popularizó en la cuenca mediterránea, pero sí tuvo, en cambio, una gran difusión entre los pueblos del norte de Europa y por el resto de pueblos con influencia de la cultura celta. Así, mientras que para los romanos era un arma simbólica



Hachas de la Edad del Hierro, en las que pueden verse los distintos tipos de fijación de la hoja. Desde la esquina superior izquierda y en sentido horario: talón simple, de aleta lateral, de bordes doblados y de talón con aletas laterales.

para unir a los haces de las fasces portadas por los lictores, y que representaba el derecho legal de vida o de muerte, entre los celtas tomaba incluso connotaciones rituales, usándose como arma para el sacrificio del toro blanco en los cultos druídicos o en los del dios Mitra (deidad de origen persa, importada a las Galias por los legionarios romanos). De uno de estos pueblos célticos nacería un hacha cuyo empleo se extendería rápidamente entre el resto de estos pueblos bárbaros.

Como excepción de este escaso uso del hacha en la cuenca mediterránea tenemos a la cultura cretense. El hacha formaba parte de sus símbolos tradicionales del período clásico, concretamente un hacha de doble filo llamada *pelekus* o *waor*.

LOS AÑOS OSCUROS

LA FRANCISCA

Desarrollada por el pueblo de los francos, al que debe su nombre, el uso de la francisca se consolidaría entre los habitantes de la zona centro-occidental de Europa.

Arma de dimensiones reducidas, estaba formada por una hoja de estrecho talón, que se extiende hacia abajo acabando en un filo curvado y bastante estrecho, que forma en sus ápices dos agudas puntas. De las crónicas de la época se deduce que la francisca era usada tanto como arma manual como arma de lanzamiento.

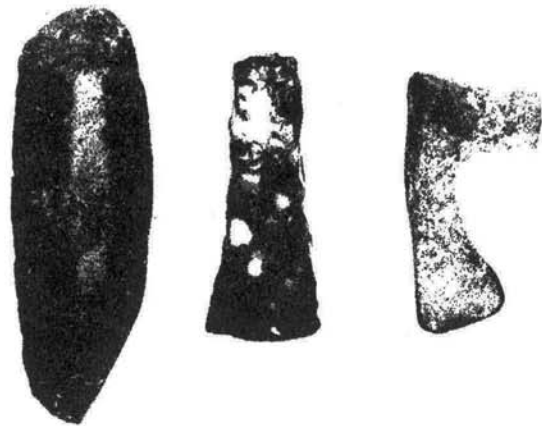
En la época Carolingia, la *francisca* estaba ya difundida entre las poblaciones cisalpinas (lombardos) y las nororientales (vikings y suecos).

Sobre todo entre las poblaciones del centro y del norte, la *francisca* experimentó una ampliación de sus dimensiones, disminuyendo por tal motivo su predisposición a ser arrojada. Sólo los vikings, gracias a su gran talla, conservaron el uso de la *francisca* como arma arrojadiza; los otros pueblos alargaron el mango y ensancharon la hoja, transformándola en un arma preferentemente manual.

EL HACHA DANESA

De los daneses nació un diseño de hoja que perduraría largamente en el tiempo, se trata de una ancha hoja cuyos bordes curvados se extienden de forma simétrica desde un estrecho talón hasta un largo filo curvo. Esta hoja se montaba en un larguísimo mango, desde unos 180 cm. hasta algo más de 2 m., el cual se reforzaba con tiras de hierro para reducir las posibilidades de ser cortado por una hoja enemiga o de partirse por la propia tensión estructural que debía soportar en los golpes.

Se trata de un arma considerablemente pesada, lo que significa que fue casi a ciencia cierta manejada a dos manos. La potencia de corte de la cabeza al final de un golpe asestado con ambas manos debía ser suficiente para atravesar cualquier escudo o armadura de la época. Fue un arma sumamente temida y a la vez reverenciada por los propios vikings. Sin embargo, tenía un inconveniente: al necesitar el uso de ambas manos, no era posible emplear un escudo. El combatiente era entonces mucho más vulnerable, sobre todo a los golpes tirados hacia su costado izquierdo.



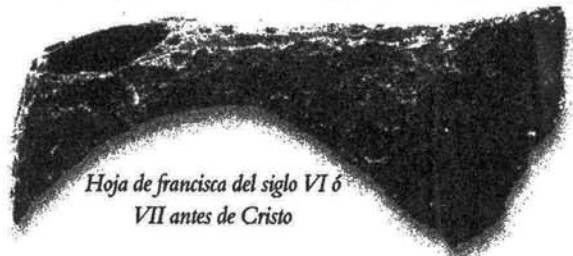
De izquierda a derecha: hacha de mano simple encontrada en Irlanda, hacha de piedra danesa del período neolítico y cabeza de hacha de bronce con hueso simple

HACHAS DE GUERRA VIKINGAS

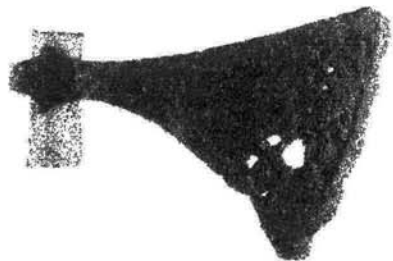
A los vikings se debe la recuperación del uso del hacha en la guerra de forma habitual. Antes de la era vikinga, había sido virtualmente abandonada en la mayor parte de Europa. A partir de los siglos IX-XI, sobre todo en Inglaterra e Irlanda, el uso del hacha volvió a popularizarse.

Los vikings tenían tres armas principales: la espada recta y de doble filo (su arma favorita), el hacha y la lanza de fresno. Del hacha tenían tres versiones: la *sheggox* o «hacha barbuda», un tipo poco definido al que llamaban sencillamente «hacha de mano» y la *breidox* o *segur*.

Esta última tenía una característica hoja en forma de media luna, similar a la francisca, y se hizo especialmen-



Hoja de francisca del siglo VI ó VII antes de Cristo



Izquierda: hacha vikinga del siglo XI, una de las siete encontradas en el Támesis cerca del puente de Londres. Muy probablemente, data del ataque de Olaf Tryggvasson al antedicho puente que defendían los daneses en el 1014, en apoyo al rey inglés Eitelredo



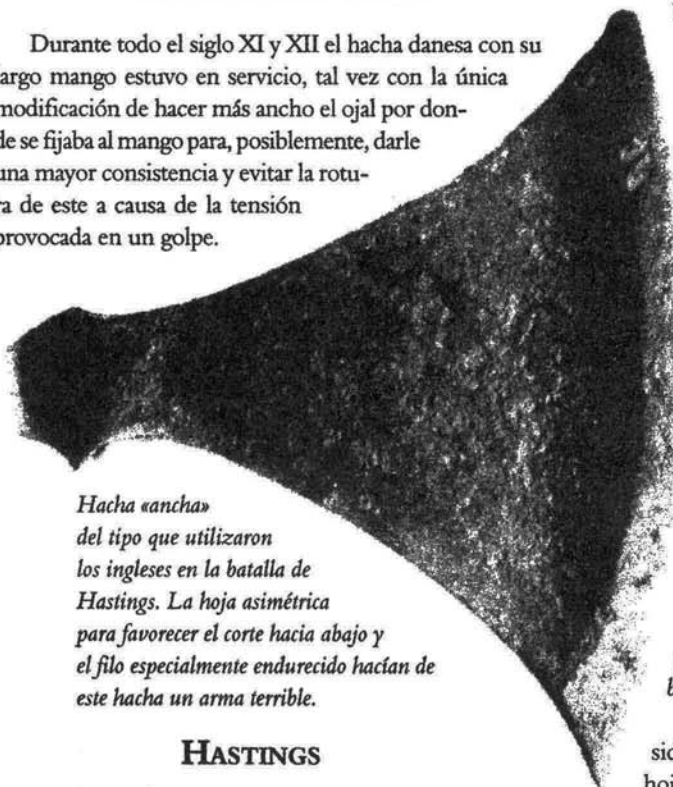
Arriba: hoja de una pequeña hacha vikinga de unos 15 centímetros de longitud, embutida con hilos de plata

te famosa en la batalla de Hastings, al emplearla los Huscarls anglo-daneses.

Estaba inserta en un largo mango, que posiblemente permitiese manejarla a una mano o preferiblemente, para producir efectos mucho más demoledores, con ambas manos. La forma de la hoja, con su prominente punta superior, permite pensar que, aún manejada con una sola mano y por tanto con poco impulso podía causar profundas heridas, mientras que empuñada a dos manos en un fuerte mandoble, esta misma punta superior y su filo ligeramente angulado debían asegurar un tajo realmente terrible.

LA ALTA EDAD MEDIA

Durante todo el siglo XI y XII la hacha danesa con su largo mango estuvo en servicio, tal vez con la única modificación de hacer más ancho el ojal por donde se fijaba al mango para, posiblemente, darle una mayor consistencia y evitar la rotura de este a causa de la tensión provocada en un golpe.



Hacha «ancha» del tipo que utilizaron los ingleses en la batalla de Hastings. La hoja asimétrica para favorecer el corte hacia abajo y el filo especialmente endurecido hacían de este hacha un arma terrible.

HASTINGS

En la batalla de Hastings (1066) el bando inglés empleaba hachas, a diferencia de los normandos. En los tapices puede apreciarse que había dos clases de hacha: la primera era la hacha danesa, y la otra, más popular, era la llamada «ancha». Tenía un borde cortante de más de veinte centímetros y el astil medía unos noventa. Era más eficaz blandida con ambas manos. El escalofriante buen resultado hizo famosa al hacha y consiguió que su uso se perpetuase en el tiempo durante toda la Edad Media.



Berdich de la infantería polaca

En el siglo XIII la terrible hacha danesa de mango largo pareció perder el favor de los luchadores. Una versión más corta de la misma, con un mango de unos 120 ó 150 cm. es representada con frecuencia en monumentos y en ilustraciones, puesto que en este siglo a las cotas de mallas se les fue añadiendo el uso sobre ellas de corazas, así como grebas y brazales fabricados con planchas de me-

tal, contra los que seguía siendo útil la contundencia de corte del hacha.

A lo largo del siglo XIV, el perdido favor del hacha con mango largo fue restituido entre las tropas de infantería, ya que pocas armas demostraron una capacidad comparable a la del hacha para traspasar las armaduras de la época -recordemos que en este período las cotas de mallas iban cediendo terreno a las mucho más sólidas y seguras armaduras completas, enteramente realizadas con planchas metálicas.

Para adecuarse a las exigencias de los caballeros apareció una nueva variedad de hacha, la llamada hacha para hombres de armas, o simplemente hacha de armas, constituida por un corto mango metálico idóneo para ser blandido con una sola mano, frecuentemente terminado en un pincho y una hoja contrapesada en su parte trasera por puntas o garfios.

Este arma fue una de las predilectas entre los caballeros ingleses del siglo XIV para el combate a corta distancia.

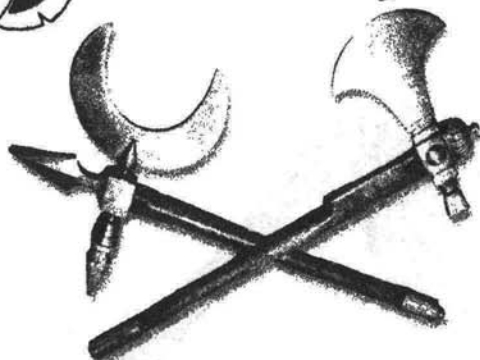
Desde Rusia nos llegó un diseño de arma que se adapta a nuestra definición de hacha, aunque también a la de las armas de asta, es la llamada *berdich*, también conocida como *berdiche* y *berdica*. Se trata de una hoja curvada y no excesivamente ancha, de unos 60 a 80 cm. de longitud, que se fija al mango mediante dos ojales en lugar de uno sólo, situados uno en el centro de la hoja y el segundo coincidiendo con la punta inferior, lo que produce una sólida unión muy adecuada para dar tajos. Además, como el ojal del centro de la cabeza se hace coincidir con el extremo superior del mango, la mitad superior de la hoja se proyecta desde el extremo como la hoja de un inmenso cuchillo, lo que permite usar la *berdich* para dar severas estocadas.

Como decíamos al principio, la *berdich* se puede considerar como arma de asta o como hacha, y es que la hoja se fija, con el sistema descrito, a un mango de entre 150 cm (ésta es la que podemos considerar un hacha) a 2,5 m., que es claramente un arma de asta.

La *berdich* del ejército de infantería rusa servía también de soporte para el mosquete, y frecuentemente disponía de correas para llevarlo colgado del hombro.

Su nacimiento se puede establecer en torno al año 1.000 y se usó además de en Rusia, en la Europa del este y en algunos países nórdicos, como por ejemplo Escandinavia, hasta el siglo XV, época en la cual la adop-

ción de nuevos sistemas tácticos la hace insuficiente, y las milicias de a pie utilizan las armas de asta ya adoptadas en el resto de Europa. No obstante, siguió siendo empleada por la infantería moscovita entre los siglos XVI al XVII. En la infantería polaca, por ejemplo, su uso era infrecuente antes del 1.660, y desde esa fecha se empleó con frecuencia hasta el siglo XVIII.



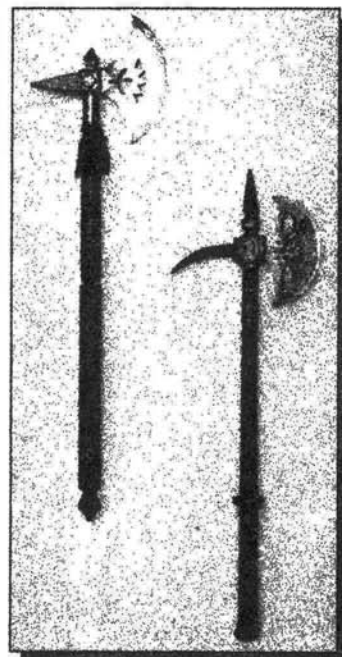
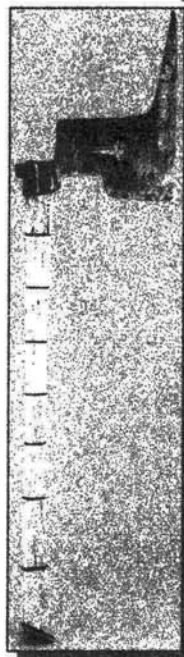
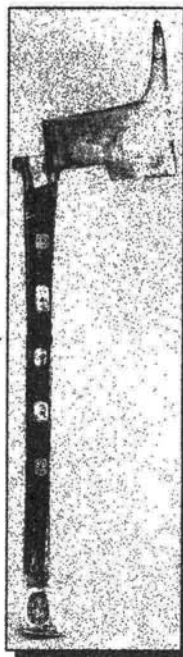
De izquierda a derecha:

Hachas de armas españolas. La de la izquierda, con la hoja en forma de media luna, tiene una clara inspiración árabe

Hacha sajona de cabo minador de hierro, bronce, madera y asta de ciervo

Hacha sajona de hierro, bronce y hueso

Hachas de guerra de intantería de finales del s. XVI



LA BAJA EDAD MEDIA

Durante el siglo XV las cabezas de hacha fueron montadas en mangos de más de 180 cm. de largo rematados por una larga y aguda púa metálica de sección sólida en el extremo y combinadas con una cabeza de martillo en la parte posterior de la hoja.

Este arma combinada fue conocida como Hacha de Asta y también como *bárbola*. Demostró ser extremadamente efectiva, ya que el largo mango daba una gran potencia al golpe. Al igual que las hachas danesas, los largos mangos estaban reforzados con lengüetas de metal para reducir las oportunidades de que fuesen cortados de un tajo, se partiesen por la propia inercia si eran bloqueadas en el golpe o se rompiesen por sí mismo a causa de la violencia del impacto.

De este arma se derivó también una versión de mango corto para el uso de la caballería. En esta variedad de la *bárbola* el martillo suele tener forma de garra de tres puntas y la hoja es algo más pequeña que en la versión de infante. Este arma se confunde a menudo con el martillo de jinete.

La tripulación de los buques empleaban un tipo llamado Hacha de Abordaje. Dichas hachas solían ser de reducidas dimensiones, con corte curvo por un lado y un recio pico por el otro, que se clavaba en el costado del barco abordado. Este modelo estuvo en servicio hasta que la técnica de abordaje cayó en desuso.

Común a todas estas épocas fue el empleo del hacha para un cometido que, si bien no se puede considerar marcial también derramó mucha sangre y segó muchas vidas. Nos referimos al uso del hacha como arma ejecutora a manos de los verdugos. Dichas hachas tenían generalmente una hoja simple, ancha y montada en un mango largo. Eran armas grandes y pesadas y se blandían con ambas manos, puesto que debían obtener el impulso necesario para decapitar de un sólo golpe al condenado, aunque debamos hacer notar que su función no era tan sólo ejecutora, ya que durante la Edad Media era común que los condenados a la horca (en Inglaterra, por ejemplo) fueran previamente mu-

tilados y desmembrados, labor que también corría a cargo del hacha. El empleo del hacha para estas macabras tareas es exclusivo de Europa Central y Septentrional.

EL HACHA EN ÁFRICA

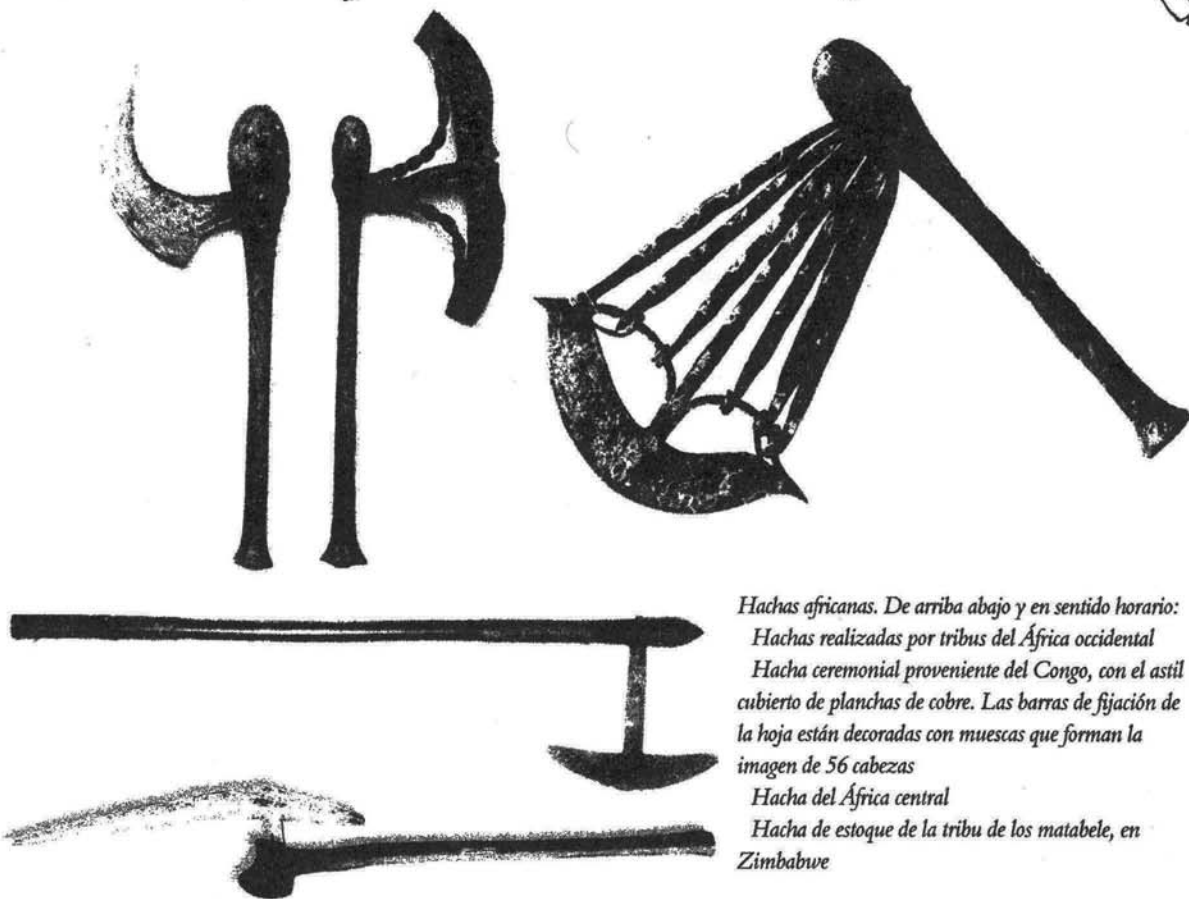
El uso militar más antiguo que se puede encontrar en África de este arma es probablemente en Egipto, donde se usó un hacha de filo curvo asegurado a un mango de madera, así como otro modelo con doble hoja, pero cuyo diseño no contó con demasiada aceptación.

Algunas tribus, principalmente de la región central, solían emplear hachas dotadas de largas empuñaduras, con la cuchilla fijada al mango mediante una barra per-



Arriba, hacha de verdugo

A la izquierda, un hacha de abordaje



Hachas africanas. De arriba abajo y en sentido horario:
Hachas realizadas por tribus del África occidental
Hacha ceremonial proveniente del Congo, con el astil cubierto de planchas de cobre. Las barras de fijación de la hoja están decoradas con muescas que forman la imagen de 56 cabezas
Hacha del África central
Hacha de estoque de la tribu de los matabele, en Zimbabwe



Hachas hindúes. De izquierda a derecha y de arriba abajo:
Hacha hindú del siglo XVII
Nao de los nagas decorada con crines
Hachas de armas marata del norte de la India
Tabar hindú de acero
Bluj o «cabeza de elefante»
Cabeza de hacha hecha en bronce del Luristan (2.000 a.C.)
Cabeza de hacha decorativa del Luristan

pendicular, generalmente sin ningún tipo de ojal, sino haciendo pasar la barra a través del mango. Algunos ejemplares han sido fabricados en cobre o bronce, incluso en el siglo pasado.

Propia de las tribus del Congo es un hacha ceremonial con mango corto cubierto con láminas de cobre y una elaborada hoja de hierro que se une al mango mediante unas barras perpendiculares.

Otro ejemplo bastante significativo lo encontramos en la tribu de los matabele, un pueblo de Zimbabwe. Es un hacha de larga y estrecha hoja, inserta en el mango perpendicularmente. La hoja está rematada en una aguzada punta que permite asestar efectivas estocadas además de tajos con el filo.

EL HACHA EN ASIA

En el continente asiático el hacha fue un arma muy común, estando en las armerías de muchos países hasta finales del siglo XIX. Como cuna de la metalurgia es inevitable comenzar nuestro recorrido en Oriente Medio, así encontramos en la zona de Luristán (en la actual Irán) por ejemplo, hojas de hacha realizadas en bronce, algunas de ellas muy elaboradas, datadas en torno al segundo milenio antes de Cristo.

En el área de la antigua Persia existieron diversas modalidades de hachas, empleadas frecuentemente por las tropas de caballería y a menudo ornamentadas con motivos de hojas o inscripciones del Corán. En muchos casos, se decoraban con labores de damasquinado, similares a las de otras armas, piezas de armadura y cascos de la zona.

En la India, a lo largo de su inmensa geografía, aparecen diferentes modelos de hacha. El más notable es el famoso *tabar*, que tiene un filo en forma de cuarto creciente. En algunos de ellos las puntas de la hoja eran ahorquilladas, y a veces el talón de la hoja de estos *tabar* dispone de un pico agudo. Otro modelo es el llamado *bhuj*; es un hacha de guerra india, semejante a un cuchillo enastado. Debido al característico adorno que media entre el astil y la hoja, se llama también «cabeza de elefante».

Los nagas del nordeste de la India usaban un hacha llamada *nao*, con una delgada, plana, casi triangular hoja montada en un largo mango de bambú con característicos penachos de pelo como decoración. Este hacha se usaba con frecuencia en las terribles guerras tribales que les enfrentaban a los cazadores de cabezas de la región montañosa de Assam.

De Nepal llega el *ram-dao*, un cruce entre una espada y un hacha, se emplea para el sacrificio de cabras y búfalos. Su mango, realizado a veces en ébano, es bastante corto, mientras que la hoja es larga y ancha, con un detalle distintivo, la forma de un ojo humano cortado en el acero de la hoja cerca de la punta.

Más lejos, al sur, los maharrattas usaron una gruesa hacha, como una especie de pincho conocida como pico de cuervo. Al este, en Borneo, se empleaba el *biliong*, una hachuela de bronce o hierro, cuya hoja se sujeta al mango con raíces o cuerdas. El mango tiene forma curvada y la hoja se monta en él formando un án-

gulo recto, bien vertical u horizontalmente. En el segundo caso, antes que como arma, el *biliong* sirve como herramienta similar a una pequeña azada.

Algunos ejemplares de hachas hindúes tienen el extremo final del astil hueco y un pomo que se enrosca en él. El hueco sirve para esconder un puñal, cuyo mango es el pomo del hacha.

En Persia existieron también diferentes tipos de hachas, empleadas comúnmente en la caballería. Con frecuencia se ornaban con labores de damasquinado, grabados foliares e inscripciones coránicas.

En Filipinas nos encontramos con una curiosa arma que también cumple nuestras definiciones de hacha, llamada *ligua*. Sobre un mango corto o mediano se monta una hoja cuadrada con un inusual filo cóncavo, convergente hacia la parte inferior del mango, de forma que en la parte superior se forma una afilada punta, mientras que en la parte posterior de la hoja tiene otra punta obtenida de manera similar a la del corte, aunque normalmente sin afilar. Este arma es propia de los igorotes o pueblo de las montañas filipinas, y es tanto un arma como una herramienta.

En Japón se usó un hacha de largo mango con una gran cabeza bastante similar a la vieja hacha danesa. Los modelos de menor longitud se llaman *masakari*, y los de mayor longitud y uso exclusivo a dos manos *ono*.

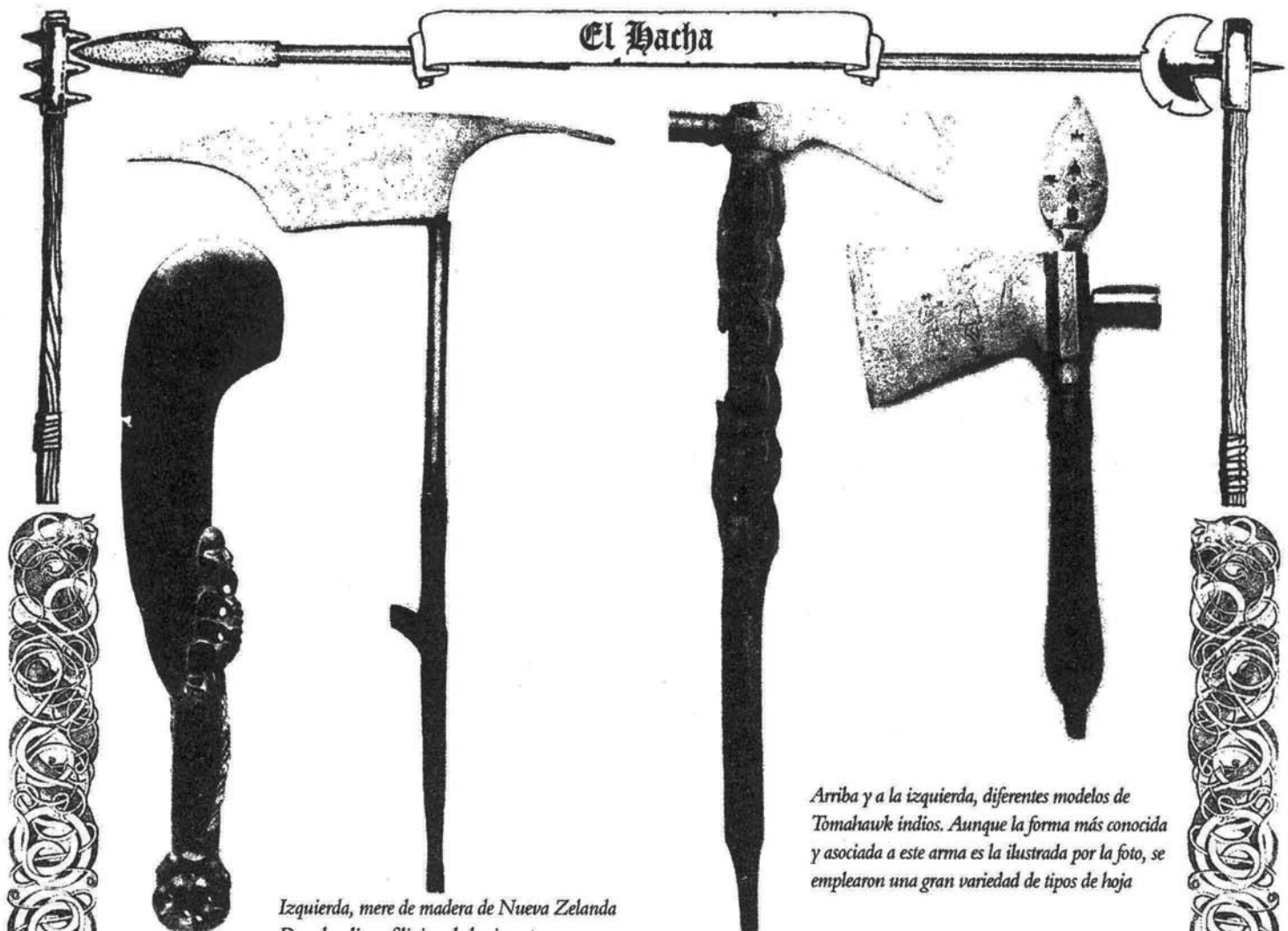
EL HACHA EN OCEANÍA

Mientras que los habitantes del Sureste asiático estaban familiarizados con el uso del metal, es curioso observar cómo dichos conocimientos, que sí llegaron a las islas de Asia, por contra no se extendieron a través de las islas del Pacífico. Cuando los primeros exploradores comenzaron a hacer sus viajes por el océano Pacífico encontraron innumerables islas en la mayoría de las cuales no había ningún tipo de conocimiento sobre metalurgia. Así nos encontramos con hachas de piedra procedentes de Polinesia y también de Nueva Caledonia en la Melanesia, de las que es interesante destacar la similitud en su forma con las producidas en la Edad de Piedra.



Patu de elaborada manufactura hecho de la quijada de un animal por un guerrero maorí de Ngati-Hau

En Nueva Zelanda, los maoríes hicieron uso de unos bastones planos en forma de remo realizados en diferentes materiales. Algunos especímenes realizados en hueso tenían forma de espátula y un borde muy afilado, conocidos como *patu paraoa*, mientras que unos pocos estaban fabricados en jade y eran llamados *mere*. Estas armas han probado ser extremadamente «desagradables» si eran usadas para asestar un golpe en la nuca o el cuello. Aunque se puede argumentar que son más basto-



Izquierda, mere de madera de Nueva Zelanda
Derecha, ligua filipina de los igorotes

Arriba y a la izquierda, diferentes modelos de Tomahawk indios. Aunque la forma más conocida y asociada a este arma es la ilustrada por la foto, se emplearon una gran variedad de tipos de hoja

nes o incluso espadas, otros autores las consideran similares a las hachas de mano de piedra (bifaces del Paleolítico) y es ésta la razón por la que han sido incluidas en nuestro estudio.

Concluiremos diciendo que en Oceanía se han venido fabricando estos y otros toscos modelos de hacha con cuchilla de piedra, hueso o incluso madera, aún en pleno siglo XX.

EL HACHA EN AMÉRICA DEL NORTE:

En el continente americano el hacha sólo tuvo aceptación entre las tribus de indios de Norteamérica, en la forma de una conocida hacha arrojadiza llamada *tomahawk*. Se trata de una hacha de mango corto y estrecha cabeza de formas variadas, siendo la más conocida una hoja triangular estrecha y alargada con el filo recto.

En algunos modelos de *tomahawk* se encuentra un depósito para tabaco en la parte posterior de la hoja, éste tiene un agujero en el fondo y se comunica con el mango que es hueco y forma una pequeña boquilla en la base, de manera que, al prender el tabaco, se puede as-

pirar el humo a través de la base del mango como si de una auténtica pipa se tratase.

Antes de la llegada de los europeos, la hoja de los *tomahawk* se fabricaba en piedra, empleándose más tarde el hierro y acero.

Como curiosidad, comentaremos que durante la guerra de Vietnam algunos soldados norteamericanos portaban entre su equipo un *tomahawk* de moderna factura, que resultó de notable utilidad como arma y herramienta.

BIBLIOGRAFÍA RECOMENDADA:

- ♦ Calizzano C.: «El gran libro de las armas blancas». Editorial DeVechi 1990.
- ♦ Casariego, J.C.: «Tratado histórico de las Armas». Editorial Labor. Barcelona, 1982
- ♦ Ocete R.: «Armas blancas en España». Editorial Tucán 1988.
- ♦ Varios autores, «Armas y armaduras». Editorial Altea
- ♦ Wilkinson F.: «Armas y Armaduras». Editorial Cancellor Press 1978.

Sangre y Acero nº 2

LA CONJURA

Por JOSÉ MARÍA BRAVO LINEROS,
El Forjador de Leyendas



El viento soplada hacia el interior, salino y húmedo, llevando consigo el hipnótico rumor de las olas y el chillido furioso de las gaviotas y los alcatraces. Ank-Kusur, la de los muchos puentes, una de las altivas y prósperas ciudades

que jalonaban la costa zalkamandesa, se erguía arrogante abrazada por el río Lerudh. Sus aguas bajaban desde las distantes montañas Karaidn, surcando perezosamente las ricas campiñas y las tierras de pasto, hasta abrirse en numerosos brazos y morir en el mar de Sentern.

Los antiguos kusureses la alzaron siglos ha en el delta del río, edificándola con la piedra y madera de las canteras y bosques del Norte, enlazando intrincadamente cada uno de los barrios de la urbe con puentes de roca labrada, engastados de mármol y alabastro.

A su afamado puerto arribaban toda suerte de navíos mercantes e incluso bergantines piratas de los archipiélagos del Sur, para comerciar o repostar agua, víveres y frutas frescas. El Gran Mercado en todo su apogeo era un espectáculo digno de contemplarse: la mezcla de gentes, bien altas o bajas, de piel pálida, morena o muy oscura; los tenderetes llenos de las más variopintas mercancías venidas de remotas tierras, como las pieles, el marfil y aceite de ballena del Mar Helado; el oro, acero y las espléndidas espadas de Chatar; los rubíes, diamantes y esmeraldas zaruvesas; el jade, coral y las drogas de Helkorn; la rosada madreperla, la seda y las esencias y tintes saremias; el vino y los licores araneses; las maderas exóticas, el peltre, la púrpura y el ámbar gris de las Islas del Fuego... y aún más, junto a las subastas públicas de esclavos y el vivo colorido de las oriplamas desde los elevados padellones.

El verano finalizada, dejando sus últimos días calurosos como prenda y cediendo al somnoliento otoño; aquella radiante mañana, Oaramad Mur Asyd regateada el precio de una dota de vino aranés en uno de los puestos del Gran mercado, hasta que, conforme con el precio, pagó al enjuto tendero con los últimos dises que le quedaban, paseando luego entre las tiendas.

Oaramad, saremio de origen, era de estatura media y más bien delgado, aunque nervudo. Tenía la piel atezada y la negra cabellera crespa y revuelta; bajo su despejada y altiva frente, sus perspicaces ojos castaños coronados de finas cejas recorrían sin cesar los tenderetes, observando atentamente a la concurrencia. Una nariz algo aguileña dominaba sus facciones sin afeitar y llenas de cicatrices. Vestía ropas de lino claras y amplias ceñidas por una faja de seda, altas dotas oscuras y un talabarte de cuero rojo, del que pendían un yiruk helkornés en una vaina de piel de tiburón y una daga, de doble filo y curvados gavilanes.

Aunque su procedencia era indudable por las trazas de su moreno rostro y la textura de su fibroso cuerpo, había una impronta en él de otras tierras y culturas, que sugería el abierto carácter de un cosmopolita. Risueño y optimista como todos los saremios,

en los ojos de Oaramad podía apreciarse su férrea voluntad y la sutileza de sus sentidos.

Ajustándose el bien duido sable, aspiró con deleite el aire cargado de salitre, extasiado. Ank-Kusur le recordaba a Murubi, su ciudad natal, aunque, pese a que había estado en ella en otras ocasiones y llevada las últimas dos semanas dilapidando una pequeña fortuna en mujeres, borracheras, fumando Nafar y perdiendo a los dados, no se había acostumbrado aún a su decadente fausto.

De aquí para allá, damas envueltas en exiguos vestidos de cendal se paseaban en sus literas llevadas por esclavos, unguidas de óleos y perfumes; kusureses de alta alcurnia, de piel clara y pelo negro, con túnicas de lino, calzados de sandalias y con gruesos brazaletes de oro en sus brazos iban por las calles en sillas de manos, seguidos de sus sirvientes y escolta. La guardia de la ciudad patrullaba constantemente de día y con frecuencia de noche, vigilando a los marineros foráneos, siempre dispuestos a la tripuilca.

Oaramad, empalagado por el sutil refinamiento de la ciudad y desoso de navegar hacia otras tierras, pensaba enrolarse en el primer barco que le aceptase como marinero; resuelto, dejó el bullicioso mercado, bajando hacia los muelles. Antes, sin embargo, se detuvo en una bodega del puerto que conocía bien, siempre atestada de navegantes, rupianes y kusureses de baja estofa.

Traspasando su umbral saludó al dueño, saremio como él mismo, ordenándole cerveza y tomando asiento en una de las mesas. No desentonada con el resto de parroquianos, pues tenía la cara tan curtida por el viento marino y morena por el sol como ellos. Pronto volvería al mar, cuyo recuerdo llevaba siempre consigo, a sentir el crujido de las vergas y el arrullo de las olas contra el casco.

El tabernero interrumpió sus ensañaciones, dejando la jarra de cerveza que había pedido en la mesa. Tenía el rostro moreno, con el cabello muy oscuro y ensortijado y unos vivaces ojos verdes.

-¿Cómo va tu negocio, Uza? -le preguntó risueño.

-No muy bien, Oaramad; éstos que ves -y señaló a los clientes- no piden licor ni para emborrachar a un sacerdote -rezongó, mirándoles con fastidio-. Parece que mi local atrae a todos los harapientos que llegan a esta ciudad. Creo que tendré que subir los precios.

-Exageras, como siempre. De todas formas, poco puede importarme: me voy pronto, tal vez mañana, si puede ser, quizás a Nirinia, o a donde sea, menos quedarme aquí por más tiempo. Ya he gastado todo el dinero que le estapé al capitán del barco en el que llegué a esta ciudad. -Uza le miró, ceñudo-. Descuida, me queda alguna kira para pagarte.

-¿Quizá te convendría demorararte aquí un poco más -le propuso Uza, rascándose la darda cerdosa y rala. Oaramad guiñó un ojo, suspicaz, acusándose su ensortijado y oscuro cabello.

-Súctalo, Uza. ¿Qué tienes que ofrecerme?

-Bien, tengo un negocio que podría interesarte. Uno muy sustancioso.

-No sé, Uza; la última vez me metiste en un buen lío

-¡Pero eso no fue culpa mía! -protestó, ofendido-. Mis contactos me aseguraron que la mercancía era de primera calidad; además, no se trata de nada parecido. Es... un poco más serio -añadió, intrigante.

-¿Cómo de serio? -repuso Oaramad, sirviéndose de la jarra.

-Muy serio. Ven, hablaremos en el reservado - Oaramad fue tras Uza, llevándose la bebida y tomando asiento junto a él.

-Se trata de un asesinato, bien pagado; desconozco quién lo encarga, pues contactó conmigo a través de un intermediario, pero intuyo que es un usurero de buena posición, que quiere librarse de alguien que le incomoda. Ante todo, absoluta confidencialidad; me voy el cuello en esto.

-¿Cuánto pagan? -Uza le cuchicheó una cifra al oído; Oaramad se retrepó en su asiento, alzando una ceja.

-¿Seguro? ¿No será un engaño?

-Te lo juro -dijo Uza, solemne; Oaramad sonrió con ironía, conteniendo la risa.

-¡Está bien, no me creas si no quieres! Tu verás. Por supuesto, si aceptas, me llevaré una parte.

-Ya discutiremos eso después. Dime, ¿cómo se arreglará el asunto?

-El intermediario me dirá cuándo y dónde; irás sólo al lugar de la cita, donde nuestro cliente te estará esperando. No hagas muchas preguntas, no te conviene saber mucho. O por lo menos, no parecerlo. ¿Aceptas?

Oaramad debió un sorbo de cerveza, caviloso; suspirando, asintió, no muy convencido.

-Bien, supongo que acepto; necesito el dinero. Ay de ti, Uza, si me llevas a aguas turbias... reza para que, si me ocurre, no sobreviva.

-Déjate de amenazas, Oaramad, que nos conocemos. Bien, mañana sabré el lugar y el momento de la cita. Te dejo, que no me fio de mi mujer cuando está al cargo de la barra. No te metas en ningún lío por lo menos hasta mañana, por favor.

Oaramad alzó su jarro, durlón.

-Brindo por éllo, Uza.

Al día siguiente y como prometiera, Uza le dijo dónde y cuándo sería el encuentro con el misterioso cliente; al atardecer, cuando todas las tiendas ya cerraban, incluso las tabernas, Oaramad se dirigió a una de las calles del Barrio Oeste, donde estaban la mayoría de las Casas de Comercio de la ciudad y las viviendas de la burguesía. Caminada rápida, puesto que no deseaba encontrarse con ninguna patrulla de la guardia; cruzó un puente de elegante estructura, varias calles, plazas y pequeños jardines y se detuvo frente a una hostería, cuyo óleo rezada «El corcel negro». Con paso tranquilo, se acercó a la puerta, llamando una, dos, hasta tres veces, deteniéndose un instante entre golpe y golpe.

La puerta se abrió con un seco chasquido, desparramando la luz del interior de la hostería; un hombre bajo, casi calvo y con un manchado delantal le espío temeroso, mirando luego detrás de él y a ambos lados de la calle. Nada que temer, sólo la temprana noche cuajada de estrellas y los fantasmales zarcillos de la niebla desfilándose hacia el mar.

Satisfecho, lo dejó pasar. Oaramad le echó un vistazo al interior de la hostería, mientras el hombre echaba los cerrojos y atrancaba seguidamente la puerta.

La poca luz provenía de dos lámparas de sebo en el techo; en una de las muchas mesas dispersas por el salón, de espaldas y en silencio, esperaba sentado un hombre con ropas grises. Al oírle entrar se volvió enseguida, levantándose y llegando hacia él con largas zancadas.

Era alto, corpulento y severo; de su ancho cinturón pendía un pesado chafarote y en sus ojos oscuros y cavernosos, bajo espesas cejas como trazos de tinta, se vislumbraba un brillo despectivo.

-Por fin -le increpó, parco, mientras tironeaba de una guía de su espeso y rizado bigote negro-. Sígueme. Pero antes deja tus armas aquí.

-No. O subo con ellas, o no hay nada que hacer -replicó Oaramad, sin achantarse. Por un instante, el extraño hombre de gris le hincó una mirada llena de odio, clavándole intensamente sus negras pupilas. Después, claudicó, resoplando.

-Está bien -accedió, resignado-. Pero cuidado: un solo movimiento extraño, y... -dejó la frase a medias, acariciando el puño de su arma, como si estuviera tentado de desnudarla.

Oaramad asintió con la cabeza, ignorando la dravucónada. El hombre subió las escaleras de piedra al fondo de la habitación, sin dejar de vigilarle con el rabillo del ojo. Llegaron a un pasillo amplio, con muchas puertas a lo largo de sus desconchadas paredes; continuaron hacia la izquierda, deteniéndose en la cuarta. Llamó el de gris dos veces y abrió, invitándole a entrar.

-Pasa. Voy tras de ti -le indicó. Oaramad, escamado con tanto misterio, empujó la hoja de la puerta, quedándose en el vano por un momento. La habitación estaba a oscuras, excepto por el mezquino resplandor de una bujía amortajada al fondo de ella; a espaldas de la luz, sentada y sin rasgos que pudieran apreciarse, una figura se recortaba en la penumbra.

-Entrad -dijo el hombre desde las sombras, con una voz sibilante y culta, que disimulaba mal su impaciencia. Oaramad entró titubeante, seguido por su hosco guía.

-Sentaos en la silla, frente a mí -le pidió la voz. U y tú, Izrán, aguardame en el vestíbulo. Te llamaré después -Izrán hizo amago de protesta, mas acató su orden, cerrando la puerta y dirigiendo antes de irse una última mirada de advertencia al extranjero.

Oaramad tomó asiento, a unos tres pasos de la silla donde reposaba aquel enigmático hombre. Seguía sin poder discriminar su rostro en tinieblas, del que tan sólo discernía la mancha tenebrosa de sus ojos y boca; sus ropas tenían cierto tenue brillo, quizás seda, y en su diestra destacaba un preciado anillo de oro.

-Uza os adelantó cual sería vuestro trabajo, ¿no es así? -preguntó, de nuevo con ese deje pretencioso y vehemente.

-Más o menos. Bien, corregidme si me equivoco: vuestra señoría quiere ver a uno de sus amigos con un palmo de acero en la garganta, ¿verdad? -contestó socarrón, esbozando una sonrisa.

-Puede verse de esa forma. Quiero que os ocupéis de cierto «amigo» molesto; os proporcionaré una dirección del Barrio Nordeste, el bosquejo de su casa y cierta ayuda para acceder a ella. Deberéis ir mañana, pasado a más tardar.

Oaramad levantó la cabeza, frunciendo las cejas. Si que era serio, el negocio. El Barrio Nordeste estaba en las

cercanías del Palacio de LapislázuLi, la residencia del príncipe electo de Ank-Kusur. En ese barrio residía gente de postín: potentados, familias de adolengo, consejeros de estado, ricos mercaderes y cambistas... el negocio se revelaba como de mucho riesgo.

—Antes de preguntáros cualquier otra cosa, ¿cuánto me pagaréis?

—Quinientas velas de oro y un salvoconducto para que podáis dejar Ank-Kusur esa misma noche si lo deseáis, sin miedo a ser detenido y sin pagar portazgo. Estas son las condiciones: si aceptáis, os daré cien velas ahora y mi sirviente os dará toda la información necesaria. Si os volvéis atrás después de aceptar y tratáis de engañarme, juro que os asparán en la Plaza del Destino. Si falláis... bueno, es fácil suponer lo que os ocurrirá.

Quinientas velas de oro, se dijo Oaramad, era una suma elevada, quizás incluso excesiva para el cometido que se le encargaba. El asunto tenía visos de trascender bastante.

—¿Aceptáis?—inquirió el hombre. Oaramad, meditando, inhaló el aire cálido y sofocante de la estancia, impregnado del olor a sebo rancio. Su naturaleza suspicaz luchaba contra su faceta codiciosa, pugnando por el control.

—Acepto. Y decidme, ¿cómo se supone que debo llamaros?

—No os importa quién soy en absoluto. Tomad—le arrojó una bolsa de tela, que Oaramad cazó al vuelo. La abrió, contando las monedas: cuatro velas de oro de a veinte y dos más de a diez sumaban lo acordado. Complacido, cerró la bolsa, estrangulándola con el cordel y enterrándola en su faltriquera.

—Izrán os dará todo lo que necesitáis. Volved con una prueba de vuestro éxito antes de dos días, a esta misma hostería; el dueño nos concertará una cita para cerrar el trato. Os deseo suerte; me han dado excelentes referencias de vuestra valía, espero que no me defraudéis... por el bien de ambos.

—Así lo espero yo también—confirmó Oaramad. Llamando a su secuaz, que entró rápidamente en el cuarto, el misterioso personaje despidió a Oaramad, que se marchó cortejado por Izrán. Insidioso, el hombre se frotó las manos, sonriendo lobuna y maliciosamente en las sombras de la estancia.

Oaramad avanzaba a buen paso por entre las calles de Ank-Kusur, vestido con ropas negras, con el yiruk a la espalda y un zurrón colgando a su costado. Se había puesto una camisa corta de mallas debajo de las ropas y un recio gambesón para aliviar el roce, pese al calor, pues prefería sudar a ir desprotegido.

La noche cálida y desnuda de nubes dejaba ver sin trabadas el mosaico infinito de las constelaciones; indiferentes a la figura que subía furtiva hacia los Barrios Nordeste por las calles calladas y vacías. Pronto, las casas enaladas y con tejados de madera dejaron paso a otras de más alzado y lujoso, a jardines de embriagador perfume y fuentes que murmuraban desde las sombras, villas con patios en flor y olor a jazmín, alhelí, lilás y damas de noche. Cruzó las aguas

plateadas del Lerudh sobre varios puentes de piedra blanca maculados de verdín y musgo, eligió una amplia avenida y se detuvo en una plaza de espaciosos y frescos soportales.

Escuchó pasos; se ocultó tras una columna y esperó; una patrulla de media docena de guardias pasó taciturna a pocos pasos de su escondite, precedida por el repiqueteo de sus arneses de bronce y cuero y sus lanzas sobre las losas de piedra. Esperó un buen rato más y continuó hacia el Norte; tras varias revueltas por las calles, acabó llegando hacia su destino.

La casa no era de las mayores que había visto, aunque estaba bien situada y parecía muy confortable. Un alto muro de piedra tapizado de crecidas matas de milamores la rodeaba; sólo veía una puerta de acceso al patio, enrejada y con manchas de óxido. Escudriñó el muro, eligiendo un lienzo alejado de la puerta, y se encaramó de un salto, trepando hábilmente hasta su cima, sin muchos problemas. Agazapándose en lo alto, como una fiera al acecho, buscó en la extensión del pequeño y umbroso patio a los centinelas. No divisó a ninguno; tan sólo los setos de azahar, las matas de rosas y madre-selva en ordenados arriates, rodeando a la casa. Era esbelta, de dos pisos; la hiedra se agarraba protectora a sus entucidas paredes pintadas de almagre como las algas al casco de un viejo navío, hasta el arquitrabe decorado con frisos de azulejos.

Oaramad descolgó el cuerpo con cuidado y saltó después al interior del patio, cayendo con un golpe sordo sobre la mollida capa de tierra de uno de los arriates. Se quedó un buen rato agazapado entre los macizos en flor, hasta que distinguió a uno de los centinelas, recostado contra un murete bajo de ladrillos, yendo y viniéndole el pecho al ritmo de su pausada respiración. Parecía profundamente dormido; prefirió no correr el riesgo de despertarlo o que alguien lo viera mientras se acercaba, así que caminó en torno a la casa, buscando la puerta trasera.

El otro centinela apareció en la parte posterior de la casa de espaldas a ella, descargando ruidosamente su vejiga contra el muro. Oaramad se ocultó tras la esquina, extrayendo su daga, tenso como la cuerda de un arco. El guardia se compuso las ropas y prosiguió su ronda silbando una tonada, dirigiéndose hacia donde se escondía Oaramad, sin verle.

Oaramad surgió por su espalda, agarrándole del casco y tirando bruscamente hacia atrás, hundiéndole con rapidez la daga en el cuello. Le sujetó con fuerza durante su corta agonía, inexorable, hasta que murió desangrado. Arrastró el cuerpo flácido y exangüe del centinela hasta los parterres, tapando el rastro de sangre con algo de tierra.

Llegó por fin hasta la puerta trasera, recia y de labrada madera, empujándola con suavidad. Se abrió con un murmullo de goznes bien aceitados, tal y como se le dijo que ocurriría; entró al oscuro vestíbulo, cerrando la puerta.

Sólo acertada a distinguir las siluetas de las puertas que llevaban a las otras habitaciones y el leve fulgor de los pedaños de la escalera de mármol. Los subió con lentitud hasta llegar al segundo piso; tomó un pasillo a la izquierda y torció a la derecha por otro, deteniéndose para hacer memoria. Oudó por unos instantes, con el vello eri-

zado; contó dos puertas, tanteó a ciegas el pomo de la tercera y la abrió con cuidado, entrando en la cámara.

El dueño de la casa resoplada en medio del sueño, agitándose en su cama de sábanas de seda. Algo de la fría y fantasmal luz nocturna se colaba a través del enrejado de una ventana, la misma que se reflejó en la hoja de su arma.

Dedicó un tiempo a observar la cámara con cuidado, para no tropezar con el mobiliario; había varias sillas a la derecha, un escritorio y un gran baúl al fondo. Llegó hasta la cadecera y contempló a su víctima entre las sábanas; tenía el cabello escaso y entrecano muy revuelto, de aspecto untuoso; sus facciones macilentas tenían el color de la ceniza. Oaramad sacó algo de su zurrón y lo froto; una llama creció en la torcida del candel que descansaba en la mesilla, chisporroteando, ahuyentando las sombras en derredor.

Oaramad aprestó la daga, colocándola sobre el cuello del durmiente, el cual se agitó en el sueño, molesto por el helado roce del acero. Oaramad lo sacudió suavemente con la otra mano, casi con contradictoria ternura; el hombre entrecerró sus ojos verdes veteados de rojo, parpadeando confuso y deslumbrado, para abrirlos después por completo.

-Ni un solo movimiento, u os corto el cuello -le advirtió Oaramad, punzando su carne con la punta de su daga. El hombre asintió con un pestañeo, vigilando el extremo que podía ver de la daga y sintiendo el otro en su cuello, aguzado y fatídico.

-Retiraré algo la hoja; incorporaos despacio. Si hacéis alguna estupidez mancharé con vuestra sangre estas bonitas sábanas de seda -el hombre obedeció, espantado, tragando saliva; en su cuello pálido y azulado por unas venas en las que palpitaba el miedo, brilló una gota de sangre donde le pusiera Oaramad su daga.

-¿Quién... quién sois? -farfuleó, tembloroso, con el sudor corriéndole por el rostro y el cuello, acentuando su sobresalto.

-No os diré eso... no viene al caso. Creí que os interesaría más saber quién me envía... es lamentable que viniera aquí sin ser invitado, ¿no es cierto? -Oaramad acercó un poco su filo, deleitándose con el miedo del hombre.

-Ha sido Najor... ¿verdad? El muy cornudo... -Oaramad no hizo nada que lo afirmara ni desmintiera, pasándose por su darda hirsuta los dedos de la mano izquierda con sosiego.

-¿No ha sido él? -repuso el hombre, cada vez más confundido.

-Fue un conocido vuestro. No me dio nombre alguno. Tan sólo me ordenó que os rebanara el pescuezo de lado a lado.

-¿No os dijo su nombre? -dijo consternado.

-Occidme al menos el vuestro, antes que nada.

-¿Tampoco sabéis quien soy? -dijo muy sorprendido-. Es algo inaudito... no tenéis idea en que embrollo os habéis metido.

-Dejáos de monsergas. ¿Quién sois, de una vez? -le intimó Oaramad, punzándole de nuevo con la daga. El hombre sonrió con malicia, recordando cierta dignidad y confianza ausentes hasta entonces.

-Soy Edel Oaramid, miembro honorífico del Consejo de estado de Ank-Kusur y el asesor contable del Príncipe... no saldréis vivo de esta ciudad si me asesináis, os lo aseguro -dijo petulante, clavando sus ojos verdes en los de Oaramad, que enderezó el cuerpo, recorrido por un súbito conmovimiento.

-Oedí sospechar algo así... Bien, tenéis razón, estoy en un aprieto... -admitió, sin que se le notara algo más que ligeramente preocupado.

-¿Un aprieto? -restalló Edel-. ¡Estáis muerto, no os quepa duda!

-No tan deprisa. Aún y todo, puedo cambiar de opinión y rajaros la garganta. O si acaso, cortaros la lengua; el tono de vuestra voz me incomoda y me cansáis los oídos. Necesito pensar.

-¿U qué habíais pensado hacer en vez de asesinarme, por los anillos de Neymed? -dijo exasperado Edel, fuera de sí, aunque procurando no alzar demasiado la voz-. Habéis traicionado a vuestro desconocido patrón por algún motivo, ¿no es así?

-No me gustaba el cariz del asunto, tan sólo eso. Sabía que me ocultaba algo. Y, como dicen en mi tierra, a engaño incierto, traición cierta. Pensaba proponeros un trato: si mejoráis la oferta, no cumpliré su encargo. ¿Oigamos el doble, mil quinientas velas? -Edel palideció, las sienes perladas de sudor.

-¡Sois un miserable! ¡No tengo esa cantidad! Estoy arruinado...

-Vaya, es una lástima que no me lo dijeran antes. En fin, cumpliré su orden... -insinuó Oaramad, acercando su arma.

-¡Nol! Un momento: no dispongo de ese dinero aquí, en casa. Os daré lo que queráis; coged el joyero de mi escritorio, deo tener doscientas velas en monedas y el cuádruple en joyas.

Oaramad sacó el sable de la vaina atada a su espalda y guardó su daga, retirándose del lecho.

-Indicadme donde está -Edel se levantó de la cama, con el sable de Oaramad acariciándole las costillas. Se sentó en el escritorio, abrió uno de sus cajones y lo sacó de sus guías, volcando su contenido sobre la mesa; pulsó un resorte oculto y reveló un doble fondo, donde tenía bien guardada una caja oblonga, aplanada y con una cerradura de oro. Edel se sacó una cadena de plata que llevaba bajo su camisa, de la cual pendían tres pequeñas llaves y abrió la caja con una de ellas. Dentro había un puñado de velas de a cinco y a diez, varias cadenas de oro y un anillo de platino engastado de rubíes y amatistas.

Oaramad tomó una cadena, sopescándola. La dejó sobre la mesa, bufando.

-¿Estáis de drama? Todo esto no vale ni ochocientas velas de oro -se movió, amenazante.

-¡Aguardad! Os daré el resto más tarde, cuando pueda sacar parte de los pocos fondos que me quedan en las Casas de Comercio; dejaré el dinero consignado a vuestro nombre. Pero antes, decidme que sabéis de la persona que pagó para que fuera asesinado. ¿No le visteis el rostro, al menos?

-No, no acerté a vercelo. Había con un tono de voz parecido al vuestro, quizás algo más áspero y estirado;

vestía ropas de seda y llevaba un anillo de oro en la diestra, como vos: esa es la única descripción que puedo daros. En cambio, le vi la cara a su esbirro, un tipejo alto y fornido, que respondía al nombre de Izrán.

-¡Izrán! ¡Cómo puede ser tan estúpido! -exclamó Ebel, reprimiendo un ramalazo de ira y apretando con fuerza las mandíbulas-. Sólo podía ser Adrás, el muy hijo de perra. Desconoce que sé quién es su mano izquierda en la mayoría de sus escabrosos asuntos. Juro que acabaré con él -prometió, solemne. De pronto, se le iluminó el rostro y sonrió, arceño-. ¡Esperad! Si me hacéis un servicio, me ayudaréis a vengarme de él; vos también os beneficiaréis.

-Veamos... ¿qué servicio? -le preguntó Daramad.

-Volved a ver a Adrás y hacédele creer que cumplisteis su cometido. Me conviene que crea que estoy muerto... así no podrá preocuparse de mí, ni tampoco ninguno de sus aliados. Haré difundir en la ciudad por medio de mis sirvientes el rumor de que estoy gravemente enfermo y cerraré las puertas de mi casa. Adrás creerá que tienen miedo a que se sepa que me han asesinado, cosa bastante habitual, por otra parte.

Daramad quedó en silencio, meditando lo que decía Ebel.

-De acuerdo. Pero no es tan fácil. Él me pedirá pruebas de vuestra muerte.

-Entonces se las daremos. Llamaré a mis criados. Envainad el sable, nada debéis temer de ellos.

Ebel abrió la puerta de su cámara, daciendo las palmas con furia.

-¡Levantaos! Así veáis el sueño de vuestro amo? ¡Subid de inmediato! -gritó encolerizado, volcando todo el miedo que había pasado momentos atrás.

Ruidos, aunque con gran turbación, los criados se arremolinaron hacia las escaleras. Los primeros en llegar hasta la puerta se quedaron perplejos ante la visión del extranjero de piel morena y amenazador aspecto, con el sable y la daga envainados, mirando con suma extrañeza la escena. El resto se agolpó a sus espaldas, postrándose después todos llenos de temor.

Daramad se acercó a la puerta, no sin antes apropiarse el contenido del joyero.

-¡Neyr! ¡Dónde estás! -llamó Ebel, buscando a su mayordomo. Neyr se abrió sitio a golpes y se arrodilló ante su señor, trémulo.

-¡Oh, señor! ¿Qué ha sucedido? ¿Ha corrido peligro vuestra valiosa vida?

Ebel adatió su puño contra el viejo mayordomo, abriéndole una ceja y derribándolo. Gimiendo, con la sangre que le bajaba por el rostro manchando su lengua y canosa barba, se incorporó de nuevo, tambaleante.

-¡Maldito imbécil! Bien poco me ha faltado para morir. Despierta al resto de los sirvientes y guardias y cuéntalos. Ah, y dime quiénes de ellos estaban de guardia esta noche.

Neyr asintió, cubriéndose la herida con la mano y corriendo a cumplir la orden de su señor. Poco después regresó, muy inquieto; Ebel estaba sentado en el escritorio, con el extranjero de pie y a su derecha, calmándose del susto con una copa de vino. Escuchó las conclusiones del mayordomo, pensativo.

-Conque faltan dos criados esta noche... bien, no saldrán vivos de esta ciudad; manda arrestar al centinela

que estaba dormido en su puesto -miró a Daramad, haciendo la fácil deducción de quién había asesinado al otro-. Requiere a dos de ellos a mi presencia. Y regresa con una joyana y un paño.

-¿Cómo? -dijo extrañado Neyr.

-¡Obedece! -le urgió Ebel, levantándose de la silla; convocando a los criados, les ordenó que se pusieran en fila. Los escuchó detenidamente, uno por uno; los pámulos le miraban espantados y muy rígidos. Al rato, el mayordomo volvió junto a dos guardias, tendiéndole a su amo lo que le había pedido.

-Excelente -Ebel se fijó también en Neyr, y, contento al fin, despachó al resto de los criados. Se acercó a uno de los guardias y le musitó algo al oído.

-¿Así que Adrás quiere una prueba de mi muerte? Muy bien, se la proporcionaremos. Neyr, ven aquí. Dame tu mano derecha. Eso es; bien, lo que pensaba... mi anillo te encaja a la perfección. Estupendo. Sujetadle -les mandó a los guardias, que agarraron firmemente a Neyr, el cual, sin comprender del todo pero terriblemente asustado, se debatía histérica e inútilmente.

Ebel colocó la joyana sobre la mesa y atrajo sobre ella la diestra del mayordomo, cogiendo del cinto de sus guardias un afilado puñal.

Neyr chilló agudamente cuando Ebel le seccionó su dedo anular, medio desmayándose. Con extraordinario cuidado, Ebel envolvió el dedo en el paño y se lo entregó a Daramad, mirándole fijamente.

-Esto servirá; es mi anillo personal. Si aceptáis mi consejo, desapareced cuanto antes después de que acabe todo esto. Marchaos, entonces.

Daramad se guardó el paño, en cuya tela crecía una mancha roja oscura, marchándose de la casa de Ebel Darnid sin tanto sigilo como con el que había entrado.

La tarde moría silenciosamente, relevada por el prescor de la noche. «El corcel negro» había cerrado sus puertas, excepto para un extranjero ladino y escurridizo.

Izrán se levantó de la mesa al verle entrar, atusándose el mostacho. El saremio cruzó la sala vacía y se plantó ante él, reidor como de costumbre.

-Llévame ante tu amo. Tenemos que cerrar el negocio -Izrán gruñó por respuesta, obedeciendo; subieron las escaleras, deteniéndose de nuevo en la misma habitación y entrando sin llamar.

Adrás se impacientaba entre las sombras que proyectaba el candil amortajado, visiblemente intranquilo.

-¿Y bien? -preguntó desalado nada más ver entrar a Daramad- ¿Tuvisteis éxito?

Daramad, flanqueado por Izrán, tomó asiento con parsimonia, disfrutando con su nerviosismo.

-No tan rápido. ¿Y mi recompensa, la habéis traído? -exigió.

-Aquí está: el dinero y el salvoconducto -y sacó una bolsa de tela, aditada de monedas, junto a una cuartilla doblada de papel fino, sujeta con lazo rojo y sellada con lacre.

-Perfecto. Creo que esto os servirá como

prueba -Oaramad sacó un paño manchado, que Ikrán se encargó de acercar a su señor. Este abrió intrigado el paño, mirando exultante de gozo su macabro contenido. La falange que contenía estaba amoratada, con cuajarones de sangre sobre el anillo que ceñía; Aóráas lo retiró con dificultad, rascando la sangre reseca con las uñas y examinando atentamente su cifra.

-Núndete en el Adismo, Edel -dijo quedamente, con la faz umbrrosa e indistinguible iluminada por el espectro de sus dientes, chasqueando la lengua de placer. Volvió la vista hacia Oaramad, guardándose el anillo con mucho celo.

-Aquí tenéis -puso la mano sobre el dinero y el salvoconducto, que Ikrán le alargó a Oaramad-. De habéis servido bien. Quizá, si regresáis a Ank-Kusur, necesite de vuestros servicios nuevamente. Aunque lo dudo mucho, puesto que habré mejorado sustancialmente mi posición -dijo esto último casi como en un susurro, acariciando una idea con las palabras.

Oaramad contó las monedas y estudió el salvoconducto; sabía leer el zaiik lo suficiente como para constatar que el documento no era falso.

-Bien, os dejo. Os tomo la palabra, puede que algún día nos volvamos a ver -y guardándose su recompensa, dejó la habitación. Ikrán vigiló su ida y, cuando vio desde la ventana que el saremio dejaba la hostería, tornó hacia su amo, con expresión interrogativa.

-Ya sabes lo que hay que hacer. Procura ser discreto -Aóráas se probó el anillo de oro, despidiendo a Ikrán con un ademán imperioso. Ikrán asintió con un movimiento de la cabeza, dejando el cuarto apresuradamente.

Aóráas contempló ensimismado la puerta al cerrarse. -Uno menos. Ahora estamos solos tú y yo, Najor.

Fuera ya del Barrio Oeste, Oaramad se estiró como un gato perezoso, muy ufano. El sol se hundía en el mar, allá en el horizonte, arrojando con su vaga y mortecina luz la ciudad.

Ajustándose el taladarte, Oaramad descendió hacia los muelles, cruzando las solitarias calles. ¿O no? De hecho, juraría haber oído un rumor de pasos detrás de él, apagado y subrepticio. Con un escalofrío en la nuca miró a sus espaldas. No vio a nadie, pero sentía que le estaban siguiendo. No era para él una sensación desconocida.

Apretó el paso, cambiando bruscamente de dirección. Los pasos se escucharon entonces, inequívocamente tras los suyos. Oaramad echó a correr de improviso, saliendo por una calle transversal. Escuchó una maldición y las pisadas de sus perseguidores; sólo volvió un instante la vista, para comprobar su número. No le sorprendió ver a Ikrán junto a tres hombres, todos con las armas desenvainadas y acercándose cada vez más.

Un puente estrecho de piedra gris cruzada uno de los canales de la ciudad, hacia el Este. Siguió por él, sacando una trenza de cuero y un glande de plomo de su zurrón. Ikrán y sus secuaces tomaron a su vez el puente, apretándose en su estrecho paso. Engastando el glande en la honda, Oaramad se volvió, volteándola amenazadoramente y apuntando hacia Ikrán. Sus perseguidores se de-

tuvieron, estordándose los unos a los otros mientras buscaban parapeto o se agachaban. El glande de plomo silbó cerca de la sien de Ikrán, yendo a golpear el rostro de uno de los rupianes: el proyectil se hundió en el puente de su nariz con un desagradable astillar de huesos y el hombre se derrumbó sin vida, sangrando a borbotones por la desfigurada nariz y ambos oídos.

Ikrán impreco en voz alta, incorporándose; acució a sus hombres con secas órdenes y reanudó la persecución. Oaramad vaciló un instante, dudando entre disparar de nuevo o huir; viéndotes demasiado próximos, optó por lo segundo.

Tras cruzar el puente, se encontró con una serie de intrincadas calles, apretadas para proporcionar sombra y por las que apenas recordaba haber pasado. Maldijo en todas las lenguas que conocía y lanzó una silenciosa plegaria a Lurdad, el dios de los ladrones saremio. No pareció escucharle: la calle que tomó a ciegas le condujo a un patio interior, donde una fuente de mármol susurraba a la parva luz de los faroles de bronce; sólo había otra salida y pronto la ocupó uno de sus perseguidores, jadeante por la carrera y que sonreía ominosamente, acercándose con el alfanje presto.

Ikrán tuvo ganas de reír de puro júbilo al ver la calleja que tomaba el extranjero, aunque prefirió no perder aliento. Le indicó algo con un gesto a uno de sus dos hombres, que avivó el ritmo de su carrera y se separó de ellos. Ascendió por la calleja flanqueado de su otro compinche, aminorando el paso al ver al extranjero frente a ellos.

Oaramad volvió a maldecir; desnudando sable y daga, se recostó contra el brocal de la fuente, sin perder de vista al que tenía detrás.

-¿Qué, Ikrán? -saludó-. ¿Vienes de parte de Aóráas? No sabía que elegías a tus amigos en las alcantarillas del puerto -continuó en el tono más sereno que pudo.

-Tampoco sabía yo -respondió Ikrán- lo chistosos que eran los saremios antes de morir -hizo una seña a sus dos hombres, que acometieron al punto.

Oaramad arrojó al que le venía de frente, un suhmánida fiero y jayán, de piel oscura y tatuada, que arremetió con un tajo de su hacha de bronce a las piernas. Con un ágil regate evitó su hachazo, cruzándole la cara de un sablazo al través. El suhmánida cayó sobre un costado, con medio rostro y un ojo saados.

Ikrán ocupó su lugar, buscando con saña el cuerpo de Oaramad con recios tajos y hendientes de su chafarote. Antes de que su otro secuaz le metiera una buena mojada por la espalda, Oaramad rodeó el brocal de la fuente, hurtando el cuerpo al chafarote de Ikrán. Este y su compinche fueron tras él, rodeándolo; se defendía de uno con el sable y del otro con la daga, retrocediendo sin más remedio hacia la esquina del patio.

Ikrán, más rápido, acometió de nuevo, esta vez hacia su vientre. Oaramad desvió su acometida con un quite de su daga, cortándole en la muñeca cuando retirada el brazo armado. Herido, Ikrán retrocedió aullando de dolor, sujetando apenas el arma entre sus dedos.

Terció el otro con una temible cuchillada de alfanje a su rostro, que no consiguió evitar del todo y ras-

guió su mentón, tificando roja su oscura darda. Oaramad, sin arredrarse, le hizo frente con ahínco, buscando romper el cerco. Entre tanto, Ikrán restañada la sangre que fluía abundante de su muñeca herida con un jirón de túnica, no por ello desistiendo de la lucha: tomó el chafarote con la siniestra y se rehizo, buscando cobrarse con creces la cuchillada recibida.

Al ver a Ikrán volver de nuevo contra él con las facciones deformadas por la ira, trató de desmbarazarse pronto de su contrincante. Sintió a su cabeza con el sable, asestándole luego a traición una patada al bajo vientre, que le hizo doblarse y trastabillar.

Oaramad e Ikrán se encontraron; sus armas iban y venían incesantemente, entrecuchocando con fragor. Ikrán se batía como un demonio iracundo, asestando devastadores tajos y reveses con su chafarote, pese a tirar con la zurda. Oaramad acertó a apuñalarle con la daga en el hombro derecho y una pierna, aunque sin mucha fortuna. En cada lance tenía que retroceder ante el empuje de Ikrán, que lo acorralaba contra la pared de ladrillos.

Sin darle respiro, Ikrán descargó un temerario golpe en el que apoyó todo su peso, apuntándole al costado izquierdo. Oaramad, sin espacio para rehuirle, avanzó temerariamente hacia él, oponiendo su daga y tajando con su sable. El poderoso revés de Ikrán resbaló sobre la daga y alcanzó a Oaramad, al tiempo que el filo de su sable le adría a éste el cuello de lado a lado y hacía brotar la sangre a chorros, cortando venas, arterias y tendones como si fueran hilos.

Una nota aguda de dolor estremeció a Oaramad al retroceder después del fugaz y definitivo lance. La cota de maila se había doblado ante el chafarote de Ikrán, quebrándose sus eslabones. Sintió la húmeda calidez de su sangre empapándole la desgarrada camisa y cayó de bruces, con la respiración entrecortada. Empapado de sudor, el cual inflamada su agonía al contacto con sus heridas, se tanteó el corte del flanco con manos temblorosas, comprobando que no era mortal.

Ikrán se tenía aún sobre sus rodillas lastimosamente, doqueando y agarrándose el cuello con las manos, tratando de parar la hemorragia. Intentó hablar, pero su garganta cortada sólo dejó escapar un sordo gorgoteo. Pestañeando lleno de incredulidad, como si no creyera todavía el desenlace del combate, se derrumbó, quedándose tumbado con los ojos muy abiertos y vidriosos sobre el creciente charco de sangre que huía de su cuello.

Oaramad trató de levantarse trabajosamente. El único de sus atacantes vivo se levantaba con el gesto aún contraído por la patada recibida, mirando estupefacto el cadáver de Ikrán. Tomando el alfanje, se acercó vengativo a Oaramad, el cual se había logrado incorporar penosamente, alzado el sable y recostada la espalda contra el desconchado lienzo de ladrillos.

-¡Alto! ¡Alto a la guardia del Príncipe! -conminó una voz ronca, seguida del sonar de muchos pies y el tintineo de cascos y arneses. Súbitamente, una patrulla de la guardia irrumpió en la escena; el esbirro de Ikrán huyó a toda prisa por la otra salida, olvidando a Oaramad, sin detenerse ante los gritos de los soldados. Dos de ellos re-

accionaron a tiempo para arrojar sus lanzas, pero ninguno logró alcanzarle en su frenética huida.

Oaramad trató de imitarle, mas no pudo; una repentina arcada le revolvió el estómago y le hizo tropezar y caer de bruces. Cuando tratada de levantarse, media docena de guardias le rodearon. Uno de ellos le golpeó la cabeza con la contera de su lanza, derribándole. La oscuridad se abatió sobre él.

Ank-Kusur se despreczaba con adandono, renuente; el alba ya despuntada sobre los tejados, las torres, cúpulas y el azul vaporoso del Palacio de Lapisláxuli, sin que pudiera verse todavía mucha actividad en sus calles.

En los barrios cercanos al puerto, donde revoloteaban las gaviotas en busca de comida, la luz del sol comenzó a colarse por las rendijas de una ventana, asaceteando la acogedora oscuridad del dormitorio. Uza abrió los ojos lentamente, doctezando. Había pasado una mala noche y tenía agarrotados los músculos del cuello. Se incorporó en la cama, dedicando una mirada de reproche a su mujer, dormida aún entre las sábanas de estameña. La sacudió para despertarla, molesto.

-Raisa, despierta. Vamos, mujer, que ya amanece - Raisa masculló una protesta, soñolienta, mientras que Uza abrió los postigos de la ventana para que el sol entrara sin estorbo en el cuarto. Se acercó a un mueble de madera debajo de un espejo sucio colgado en la pared, lavándose la cara en una jofaina de barro. Vistiéndose y calzándose, volvió a increpar a su mujer, que al final se levantó dando trompicones de la cama.

-Una esclava -se decía cuando bajada las escaleras - eso es, me compraré una esclava, joven y complaciente. O mejor, dos -pensada risueño. Bajó las sillas de las mesas, ordenó las jarras y vasos de la darra y se volvió poco después con impaciencia hacia la escalera.

-Raisa, mueve el culo ¡O te lo azotaré hasta que no puedas sentarte! -le gritó desadrido, exasperándose. Comprobó las existencias; faltada cerveza, vendría bien abrir un barril.

Fue hasta la trastienda, sacando un manojo de llaves oxidadas de su mandil y girando una en el cerrojo de la puerta de agrietada madera. Al traspasar la puerta, el tacto helado e inquietante de una hoja de acero en su cuello le recorrió el espinazo como un escalofrío, sacudiéndole los últimos vestigios del sueño.

-Quiet. Pasa, Uza, tenemos que hablar. Cierra la puerta -Uza asintió con un gesto nervioso, obedeciendo. Oaramad estaba al lado del dintel, con aspecto febril y desastrado; un feo corte todavía reciente le surcaba el mal rasurado mentón y un brillo asesino destellaba en sus ojos castaños.

-Oaramad -dardoteó, alzando las manos -tranquízate, hombre. Baja el arma, por favor -el sable corvo y de espléndido filo, empuñado firmemente por Oaramad, se retiró un palmo. Uza miró detrás de Oaramad y vio restos de comida y varias botellas vacías de su mejor vino. Debía haber pasado la noche allí, esperándole, después de forzar las cerraduras con ganzúa.

-Bueno, Uza; espero que te hayas puesto a bien con nuestros dioses. Porque me vas a tener que dar una magnífica razón para que no te corte el cuello, después de cómo me has vendido.

-¡Eso no es cierto! ¡No te vendí! Sólo me dijeron que requerían un asesino hábil, extranjero si podía ser, para encargarse de un negocio muy delicado. Los asesinatos por encargo no son infrecuentes aquí, pese a la guardia de palacio.

-No sé, Uza... creo que me ocultás algo -Uza le contempló horrorizado, tragando ruidosamente.

-¡No te ocultó nada, Oaramad! Desconozco qué se trae entre manos el que te contrató. Uno de sus secuaces vino ayer a mi taberna, me pagó mi parte y se fue sin mediar palabra; nunca lo había visto antes. Ayer mismo me contaron el rumor de que te había capturado la guardia hace dos días, gravemente herido. No sé nada más... ¡te lo juro!

-Juras con demasiada frecuencia, Uza. Es una fea costumbre. Pero, por esta vez te creo.

Uza respiró a grandes bocanadas cuando comprobó que Oaramad alejada el sable de su cuello y lo devolvía a su vaina.

-Oaramad, ¿cómo demonios has salido de la prisión? ¿Es que no te capturaron como me dijeron? -le preguntó Uza, con un tono de voz menos tembloroso.

-Oigamos que jugué bien mis cartas. No te diré más; créeme, te conviene saber lo menos posible de todo esto. Bien, Uza, escuchame atentamente: si mencionas que me has visto a alguien, volveré a por ti. Y entonces... -Oaramad tomó una botella vacía de la mesa, rompiendo su culo contra el borde y mostrándose, muy convincente.

Uza hizo muestras de comprender y se apartó del camino de Oaramad, que tiró al suelo la botella y salió de la despensa. Cuando abandonó la taberna por la puerta trasera, Uza corrió los cerrojos, suspirando muy aliviado. Quizá era hora de cambiar de negocio.

El candelil iluminada con su vacilante luz la sala, proyectando contra las paredes las inciertas siluetas de los libros de las estanterías. A su luz, Najor Ashar manuscribía con su letra ágil y elegante los asientos de su libro de contabilidad, mojando de tanto en tanto la caña de la pluma en el tintero. Terminada su labor, secó la página con arena fina, sopló para limpiarla y cerró el libro, guardándolo junto al recado de escritura en uno de los cajones de la escribanía.

Se aclaró la garganta, reclinándose en su silla de alto respaldo, y tras estirarse, se levantó, acercándose a la ventana. Desde la celosía de madera podía verse a la luz de la luna el jardín de su villa, florido y fragante, lustroso por el rocío nocturno.

Maduro y bien parecido, Najor Ashar tenía un rostro firme, enmarcado por su abundante pelo rubio oscuro y una cuidadosamente recortada barba.

Vestía sobriamente, con una túnica clara, calzas y jubón celestes y anchos brazaletes de oro ceñi-

dos a sus robustos y velludos brazos. Toda su figura sugería resolución, sólo traicionada por sus agrisados ojos, a los que asomaba una extraña inquietud. Pasada por la estancia, adsorto, como oprimido por una inescrutabile cuita, cuando uno de sus pámulos llamó a la puerta de su estudio.

-Señor, un mensajero embozado requiere vuestra atención -dijo el criado suavemente tras la puerta- Viene en nombre de Adrás -Najor alzó una ceja, extrañado.

-Adrás... -pensó-. ¿Qué querrá ahora esa alimaña? -aproximándose a la puerta, la abrió, encarándose al sirviente.

-Está bien. Hazle pasar; le atenderé aquí mismo. Que dos guardias le acompañen hasta aquí; díles que esperen luego junto a la puerta.

El criado se fue por el pasillo en penumbra, y poco después, vino con el mensajero escoltado por los dos guardias, que se detuvieron en la puerta, cuadrándose.

-Déjanos solos -le ordenó al doméstico. Obedeciendo, cerró con cuidado la puerta al irse. Najor observó al mensajero, embozado en una pelliza gris, ajada y sucia, aún sin descubrir el rostro ni proferir palabra.

-¿Qué desea tu amo esta vez? -le preguntó, alcanzando una alcarraza llena de agua fresca que tenía sobre el escritorio y sirviéndose un jarro de ella.

-Veros muerto, sin duda -Najor se atragantó con el agua al escuchar tamaña insolencia, mirando con un espasmo de furia al embozado. Este retiró la capucha de su cara, aumentando la alarma de su anfitrión. Nunca antes había visto a ese hombre al servicio de Adrás.

Oaramad extendió ambas manos al frente para tranquilizar a Najor, que parecía presto a llamar a sus guardias y criados.

-Calmaos -le dijo Oaramad, en tono conciliador-. Lamento haber tenido que recurrir a esta afagaza para franquear el umbral de vuestra villa, pero de otro modo no me habrías escuchado nunca. Tengo algo muy interesante que deciros.

Najor relajó su postura, admirado de la osadía de aquel extranjero.

-Os escucho. Tomad asiento, si os place -Najor volvió a sentarse en el escritorio, expectante.

Oaramad acercó una silla baja, acomodándose antes de hablar.

-Me llamo Oaramad Mur Asyó. No me conocéis, pero yo sí sabía de vuestra persona, a través de Adrás. Sé que planea embaucaros para que le prestéis dinero, para luego librarse de vos si puede. Y no está solo en ese empeño.

Najor escuchó sus palabras con creciente desasosiego, acariciándose la barbilla al hacerle.

-¿Y quién, si puede saberse, le apoya? -indagó, receloso.

-Édel Oarmid, a quien conocéis, sin duda -aseveró Oaramad.

-¿Édel? ¡¡Al Desvariáis, mi estúpido amigo. Édel Oarmid está muerto; desde hace días su casa está cerrada, con los criados tratando de ocultar lo ocurrido por si algún familiar decide ejecutarlos en un desaire.

-¿Seguro? Yo os digo que Édel Oarmid no ha muerto. Eso es únicamente una treta para engañaros. Decidme, ¿no sospecháis que fue Adrás mismo quien

mandó asesinarle? No digáis nada ni tratéis de negarlo, lo sé. Bien, entonces... ¿qué les puede impedir el haberse aliado para aniquilaros, fingiendo uno su muerte para atraerlos el otro hacia una falsa alianza?

Najor asimiló todo aquello poco a poco, cada vez más perplejo y aturdido. La duda se abrió paso en su interior, crispándole los nervios. Las palabras de aquel extranjero no le parecían tan descabelladas ahora. Reponiéndose, contestó precavidamente:

-Es una idea retorcida... pero posible, después de saber con quién tengo que haberme. ¿Y cómo es que sabéis todo eso?

-Digamos que serví a Aódrás un tiempo, hasta que le contrarié y éste quiso deshacerse de mí, pues sabía demasiado y podía comprometerle. Envié tras mis pasos a varios de sus secuaces, entre ellos Ikrán, pero no lograron acabar conmigo. Me creyeron muerto cuando me abandonaron a la patrulla de la guardia, mas logré zafarme de ellos. Sé, además, que con la alianza entre Aódrás y Edel lograrán inculparos de algo, pero desconozco el qué. El caso es que si permanezco más tiempo en Ank-Kusur acabarán por descubrir que no he muerto y vendrán por mí, más tarde o más temprano. En suma, decidí probar suerte con vos y requerir vuestra protección, si tenéis a bien ofrecerme la.

Najor recapacitada sobre lo que le decía Oaramad, abstraído; después de un buen rato, se levantó de su asiento, colocándose enfrente del saremio.

-Y bien... ¿qué me impide libraros de vos ahora, ya que sé todo lo que planean mis enemigos, para evitaros problemas? Avisado como estoy de su traición, ¿para qué puedo necesitaros? -apuntó Najor malévolamente.

-Para nada, puede ser. Pero dejadme que os diga dos cosas más. La primera es que podréis contar con mi brazo armado y de mi testimonio frente a vuestros traicioneros rivales -añujo Oaramad, siguiendo con la mirada los portos de Najor por el cuarto.

-y la segunda, que si dentro de tres días no voy a ver a uno de los juristas de esta ciudad, se encargará de cumplir las instrucciones que le dejé por escrito. Y son muy claras: difundir la habladuría más que fundada de las ligerezas afectuosas de vuestra joven esposa, y no precisamente hacia su buen marido, vos mismo.

Najor se detuvo, girando sobre sus talones y apretando los dientes en una mueca de terrible cólera, destacándose mucho las venas de su poderoso cuello.

-¿Cómo es que sabéis eso? ¿Quién, por Neymed El Oscuro, ha vertido tal infamia?

-Aódrás, claro. Y nada de infamia, lo tengo por muy cierto. Aódrás mismo gustaba de chancarse sobre vuestra condición astada... espetó mordaz Oaramad, sosteniendo la fiera mirada de odio e impotencia de Najor. Éste cerró los puños con fuerza, haciendo palidecer sus nudillos; sus facciones estaban arrojadas de pura rabia. Sin embargo, acabó por calmarse, expirando sonoramente y dándose la vuelta, adadido.

-Vamos, Najor, no es para tanto -le dijo Oaramad, colocándose junto a él-. Hay muchas mujeres en esta ciudad. Pero si para los kusureses de alta alcurnia es tan terrible que os llamen cornudos, como me pare-

ce, escuchadme con atención: si me recompensáis adecuadamente y garantizáis que no sufriré daño alguno, nadie más tiene por qué saberlo. Me iré de Ank-Kusur y nunca más volveréis a saber de mí.

Najor se incorporó despacio, asintiendo con resignación.

-De acuerdo -convino, tornando hacia Oaramad-. Pero si el rumor acaba por saberse, os haré desollar. Bien, contad con mil velas de oro y mi protección hasta que todo esto termine. Empeño en ello el honor de mi familia, que pese a que lo manchado asociándome por escabrosos motivos a ese par de serpientes, aún es reconocido en todo Ank-Kusur. Os quedaréis en mi villa hasta pasado mañana, día en que Aódrás y yo acordamos citarnos para parlamentar. ¿Algo más?

-No sé, dejadme pensar... ¿dos mil velas?

-Sois un chacal despreciable, un digno hijo de vuestra patria -Oaramad ignoró la puya, casi complacido de oírla-. Mil quinientas, y ni una más.

-Está bien. Bueno, indicadme dónde puedo alojarme. Y si puede ser, os rogaría que me regalais con algún refrigerio -solicitó Oaramad, zumbón.

Najor, indignado, llamó a sus sirvientes y les dio instrucciones para que atendieran a Oaramad, despidiéndole furibundo.

Mientras Oaramad subía tras el doméstico las escaleras, hubo de reprimir una carcajada. -Más tarde, cuando salga bien parado de ésta -se dijo, despreocupado.

Najor Ashar se mesaba su bien cuidada darda, escudriñando en torno al pequeño templete de piedra en el que se hallaba junto a tres hombres, embozados con finas pelizas de terciopelo y con las armas prestas.

El propio Najor acariciaba el pomo de su espada corta con impaciencia. Estaban en un cenador del Jardín de los Suspiros, discreto escenario de muchos de los amoríos, intrigas o duelos entre los cortesanos de la ciudad.

Columbró allá en la oscuridad a varias figuras acercándose por uno de los caminos de tierra amarilla que serpenteaban por el jardín, y pese a que todas estaban encapuchadas a semejanza de sus propios acompañantes, reconoció a la más adelantada.

Aódrás dejó el sendero y entró junto a sus tres hombres en el cenador, retirándose la capucha. Tenía el pelo moteado de hebras blancas y muy ensortijado, largas patillas y una espesa darda blanca. Más bien bajo, robusto y de grueso abdomen, llevada en aquella ocasión una túnica clara bajo el manto, sin adornos; prendía su manto con un broche sencillo y llevada colgado del cinto una curva daga, alhajada de rubíes.

Sonrió de forma misteriosa, saludando con la mano desde el pie de la corta escalinata que llevaba al piso del templete.

-Bonita noche, ¿no es cierto, Najor? Fresca y húmeda; se acerca ya el otoño.

-No creo que nos citáramos aquí para departir sobre el tiempo -replicó Najor, distante y frío, con los ojos clavados en los de Aódrás-. Eso espero, al menos.

-Siempre tan impulsivo. De acuerdo, hablemos de cosas más importantes -subió Aódrás los escalones, asistido por sus hombres, entre cuyas ropas se entreveía el acero de sus alfanjes. Cuando quedó a su misma altura, Aódrás prosiguió de esta forma:

-Iré directamente a lo que nos ocupa: sades que he eliminado a Edel, y si no lo habías conjeturado, me decepcionas. Edel era un manirroto y un borracho, seguro que acabaría revelando nuestro secreto a alguna furcia de la calle del placer.

-Y tú, claro, le asesinaste para que eso no ocurriera, ¿verdad? -contestó Najor mordaz, curvando sus labios en un rictus de desprecio: Fracasamos una vez, Aódrás, y aún estamos en grave peligro. Si recayeran las sospechas sobre nosotros... él no tardaría en atar cabos.

-Por eso mismo debemos trazar otro plan, y rápido! Sades que nos necesitamos mutuamente; juntos, acabaremos con ese degenerado y pondremos a otro en su lugar, uno que nos sea fiel -Aódrás hizo una pausa y añadió burlesco:

-Porque no habrás olvidado lo de tu esposa... sería una pena que se supiera toda la historia.

Najor crispó su diestra, descubriendo sus dientes y haciéndolos rechinar, arañando el broncíneo puño de su espada.

-¡Serías capaz, canalla! Tu lengua doble me metió en este embrollo, en el que he dejado buena parte de mi fortuna. ¡Y todo para nada, porque tus agentes fracasaron miserablemente!

-¡No es fácil asesinar a un príncipe! -protestó Aódrás, que había retrocedido hasta donde se cuadraba su escolta aún encapuchada: Sayrem se salvó por muy poco... una de sus concubinas probó el vino de ese libertino antes que él, y en su torpeza derribó la jarra antes de que pudiera probar también el licor. Dentro había veneno suficiente para matar a un regimiento y era imposible detectar tal tóxico una vez mezclado. Tuve que hacerlo traer expresamente de muy lejos... el maldito tiene una suerte increíble. Pero esta vez no fallarán mis agentes, pues he urdido un infalible plan que...

-Aódrás, como siempre, escupiendo tu veneno en los oídos de cualquier sando que te escuche -terció una voz áspera y grave desde el principio del sendero, interrumpiendo a Aódrás. Edel Oarmid, descubierto, seguido de quince hombres bien armados, irrumpió en el cenador, plantándose frente a las escalinatas del melancólico templete.

Aódrás retrocedió un paso, tembloroso, como si le hubiera aferrado el garrate una mano helada e invisible; Najor, sin sorprenderse en absoluto, levantó una ceja, dedicando una seña a uno de sus acompañantes.

-Pero... -balbuceó Aódrás, trémulo y demudado, sin comprender: ¿Qué especie de engaño es éste? Te hice asesinar, y tus criados...

-¡Fallaste, viejo barrigudo! El asesino que me mandaste no era tan estúpido como creíste y resultó ser bastante avisado, a fe mía. Gracias a él pude sospechar vuestra alianza en mi contra y predisponerme a ella. Mis espías han estado vigilando vuestros movimientos, y cuando supe que os habíais citado aquí, no necesité saber mucho más. Pero basta de charla: os

doblámos en número, así que deponed las armas. Najor, aún pese a saber que te has dejado engatusar por esta serpiente desdentada, te dejaré partir. Podemos llegar a un buen acuerdo todavía.

Najor parpadeó, confundido. Presumía que sus dos rivales estaban realmente confundidos en su contra, pero las palabras de Najor y la sorpresa mal disimulada de Aódrás sembraron la duda en su parecer.

-¡Basta! Aquí hay muchas cosas que aclarar todavía. Y no hables tan rápido, Edel... no nos doblas, al menos a mí -chasqueó los dedos, y, paulatinamente, de los parterres espesos y perfumados de arrayán surgieron veinte hombres ocultos hasta entonces, vestidos como sus otros secuaces. Desenvainaron las espadas cortas y embrazaron los broqueles, aguardando una orden.

Aódrás tornó hacia Najor, enfurecido.

-¡Traidor! ¡Pensabas asesinarme, sucio patán! -clamó histérico.

-¿Traicionarte, Aódrás? Llevas haciéndome chantaje mucho tiempo. Odebería haber traspasado tu podrido corazón hace mucho. Pero no... no se trata de eso. Yo sabía que Edel no había muerto; lo que me ha extrañado es que tú no lo supieras, pues también me alertaron de que te habías aliado en mi contra. Aunque ya veo que tal no es verdad -dicho esto, se volvió hacia uno de sus hombres: Y aquí tenemos a quien me puso en conocimiento de vuestra supuesta confabulación; me he cuidado mucho de traerlo conmigo. Sabía que acabaría temiendo que contestar a más de un interrogante.

El hombre desmenuzó su rostro, dando un paso al frente. Aódrás maldijo, transportado por la rabia.

-¡Tú! Me mentiste... qué tonto he sido; nunca pude imaginar que existiera alguien tan rastroso.

-Es francamente chistoso que se me acuse de traidor y embustero en esta reunión de conspiradores por el trono... Oaramad desprendió el pasador de su peluca, dejándola en el suelo de piedra y apartándose del resto de los que ocupaban el templete.

-Estás rodeado, saremio -escupió Najor: Y debes respondernos a un par de cuestiones.

-¿A un par, tan sólo? -concedió divertido e inconcediblemente calmo: Os contestaré a todas vuestras preguntas. Y, para ello, comenzaré desde el principio, cuando Aódrás me contrató para asesinar a Edel.

«Entonces yo no sabía bien quién era Edel, ni siquiera la identidad del que me había contratado. Sólo me proporcionaron una dirección a la que debería dirigirme y un plano de la casa, a la que accedí sin muchos problemas gracias a lo venable de sus criados. El caso es que me oía algo más y decidí arriesgarme, desobedeciendo las órdenes explícitas que me habían asignado»

«Edel, terriblemente asustado al ver mi daga tan cerca de su cuello, cometió el error de mentaros, Najor, e incluso de llamaros cornudo. También se nombró a sí mismo y, tratando de amedrentarme, me amenazó con su posición de consejero de estado. Y lo cierto es que en un principio me asusté bastante, dada la seriedad del asunto en que me había metido»

«... pero no por ello perdí los estribos. El fallo de Aódrás fue creer que era un estúpido y que acep-

taría su dinero sin preguntas... creía que era un extranjero inculto y ajeno a las maquinaciones de esta ciudad. Mas, de donde yo provengo, estas luchas intestinas y solapadas por el poder son frecuentes, así que no me costó atar cabos con los rumores que había oído en los fumaderos y prostíbulos de la Calle del Placer, ya que muchos kusurces de alta alcurnia son bien conocidos allí»

«Se rumoreaba que habían tratado de asesinar al príncipe Sayrem, para deponer a su familia del trono. Y, sin aparente conexión alguna con éste, otro rumor más jugoso: que el príncipe cortejada a la esposa de uno de los hombres más ricos de Ank-Kusur, a sus espaldas, aunque no se sabía mucho de quién era la esposa o el marido. Por lo que oí, no era la primera vez que el príncipe rondaba a mujeres casadas, pues dicen que es un mujeriego impenitente y un temible conquistador»

«El resto fue fácil de colegir, o al menos así me lo parece; por lo que sé ahora, Adrás, tenías una secreta inquina contra los Yarfás y querías deponer a Sayrem para vengarte de ella y ocupar, de paso, el trono con un príncipe marioneta. Decidiste contar con la ayuda de Najor y su patrimonio, ya que conociste la infidelidad de su esposa... no debió ser difícil corromperle, sobre todo exacerbando sus atroces celos»

«Y tú, Edel, supongo que malversarías los fondos del Estado en algún negocio que fracasó para tu desgracia y querías evitar que salieran a la luz tus despalcos. Seguramente Adrás te hacía también chantaje... en fin, decidí contarle algo de lo que sabía a Najor, buscando su protección»

«¡Módicil! -gritó Najor entre aspavientos- ¿Dicienas que te voy a proteger ahora que sé que me has mentido? De seguro, tu chantaje fue una baladronada; no mantengo promesas a los que tratan de engañarme.

Los otros conspiradores asistían al diálogo ofuscados, especialmente Adrás, que se mordía los labios y acezaba fatigosamente.

«¡Pero uno de mis hombres te hirió de gravedad! Y la guardia te prendió, o al menos eso me refirió el único superviviente de los que envié a matarte.

«Estuve a punto de morir, cierto, pero me salvó la cota de mallas de buen acero que no empuñé en mis juergas. Y tu hombre dijo la verdad: fui prendido por la guardia y acudí en los calabozos. Me valió mucho conocer de las orgías en que derroché mi pequeña fortuna al carcelero mayor del príncipe... él mismo me convenció de que me escuchará, y así pude contarle toda vuestra maquinación, que coincidió punto por punto con sus bien fundadas sospechas.

Edel, Adrás y Najor palidecieron mortalmente... y, en esos tensos instantes, surgieron de todos los caminos que conflúan al cenador numerosos arqueros de la guardia kusurces, vestidos con jubones de cuero, con espadas cortas al cinto y sandalias de cáñamo. Rodearon el pequeño claro y permanecieron con los arcos tendidos, apuntando sin decir palabra.

Los hombres de Edel y Najor titubearon un momento, antes de unirse a los de Adrás y rendir las armas.

Precedido por una pequeña escuadra de infantería, el príncipe de Ank-Kusur se personó en la escena.

Era alto, de talle estrecho y rostro hermoso y sereno, que sugería un carácter firme, tal vez algo taciturno. Una túnica de seda púrpura de dorados brahones, las calzas de exquisita tela y una capa azul mar sujeta por un pesado broche de oro y rubíes asentaban su majestática apariencia.

«No es muy agradable saber en tan poco tiempo cuántos traidores anidan en tu ciudad... y en tu propio Consejo. Me indigno de pensar en todas las veces que os he escuchado atentamente -Najor y Edel permanecieron en silencio, pero Adrás pidió clemencia, arrastrando su gorda barriga por el suelo.

«Apresadlos. Serán ajusticiados al amanecer -ordenó, sin mirarles siquiera. Adrás gritó de angustia al escucharle, Edel maldijo resignadamente y Najor, antes de que le apresaran, empujó a sus hombres a un lado, sacando su blanca.

«-Sí... me ajusticiarán, ¡pero no antes de que yo haga lo mismo contigo, saremiol! -Najor arremetió contra Oaramad, que hubo de retroceder por la escalinata y desenfundar su sable. Cruzáronse los acceros, sable contra espada corta; Najor tenía la ventaja de estar escaleras arriba y gracias a ello compensada la menor longitud de su hoja.

Oaramad se defendió hábilmente de sus peligrosos ataques, temiendo tropezar con los escalones; vio venir una estocada, se apartó y contraatacó con un sableazo a las piernas, que Najor eludió por pura suerte. Dese a las furiosas embestidas y la mayor corpulencia de Najor, Oaramad tenía las de ganar, ya que era más diestro tirando con su arma y la esgrima de su contrincante empeorada encolerizado en la misma medida que crecía por ello la fuerza de sus ataques.

Al final, en uno de los lances detuvo una estocada y tajó el antebrazo de Najor, que dejó caer el arma impotente y tropezó en los escalones, quedando postrado y a merced de que le apresaran. Y, aún así, se revolvió cuando lo hacían preso, bramando de furia.

Oaramad envainó el sable, dedicando una indecifrable mirada al príncipe.

«Espero que Su majestad no haya olvidado su promesa.

«Nunca lo hizo un Yarfás que se preciara de serlo. Creí que mi carcelero mayor había perdido el juicio cuando intercedió por vos y me imploró que os recibiera, pero me honro mucho de haberlo hecho. Tenía sospechas de esta conjura, pero jamás tan amargas. Hice bien en espiar sus movimientos como me aconsejasteis; cuando supe que habían concertado su encuentro en este jardín, dispuse a mis mejores hombres emboscados en la maleza y les dejé entrar en la trampa. Por suerte para vos, sin duda, por que de no intervenir a tiempo ya estaríais muerto.

«Sin duda, Majestad, que os lo tengo muy en cuenta.

«Bien, nos veremos mañana, tras la ejecución. Mis sirvientes os darán las instrucciones pertinentes -y se alejó, precediendo a los guardias que salían del jardín con los conspiradores convenientemente maniatados.

Oaramad tomó un sendero distinto, perdiéndose entre los lozanos setos de tamarisco y el zumbido monótono de los insectos.

Miles de gargantas atronaban la Plaza del Destino con sus voces, agolpados sus cuerpos en torno al cadalso de piedra. Esclavos, marineros, extranjeros de muchas naciones, ricos mercaderes, altivas damas o simples ramerías aguardaban anhelantes, como una única y rugiente entidad. Las ejecuciones públicas eran frecuentes en Ank-Kusur y no era común tal interés. Pero no era para menos: pocas veces se ejecutaba a un traidor de estado y todavía menos a tres traidores acusados de conjura, amén de ser los tres miembros del Consejo.

Controlando a la muchedumbre, el recio y disciplinado cuerpo de la guardia kusureña impuso el silencio, repicando los regatones de sus largas lanzas contra el firme de baldosas. Los reos fueron conducidos al centro de la plaza en un carro descubierto, tirado por dos alazanes. Iban desnudos, aherrrojados de pies y manos, con la darda afitada y aspecto febril.

Los bajaron a golpes del carro, llevándolos hasta el cadalso por sus escaleras de rojo jaspe y blanco berilo, hasta las aspás de nudosa madera.

La multitud rugió de nuevo, ensordecedora, enardecida por la visión de los condenados. Y de nuevo, fue acallada; el príncipe Sayrem de los Yarfás hacía acto de presencia, flanqueado de su escolta personal. Detrás venían los miembros del Consejo, tres menos del número habitual, todos ellos potentados y ricos mercaderes, excepto Beranás el filósofo y Mesec, el Alto Sacerdote de Arass el Cegador.

Abriendo paso a la comitiva del príncipe, su escolta le condujo junto a su séquito al palco de honor, donde tomó asiento en un rico trono de ébano incrustado de jade. Sayrem alzó una mano desde su adelantada posición, saludando al pueblo, que prorrumpió en vítores como respuesta. Bajando la mano hizo el silencio y dio comienzo al acto.

Un edil desplegó un dardo escrito en vitela, carraspeando ligeramente antes de declamar así:

«Ciudadanos de Ank-Kusur, el Estado de nuestra excelsa urbe os ha emplazado hoy aquí para contemplar la ejecución pública e ignominiosa de tres pérfidos conspiradores. Najor Ashar, Edel Oarmid y Abrashad Gamir, miembros del Consejo de Ank-Kusur, se os acusa de alta traición al Estado y a su portavoz, el príncipe Sayrem. Vuestros cargos y privilegios como miembros del Consejo os son derogados y todas vuestras posesiones os son confiscadas; por el crimen que habéis perpetrado, se os sentencia a muerte. Que Neymed os acoja en sus negras profundidades, a las que ni Arass El Que Ciega Con Su Luz puede alumbrar»

Los condenados reaccionaron cada uno de forma distinta, aunque todos sintieron enervados al oír la sentencia. Edel bajó la cabeza, sollozando lastimeramente; Abrás

sacudía la cabeza y resollaba, atónito; el único que mantenía la frente alta era Najor, impertérrito, con una mueca feral retorciendo sus facciones y los músculos tensos.

El edil se volvió al palco, enrollando el pergamino; bajando la cabeza, el príncipe Sayrem reprendió la condena. Los verdugos sujetaron a los reos y les quitaron las cadenas, clavándoles a cada aspa por las muñecas y los tobillos, hincando cruelmente a martillazos el metal en sus carnes. Edel se derrumbó, desmayado, mientras que Abrás gritaba espeluznantemente; Najor, como una livida estatua, aguantaba el tormento sin proferir apenas queja, tendiendo el pecho poderoso y de espeso vello reluciente de sudor. Una vez clavados arriaron las aspás, valiéndose de poleas y cuerdas, asentándolas en el cadalso con gruesos flejes de hierro.

La algarabía duró un buen rato después, hasta que el gentío acabó por disolverse. Una vez que su presencia ya no era necesaria, Sayrem bajó del palco seguido por su escolta, saliendo de la Plaza del Destino por una apartada calle.

El príncipe y su escolta llegaron hasta una arcada sombría y solitaria, disponiéndose aquellos alrededor de Sayrem. Del soporal emergió un hombre de rasgos extranjeros, petulante y taimado, que interpelló a su majestad con suma cortesía:

—Os saludo, oh, príncipe. Espero que, como yo, hayáis disfrutado del espectáculo.

—No me gustan tales vulgaridades... están hechas para la gente soez y avillanada —dijo el príncipe, desdenoso. Oaramad acogió de buen grado la alusión, sacudiéndose sus ropas distraídamente.

—Bien, basta ya de tonterías —continuó Sayrem, irritado—. Me habéis servido bien, eso he de reconocerlo. No podrá decirse que Sayrem de los Yarfás es un desagradecido: aquí tenéis —de uno de los guardias recibió un aval de bronce y un pliego de papel lacrado—. Cualquiera cambiante de las Casas de Comercio os dará dos mil velas de oro por este aval. El documento os permitirá dejar Ank-Kusur en el primer barco que se disponga a hacerlo.

—Majestad, si se me permite una observación, he de dudar de vuestro agradecimiento, pues os cuidáis mucho de que me vaya lo antes posible —apuntó procaz Oaramad. Sayrem arrugó el entrecejo, afecando sus rasgos con un breve raptó de enojo.

—¿Y os cabe duda de ello? Cuando antes os marchéis de Ank-Kusur, mejor: no quiero tener a semejante maquinador intramuros... no podría dormir tranquilo. Y ahora, me despido. Guardaos mucho de regresar a esta ciudad, al menos durante mi principado —y, girando en redondo sin esperar respuesta, se marchó junto a su escolta calle arriba.

Oaramad acarició el aval de bronce y el documento guardados con celo entre los pliegues de su camisa, dirigiéndose por una soleada avenida hacia el Sur, hacia el mar. Y, esta vez, no quiso acallar sus carcajadas.

Los hijos de Odín EN LA PENÍNSULA IBÉRICA

«Protégenos, señor, de la furia de los hombres del Norte...»



on esta súplica los ingleses rezaban a Dios para que los vikingos no saquearan sus ciudades y monasterios. Vanas palabras, pues desde que aparecieron estos terribles guerreros, allá por el año 793, Europa ya nunca fue la misma.

Vinieron del Norte, no se sabe muy bien por qué; quizás, movidos por su espíritu aventurero y sus ansias de hazañas, o quizás, como indican varios historiadores, se debió a la búsqueda de nuevas tierras donde asentarse, ya que las costas escandinavas sufrían por aquel entonces de superpoblación.

Además, las rencillas existentes entre estos pueblos obligaban a muchos hombres a abandonar sus tierras. Sea como fuese, los vikingos hicieron su aparición en las costas inglesas y francesas sembrando el terror y la destrucción. Saqueaban iglesias, monasterios e incluso ciudades. Sus acertadas técnicas de combate, unidas a su temible furia guerrera, consiguieron hacer temblar a la Europa civilizada. Se instalaron por la fuerza en gran parte de Inglaterra. También obtuvieron el ducado de Normandía en Francia. Durante meses tuvieron ase-

diada la ciudad de París, acoso que superaron los franceses con gran valentía, produciéndose un alto índice de bajas por ambos bandos. Aunque los vikingos (sobre todo daneses) se cebaron de matanza y sangre en las costas inglesas y francesas, no acabaron ahí sus incursiones: llegaron a sitios tan dispares como Bizancio, Bagdad, Rusia (aquí, las expediciones fueron suecas), la mítica Vinland (la actual Norteamérica) o la Península Ibérica.

La primera incursión vikinga sobre la Piel de Toro la realizan los daneses en julio del 844. Llegan a las costas de Asturias, desembarcan y, como era su costumbre, estos gigantes del Norte siembran el miedo y el caos en las poblaciones que encuentran a su paso. Los astures, sorprendidos por la furia de estos guerreros, que ríen y cantan mientras sus espadas beben la sangre de los caballeros cristianos, son derrotados en todos los enfrentamientos.

Después de saquear Asturias, incluyendo Gijón, los daneses llegan a Clunia (la actual Coruña). Igualmente, arrasan todo a su paso, quemando las cosechas, destruyen iglesias y monasterios y esclavizan a los pocos supervivientes de los combates. El rey asturiano Ramiro I consigue reunir un poderoso ejército y les presenta batalla. Gracias a la superioridad numérica, las tropas cristianas logran cercar a los daneses y los derrotan, quemando su flota de sesenta naves. Algunos barcos logran, a pesar de todo, huir hacia el Sur.

Aunque los cristianos creen haber derrotado definitivamente a las huestes nórdi-



Proa esculpida del
barco de Oseberg
(Oldsaksamling, Oslo)



cas, están equivocados, pues al poco una fuerza considerable de vikingos ataca Lisboa (Portugal), saqueando la costa y siguiendo hasta Andalucía.

Este grupo invasor se divide en dos: mientras algunas huestes menores golpean en Medina Sidonia y Cádiz, el resto remonta el Guadalquivir hasta Isla Menor, donde montan su cuartel general. A partir de aquí, lanzan sus ataques contra Coria del Río y Sevilla.

La invasión de Sevilla es brutal, los vikingos entran en tropel y realizan una auténtica carnicería. La ciudad debe ser evacuada y los supervivientes son esclavizados. Tras esa masacre se llevan a cabo incursiones similares en algunas poblaciones cordobesas.

El emir Abd Al-Rahmán II de Córdoba, viendo que el desastre se le viene encima, pide ayuda a las fuerzas musulmanas que defienden los límites islámicos de los cristianos. Una vez recibidas estas tropas fronterizas, los Hijos de Alá se enfrentan a los Hijos de Odín en la grandiosa contienda conocida como la Batalla de Tablada. Los musulmanes, además de superar en número a sus contrincantes, también son magníficos guerreros y estrategas. Las bajas se cuentan por centenares en ambos bandos, pues la furia nórdica y la manera en la que los vikingos entienden la guerra es brutal, valga como prueba este testimonio histórico:

«...los arqueros son los que inician a menudo el combate; éste prosigue siempre con el cuerpo a cuerpo. Protegido tras su escudo de madera de tilo, el guerrero se hace camino entre las filas enemigas a grandes estocadas y hachazos. El jefe y los que van junto a él se agrupan alrededor del estandarte que señala el núcleo inexpugnable de la pelea; en torno al jefe, los guerreros forman una auténtica ciudadela con sus escudos. Algunos combatientes, estimulados por excitantes, se vuelven insensibles al dolor (Berserkers) y multiplican por diez la furia de sus compañeros». Finalmente, los musulmanes

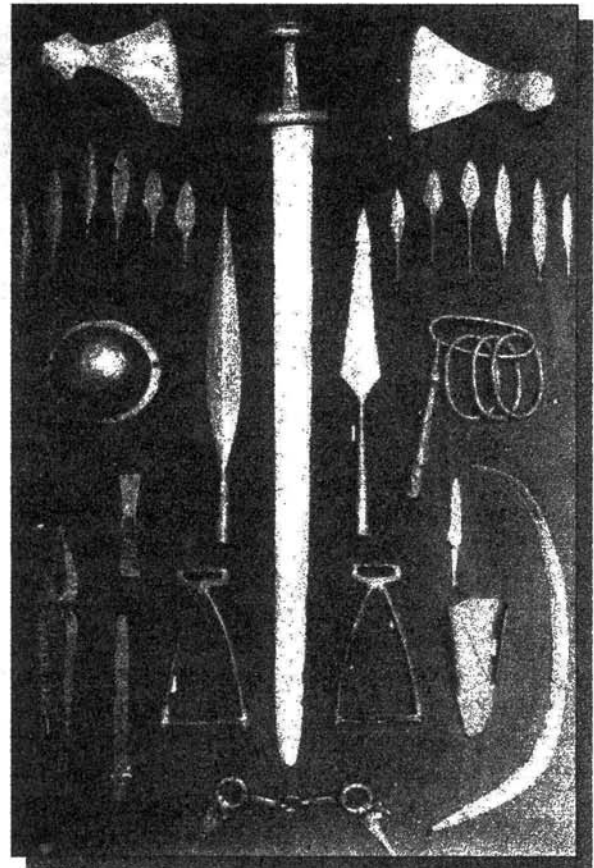
se hacen con la victoria; destruyen veinte naves y contabilizan un número de muertos por el bando vikingo que oscila entre los 15.000 y 20.000 (cifras sin duda exageradas).

Tras la derrota de los Machus (así eran llamados los vikingos por los musulmanes, término que significa «Adoradores del Fuego»), estos pocos supervivientes se dirigen hacia África del Norte (saqueando la población de Niebla (Huelva) por el camino), donde desembarcan.

No se conocen más incursiones vikingas en la península hasta el año 858. Entonces, realizan un nuevo ataque sobre las costas españolas y el rey de Pamplona García Iñiguez les presenta batalla al mando de sus tropas. Tras cruentas batallas los pamplonicos pierden y la furia vikinga se impone a la devoción cristiana. Como resultado, los vencidos son duramente castigados y el rey García Iñiguez es hecho prisionero por los daneses. Finalmente, gana su libertad pagando un cuantioso rescate.

Poco después, los vikingos intentan saquear las costas gallegas, pero son derrotados y rechazados en aguas del Algarve por la nueva y poderosa flota musulmana. Como hicieran en el 844, los invasores dirigen sus pasos hacia África. Por el camino, toman e incendian Algeciras. También son conquistadas las islas Baleares. Nuevas incursiones llevan a los bárbaros hacia Inglaterra y Francia.

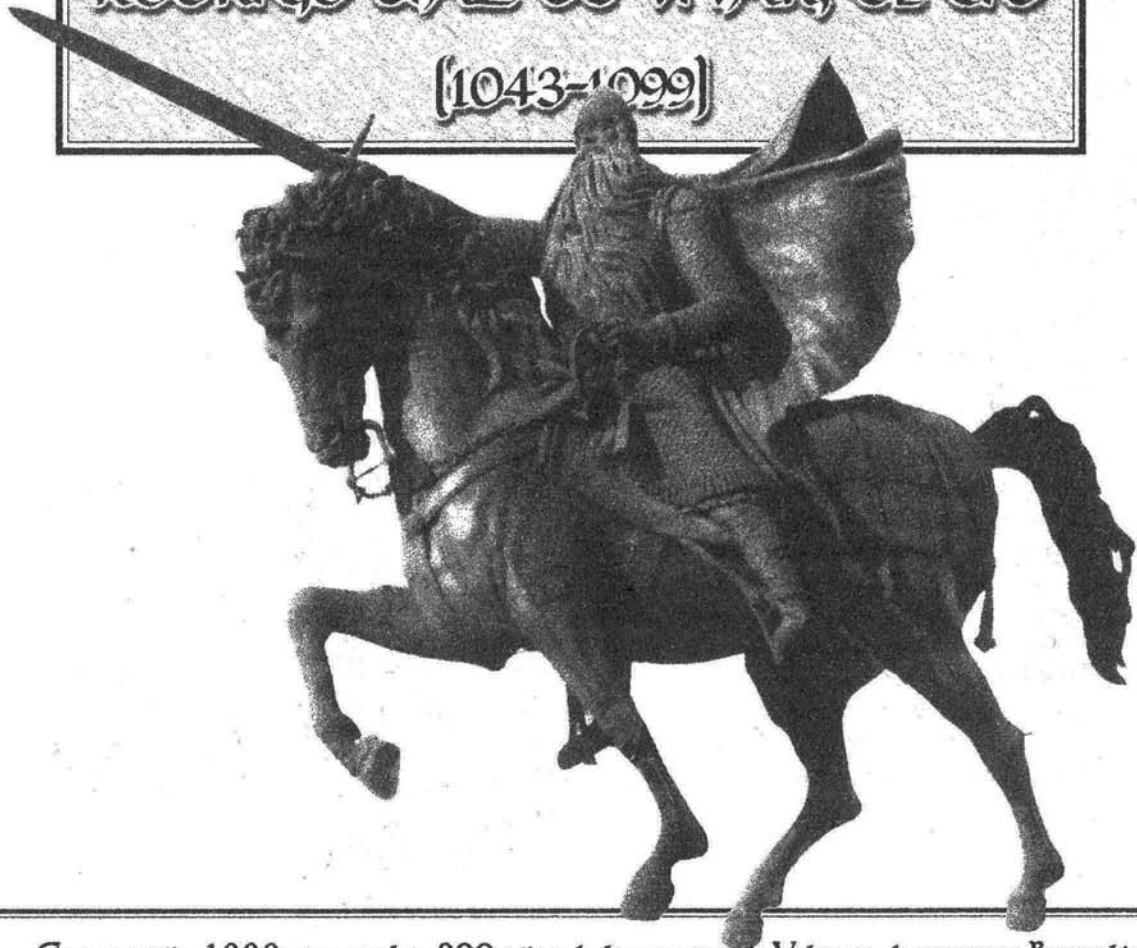
Esto es lo que cabe destacar sobre las incursiones vikingas en nuestra península, pues, aunque en los años 960, 966 y 1016 hay ataques sobre las costas gallegas a cargo de normandos (vikingos del Ducado de Normandía, Francia), son menos importantes y ya no existe otra época de grandes batallas protagonizadas por estos Adoradores del Fuego.



Colección de armas y herramientas noruegas de los siglos IX y X que comprende puntas de flecha, moharras, hachas y varios estribos.



"EN MEMORIA
DE
RODRIGO DÍAZ DE VIVAR, EL CID"
(1043-1099)



En este año 1999 se cumplen 900 años de la muerte en Valencia de nuestro Burgalés de oro, y es deber de nuestra publicación rendir un profundo y solemne homenaje al Cid.

...porque él fue y es, sin duda, nuestro mayor héroe: Poderoso Señor de la Guerra, Brillante Estratega, Esforzado Guerrero de Vanguardia, Fiel Caballero, Defensor de la Cristiandad, Azote del Infiel, Conquistador de campos y ciudades...

Si los ingleses tienen a Arturo, los escoceses a William Wallace, los mongoles a Gengis Khan, los Franceses a Roldán, y en Oriente próximo y el mundo Heleno se recuerdan las gestas de Alejandro Magno... ¡Nosotros tenemos al Cid!

Que merece, por sobrados méritos propios, figurar en el Cielo de los Grandes Campeones de la Humanidad.

Cuando se cumplen 900 años de su muerte, los guerreros de Sangre y Acero alzamos nuestras armas y gritamos con recia y potente voz:

¡GLORIA AL CAMPEADOR!

Sangre y Acero nº 2

REBELDES CÁNTABROS



POR ANDRÉS OÍAZ SÁNCHEZ,

EL DESTRUCTOR DE HEROES

Era el año 26 a. C. El Imperio Romano se había extendido de Norte a Sur y de Este a Oeste, aplastando con gran poder cualquier movimiento rebelde. Aún así, todavía quedaban hombres y mujeres que luchaban corajudamente contra la imposición exterior, hombres y mujeres tales como los bárbaros cántabros del Norte Hispánico.

«El Espíritu belicoso de los cántabros fue el que se manifestó más encarnizadamente, pues, no contentos con defender su libertad, intentaban también extender su control a los pueblos vecinos»

Floro, historiador romano

«La civilización es un período transitorio, un sueño irreal. El verdadero estado del hombre es la barbarie»

Robert Ervin Howard



Marco Aurelio Carlo sonreía, satisfecho y orgulloso, al observar el estandarte del águila, sostenido por el legionario de vanguardia. Marco era itálico, centurión de la Legión IX Hispana. Tras él marchaban ciento siete hombres,

legionarios, itálicos como él, galos, cretenses e incluso nómadas. Él comandaba aquella centuria que ahora, a media mañana, marchaba a través del agreste, boscoso, brillantemente verde terreno cántabro.

Era una expedición de caza y captura. La zona había sido pacificada a la fuerza durante los últimos meses, pero por los andurriales persistían bandadas de renegados y huidos de las minas y campos de esclavos. Marco suponía que no debían ser muchos. Podría controlarlos fácilmente con sus recios y disciplinados hombres. El único problema residía en lo salvaje de aquellos parajes, demasiado hostiles para las rígidas secciones y columnas romanas.

Mas toda resistencia estaba adocada al fracaso. Tras siglos de rebeldía, durante los cuales ni siquiera Escipión, Pompeyo o el mismísimo Julio César lograron someter a astures y cántabros, el emperador Augusto había levantado una ofensiva de cincuenta y cinco mil hombres, comprendidos en las legiones de la Citerior: la I y II Augustas, IV Macedónica y IX Hispana, y lusitanas: V Alauda, VI Victrix y X Gemina. Desde el Sur, tales contingentes habían arrasado al enemigo en múltiples batallas: Vellica, Segisamo, Amaya, Iulódoriga y Monte Vindio. Proveniente de la conquistada Galia, la flota romana surcada el Cantábrico y desembarcada ya en Portus Victoriae y Portus Blendium. Los rebeldes cántabros no tenían posibilidad de escapar. En pocos años caerían también los astures del Oeste.

Y, sin embargo, tales pueblos persistían en una obstinada defensa de su territorio, que desembocaría

en la destrucción bajo la garra del águila. Aún recordada Marco las crónicas sobre el trágico final de los defensores numantinos, la esforzadísima lucha contra íberos y celtíberos, lusitanos, galaicos, vándulos, caristios o autrigones. ¿Por qué la Hispania daría tantos quebraderos de cabeza a las legiones de Roma, siendo aquél un destino que los soldados tenían prisa por rechazar?

También el terreno parecía querer echar a los imperiales del Norte peninsular: taludes, picachos, bosques umbríos, cañadas estrechas, litorales de poderoso oleaje, frío, lluvia, niebla... Era como si los dioses de la Cantabria pusieran su granito de arena en la defensa del territorio: durante las últimas operaciones, un rayo había caído a poquísima distancia del emperador, matando al esclavo que transportaba su litera. Augusto, enfermo, hubo de marchar a la Tarracónensis para desde allí dirigir la campaña. Marco meneó la cabeza, disgustado. ¿Es que tendrían que matar a todos los hispanos para que allá se impusiera un poder capaz de hacer hincar la rodilla a medio mundo?

El centurión se sacó de las mientes tales ideas. Ordenó parar. Los jefes de escuadra repitieron la orden. El terreno ante ellos pasada del bosque umbrío a una serie de depresiones y elevaciones culminantes en dos montañas. Daban lugar a una profunda garganta, atravesada longitudinalmente por una corriente de agua helada.

Marco consultó con el guía, un renegado cántabro de rostro ratonesco, vestido con pieles sucias. El centurión era competente y se había preocupado por aprender el idioma local. Confiada en sus tres guías nativos, dos de los cuales ya se adelantaban para verificar el terreno desconocido.

«Ocedemos seguir» dijo el cántabro, hoscamente. «No he visto enemigos en esa zona de quebradas.»

«Aún así, inténtate y reúnete con tus dos compañeros» respondió Marco. «Vuelve lo antes posible. A la menor señal de peligro grita la señal convenida.»

El hombre asintió con fuerza y echó a correr hacia la cañada de roca. Marco sabía que no los traicionaría: su familia permanecía recluida en el más inmediato bastión de la IX Legión: serían los primeros en morir si algo le ocurría a la centuria.

En menos de una hora, volvió el hombre a la carrera, acompañado de un segundo guía.

«No hay peligro, centurión» informó, entre jadeos y nubecillas de vapor helado. «Aún así, un compañero se ha quedado dentro y si avista a un solo rebelde gritará la señal de alarma.»

«Bien» respondió Marco. «Se volvió a su segundo, Cayo Máximo Cano, otro fiel itálico al servicio del Imperio. Da las órdenes pertinentes, Cayo. Nos introduciremos por esa garganta entre las dos montañitas» señaló el lugar con la nudosa vara de parra, dispuesta para imponer disciplina a soldados poco diligentes.

Cayo Máximo se volvió y transmitió las órdenes a los jefes de cada escuadra. Aún a pesar

de los informes tranquilizadores y la confianza plena en sus hombres, a Marco no le agradaba la idea de meterse entre las montañas, donde podrían sufrir una emboscada. Sin embargo, le había sido ordenado limpiar la región, y su deber quedaba por encima de todo temor, vacilación, incomodidad e incluso la propia vida.

Mas no estaba dispuesto a pasar la noche a la sombra de los picos. Si los exploradores no descubrían una zona conveniente para el vivaqueo más allá de las quebradas, haría volver a la centuria hasta los terrenos, más seguros, que ahora hollaban.

Los ciento siete hombres pusieron de nuevo en camino. Las sandalias reforzadas de cuero pisaban la hierba, que raleó hasta dar pie a la piedra. Los soldados apretaban con premura los cordones para ajustar aún más el calzado: era muy probable torcerse o fracturarse un tobillo sobre firme tan incierto. Las lanzas, las cotas o corazas, los protectores metálicos, el escudo, el casco, las grebas o corazas y hasta el gladius envainado, todo ello producía en movimiento un constante tintinear, casi el único sonido del paraje a excepción del silbar del viento y el correr de las aguas. Los hombres marchaban callados, sumidos en lánguidos pensamientos mientras atravesaban predios que -estaban seguros- les odiaban con ferocidad.

Obedido a la gran cantidad de morrenas pedregosas y la práctica inexistencia de senderos, Marco ordenó a su centuria marchar por el fondo de la garganta.

Conformada tal una ancha cañada de rocas y vegetación. Por el centro discurría un rápido riachuelo cuyas aguas saltaban sobre gigantescos cantos.

Marco debía aplastar cada dos por tres un mal presentimiento, creciente a medida que el paso se estrechaba y sus paredes tornábanse más adruptas y verticales. Aún así, confiada en los exploradores que regularmente iban y venían con informes de la zona.

Se agostó la garganta y la sombra de sus murallas rocosas desplomóse sobre los guerreros del Imperio, ocultándoles el sol, hundiéndolos en una fresca tiniebla. Caminaban con el armamento presto y las miradas altas. Temían que se produjera una emboscada. Pero las palábras de los guías continuaban siendo tranquilizadoras: no había indicio alguno de fuerzas enemigas.

-Poderoso Marte... -susurró Marco, para sí mismo-. Otórgame fuerzas para no sucumbir al miedo y cumplir con mi deber.

Y la centuria siguió su marcha a través del paso.

Los exploradores de los romanos conocían la zona. Pero no hacían la guerra en ella: un simple local sería incapaz de acobardar a los setenta hombres escondidos en grietas, cuevas, tras rocas o entre las frondosas ramas de árboles colgantes de muros pétreos.

Los ocultos eran renegados, practicantes de la guerra de guerrillas. Cuando se tratada de pelear en sus montañas, aquellos guerreros serían capaces de sorprender al más avezado y meticulado viajero. Era combatientes cántabros, llegados desde el Norte y el Sur. Muchos habían luchado ya contra los romanos, sobre todo en Monte Vindio, Lutógriga y Amaya. No estaban dispuestos a dejar escapar la centuria que en aquellos momentos atravesaba su cañada.

Uno de ellos se llamada Argar. Permanecía agazapado al borde de una cueva en la pared derecha del paso, nueve metros sobre el suelo. Acechaba en silencio a los romanos. Tenía veinticuatro años y era alto, de hombros anchos y cintura estrecha, de músculos prominentes, duros y nudosos como marmos de barro. Tal que sus compañeros, vestía camisola y falda de tela basta y oscura, grebas y botas de piel sujetas por tiras de cuero, un cinto grueso y una espeluznante piel de lobo, cuya testa reposada sobre su propia cabeza, enmarcando los colmillos la frente y cayendo el salvaje y arrugado hocico sobre la nariz. El mismo Argar mató tal fiera armado sólo con un cuchillo, y por eso, y su vigor en la batalla, sus amigos lo apodaban *Lobo Gris*. Los ojos del chico eran también grises, lánguidos, grandes. Lucía un rostro agraciado y, sin embargo, endurecido por la vida guerrera. Llevaba el cabello gris recogido, pues era luengo como el de una muchacha. En la mano derecha tenía un hacha de doble faz, en la zurda un dardo la mitad de alto que él. El pequeño escudo circular de madera y cuero con limbo metálico colgada de su pecho, y la temible falcata envainada reposada sobre sus nalgas. Mostraba cara, brazos y piernas tiznados de mimético negro y gris.

Permanecía inmóvil, al igual que Silón, Otaño, Crase y el resto de sus compañeros de guerrilla, a los que se había unido en las últimas semanas. Aguardaban la señal de Saramón, su líder.

Silón, también tumbado, junto a él, le miró gravemente.

-¿Estás preparado, *Lobo Gris*? -susurró.

-Siempre estoy preparado -respondió Argar, sin apartar la mirada del centurión-. Vivo para matar romanos. Es la alegría de mi vida.

Argar había visto morir a sus padres en el sitio de Amaya: las piedras de catapulta literalmente los aplastaron dentro de su cadaña. Su hermano mayor cayó en la lucha contra los legionarios, momentos después de que el ariete de asalto echara abajo la puerta del gran castro y los invasores penetraran y llevaran a cabo su disciplinada e inmisericorde tarea: matar a todo el que se les opusiera y colocar cadenas sobre los supervivientes. Argar logró huir, escapulléndose entre muertos y heridos. Ya lejos, alcanzó a distinguir a su hermana sobre los carros de los prisioneros, cuya gran mayoría acabaría sirviendo como esclavos en el Sur, en los cuarteles y villas coloniales.

Se preguntó qué podría hacer él, un simple muchacho, contra todo un Imperio, el más poderoso del mundo.

Luchar. MORIR luchando, no de rodillas, sino en pie, orgullosa y ferozmente.

-La vida es lucha. La lucha es vida -musitó, entre dientes.

Silón asintió, sin emitir palabra alguna, y volvió la vista hacia la centuria.

Un ronco gruñido subió por la garganta de *Lodo Gris*. El centurión sería suyo. Quería esa arrogante y aristocrática cabeza. La tendría.

Oyóse un aullido brutal. Era la señal del líder Saramón.

Setenta hombres surgieron de sus escondites en las paredes del acantilado y arrojaron rocas y dardos sobre los romanos, sin cesar de rugir insultos y juramentos.

Las piedras aplastaron cabezas y hombros, las lanzas atravesaron brazos y cuellos, pero Roma no había conquistado medio mundo dejándose amilanar por el enemigo: la disciplinada maquinaria de guerra que era la centuria respondió aún antes de que sus líderes gritaran las órdenes. Agrupáronse en escuadras, cada una adoptó la formación cerrada llamada «de tortuga», tomando el orden hoplita, copiado de los ejércitos griegos, muchos siglos atrás. Los escudos de flancos, vanguardia y retaguardia cobraron el papel de paredes, y los del interior se alzaron sobre las cabezas, creando así un cerradísimo techo artificial. No intentaron responder al ataque: el centurión dictó la orden de retroceder a toda velocidad, hacia terreno adier-to. Las escuadras se agruparon. Una extraña serpiente cuyas escamas eran escudos y cuyos colmillos eran lanzas enristradas al frente, avanzó sobre rocas y a través de heladas aguas.

Los cantos y las jabalinas no lograban traspasar la formación en tortuga. Argar comprendió, sintiendo respeto y odio hacia los romanos, que éstos iban a escapar de la trampa. Una vez en terreno adier-to, la batalla resultaría más difícil.

Los cántabros dudaron por unos instantes. ¿Cómo traspasar aquel techo de escudos?

-¡No huirán! -rugió de pronto *Lodo Gris*, mientras ya la sección media de la centuria transcurría bajo él. ¡No!

Se empujó el escudo y, con la falcata en la zurda y el hacha en la diestra, saltó al vacío, atravesando nueve metros de caída.

Noventa kilos de puro músculo aterrizaron estrepitosamente sobre un escudo romano, cuyo dueño no soportó el peso y se hundió bajo el atacante.

Docenas de guerreros locales siguieron el ejemplo de Argar y ya caían a plomo sobre la centuria, abriendo pavorosos boquetes en la techumbre de metal, madera y cuero. La formación en tortuga quedó destrozada y el caos se impuso. Era una batalla sin orden ni concierto. Los cántabros se abrían paso a tajos de falcata o hacha por entre las entrañas de

la centuria. Los romanos respondieron con ferocidad, pero su armamento y pertrechos, aunque temibles, resultaban aparatosos sobre un terreno pedregoso, incierto y resbaladizo a causa del rápido riachuelo. Los legionarios eran fuertes y corajudos, mas peleaban por una paga ordinaria y la incierta promesa de un terreno colonial y la codiciada ciudadanía romana tras largos años de esportado servicio. Eran profesionales, la mayoría ni siquiera tenía nada en contra de sus enemigos. Sin embargo, en éstos el fuego del odio y el ansia de la venganza hacían volar la sangre por las arterias. Todos habían sido expulsados de sus castros o cabañas y presenciado la muerte de familiares y amigos a manos del invasor. En la caótica lid, espalda contra espalda, la emoción podía a la lógica.

El restallar de los aceros y los gritos rugientes formaba un estrépito ensordecedor, multiplicado mil veces por el eco de la garganta. El soldado romano, peleando en distancia corta, tirada la lanza y empuñada el *gladius*, la espada corta legionaria. A su vez, los cántabros usaban la falcata, aquella hoja curvada que tantos estragos había hecho sobre el invasor. Guerreros de ambos mandos mataban o morían. Las aguas del río bajaban rojizas.

Argar exhaló una brutal carcajada mientras una hoja de su hacha hundía el rostro del legionario, que trastabilló y se desplomó, muerto, sobre la espumosa corriente. *Lodo Gris* se encaró con otro enemigo, éste de piel blanquísima, darda oscura y ojos azules, un galo de allende los Pirineos, cuyo *gladius* restalló contra la rodela cántabra. Argar retrocedió un paso y el corpulento legionario avanzó, arrollándolo con el escudo. *Lodo Gris* chocó de costado contra una roca y gruñó de dolor. El borde del escudo romano le golpeó en el rostro, abriéndole el pómulo izquierdo. La sangre se le metió en un ojo y en la boca. Explosivamente, el rebelde volvió al ataque y describió fugaces molinetes con su hacha. El arma levantada cuero y astillas de madera. Pató el escudo romano, el galo resbaló y se hundió en las aguas. Argar le siguió. Peleaban en el helado río, cuya superficie lamía sus caderas. La falcata y el *gladius* volvieron a morderse, un tajo romano abrió la testa lobuna sobre el rebelde, un corte cántabro destrozó una greña y rompió la tibia. El galo cayó, gruñendo de dolor, y *Lodo Gris* lo arrasó a golpes, hasta romper el escudo, segar un antebrazo y abrir en dos el cuello.

Con ojos desorbitados, Argar aulló un grito de victoria. Miró en derredor, descubriendo cadáveres y moribundos por doquier. Las rocas estaban manchadas de sangre. Las aguas se llevaban el líquido vital, huido de tantas y tantas heridas. La batalla ya no ofrecía un aspecto denso: de los aproximadamente ciento setenta hombres que allí pugnaran, sólo la mitad seguía con vida. Los combates eran ahora individuales y, por lo tanto, heroicos.

Argar distinguió al enorme Saramón: su hacha subía y bajaba sobre un legionario cretense. Su

amigo Silón había muerto, Otaño aún peleada contra un guerrero itálico. *Lobo Gris* continuó buscando hasta que sus ojos descubrieron al centurión.

Marco hallábase enzarzado en una lid contra un corpulento y dardudo rebelde. El italiano era corajudo y hábil, así que rechazó las acometidas con vigor. Finalmente, su *gladius* se hundió hasta el puño de madera en la garganta cántabra.

-¡Centurión! -oyó.

Volvióse y vio venir hacia él un guerrero luciendo pavorosa corona: una fiera cabeza lupina cosida a tajos. El cántabro saltaba sobre rocas y cadáveres. Su rostro resultaba aún más atemorizador que el del lobo.

-Poderoso Marte, Dios de la Guerra, otórgame fuerzas -gritó Marco, en latín.

Argar llegó golpeando. Su falcata restalló contra el escudo. Marco le respondió arrollándole y lanzando una estocada al bajo estómago. La rodela paró el golpe. El *gladius* detuvo el hacha. Gracias a que el astil era metálico, la espada no lo cortó. Siguieron luchando como fieras hasta que, igualados, con el hielo líquido subiendo hasta sus muslos, detuvieron la lid y se miraron fijamente a los ojos.

Marco se volvió en derredor y sintió que le invadía la tristeza: los romanos perdían, arrollados por sus enemigos. Los prisioneros eran atados o decapitados, según a quién se rindieran.

La rabia inundó su corazón. Se encaró con Argar.

-¡Hoy moriré, pero el Imperio os aplastará! -exclamó, en el idioma local.

El muchacho adrió mucho los ojos, sorprendido.

-Conoces mi lengua. Aunque tu acento latino te ensucia.

-Rendíos a Roma -ordenó el centurión- Rendíos al poder que ha obligado a hincar la rodilla a medio mundo. Ríndete, dárbaro, o serás esclavizado. ¡Acepta el nuevo orden!

-Ni tu Imperio ni todo el mundo entero tiene agallas para esclavizarme -respondió Argar-. ¡Mi alma siempre será libre!

-¡Pero estáis todos adocados al fracaso si seguís luchando...! ¿Es que no lo entiendes? Han caído los

galáticos, los íberos, los autrigones... Pronto venceremos a los astures, y a todos los demás pueblos que se opongan al Imperio. ¿Por qué seguir peleando, si todo acabará en la fría muerte?

-Cuando me despierto con el alba, cada día, sé que moriré antes del anochecer. ¡Pero muero luchando! Soy libre, libre para combatir hasta el final, sin rendirme jamás, sin ceder ante cualquiera que se me ponga por delante. Libre para pelear hasta el final, por mi tierra, mi gente, libre para sentir intensamente cada instante, cada respiración, cada mirada que poso sobre la montaña o el bosque. ¡Estoy orgulloso de ser un rebelde!

Marco frunció el ceño, como si no lo comprendiera.

-Nosotros os traemos la civilización y el orden. Hemos conseguido que sobre los diferentes pueblos anexionados al Imperio reine la paz. Permitimos la libertad de religiones y no prohibimos los usos locales.

-¡Jal! ¿De río de tu civilización! Tu civilización ha esclavizado a mis semejantes en edad de portar armas, para asegurarse de que no se alcen contra vosotros, ha ejecutado a los míos, se lleva lejos de aquí los metales de nuestras minas, nuestros caballos y el fruto de nuestras tierras. ¡Escupo sobre tu civilización! Prefiero ser un dárbaro!

Marco sintió que la ira le podía.

-¡Ya es suficiente!

Se lanzó al ataque. Volvieron a entrechocar los metales, a jactarse y gruñir sus dueños. Al final, un rayo de miedo cruzó las pupilas de Marco Aurelio Carlo, un instante antes de que la falcata le atravesara la garganta. Se desplomó. Miró hacia las nubes y juró gloria eterna al Imperio Romano. Murió.

Argar unió su grito de victoria a los de sus semejantes. ¿Qué importaba el futuro, si ahora, cuando alzaba sus armas ensangrentadas, sentía el poder reventando en sus arterias? ¿Había hecho fuerte guerra contra el enemigo y había ganado. ¡Esto constituía lo principal! El resto era un sueño difuso e irreal. Ahora el triunfo brillaba en sus ojos. La gloria inundaba el presente.

Limpio sus hojas, las enfundó y salió del agua, uniéndose a los vencedores.



Si hay un grupo que haya enarbolado hasta sus últimas consecuencias el estandarte del Heavy Metal y haya hundido sus manos hasta el fondo en el estanque de la Épica Fantástica, ése es MANOWAR. Quizá a algunos lectores de S&A no les interese el estilo de música que realizan, así pues pueden saltarse este artículo y pasar directamente a las canciones que he elegido y traducido. Dichas letras sí les encantarán: hablan de poderosos guerreros de mundos oscuros e ignotos. Son pura y dura Fantasía Heroica, de la buena.

Para todos aquéllos que sientan curiosidad por saber quiénes son esos tales MANOWAR o ampliar sus conocimientos respecto a la banda, a continuación les brindo estas líneas:

Los miembros del grupo, durante toda su historia, han sido y son:

- *Joey De Maio* (bajista y letrista, desde 1980 hasta la actualidad)
- *Eric Adams* (vocalista, desde 1980 hasta la actualidad)
- *Ross «The Boss» Friedman* (guitarra, desde 1980 a 1988)
- *Dave Shankle* (guitarra, desde 1989 a 1993)
- *Karl Logan* (guitarra, desde 1994 hasta la actualidad)
- *Karl Kennedy* (batería, entra y sale de la banda en 1980)
- *Donny Hamzik* (batería, desde 1981 a 1982)
- *Rhino* (batería, desde 1992 hasta 1994)
- *Scott Columbus* (batería, desde 1983 hasta 1991. Se reincorpora en 1994 y aún sigue en la banda)

MANOWAR fue fundado por *Joey De Maio* (bajista y letrista) y por *Eric Adams* (vocalista). Ambos nacieron en Auburn (Nueva York) y se conocían desde los tiempos de la escuela. Aunque ya de jóvenes deseaban formar un grupo de Rock Duro y Heavy Metal, nunca tocaron en la misma banda hasta la creación de MANOWAR. Anteriormente, *De Maio* participó en la gira CIELO E INFIERNO (HEAVEN AND HELL) de los multimillonarios y satánicos BLACK SABBATH, ocupando el cargo de técnico de iluminación. Tras aquello, se unió a *Eric Adams*. Éste se encargó desde un principio de las cuentas

(de seguro que cada año tuvo más trabajo, al ir creciendo el número de fans y números vendidos).

Joey y *Eric* eligieron como «hacha» al guitarrista *Ross «The Boss» Friedman*. Aunque australiano de nacimiento, tocaba en una banda norteamericana llamada THE DICTATORS. Después, pasó por SHAKING STREETS, quienes lograron telonear a BLACK SABBATH en la gira CIELO E INFIERNO. Fue entonces cuando *Joey* y «The Boss» trabaron amistad.

El primer batería, *Karl Kennedy*, duró menos de un año y fue sustituido por *Donny Hamzik*, y éste, a su vez, por *Scott Columbus*, quien, para sobrevivir, trabajaba en un negocio de fontanería. Al parecer fue una de las «accidentales» amigas de *Joey De Maio* quien lo recomendó.

Para todos los que no hayan oído la música de MANOWAR, hay que decir que su estilo es, simple y llanamente, Heavy Metal clásico (lo que, en mi opinión, constituye una radicalización del rock duro realizado por bandas como DEEP PURPLE o LED ZEPPELIN): guitarras «pesadas», combinadas con agudos punteos, batería atronadora, temas lentos o rapidez infernal de «hachas» y percusión con doble bombo. Nunca hay suavidad en los temas de MANOWAR, salvo en las contadísimas baladas, cuyas letras, por supuesto, para nada tienen que ver con el amor o el romance. MANOWAR casi nunca se ha ayudado de sintetizadores, pero sí participó un auténtico órgano de catedral en el tema LA CORONA Y EL ANILLO. Además, es de agradecer el uso de profundos coros, que proporcionan a la canción un marcado acento épico.

El nombre se eligió como contracción de tres palabras: MAN-ON-WAR (hombre que libra una guerra). Según *Joey De Maio*, portavoz habitual: «Escogimos esa imagen de guerreros porque la vida es una lucha constante por conseguir lo que quieres. Cada uno tiene una batalla que ganar y dura toda la vida, nunca acaba. Si crees en ti mismo puedes llegar a ser el número uno».

Coherentemente con tales palabras, desde el principio vistieron en sus conciertos cuero y pieles, una especie de atuendo extraído de alguna película protagonizada por bárbaros. Incluso, la portada del segundo álbum, CABALGANDO EN LA GLORIA (INTO GLORY RIDE), nos los muestra armados de espadas y mazas. Esa vestimenta fue duramente criticada por la prensa musical, que los tachó de ridículos. Aún así,

Nota: Se ha traducido al español el nombre de los temas, en consideración a los lectores que no manejan con fluidez la lengua anglosajona. Si la traslación plantea dudas o dificultades, el nombre original figurará a continuación del traducido, entre paréntesis. De esta forma, el lector podrá juzgar por sí mismo.

ellos aguantaron el vendaval y mantuvieron sus atuendos «de batalla» durante muchos años, ascendiendo su popularidad entre los aficionados a pesar o gracias a ello.

También levantaron ampollas entre los periodistas del mundillo su conocido tema ¡MUERTE AL FALSO METAL!, refiriéndose a todos los grupos que suavizaban sus tendencias rockeras en pos de la comercialidad. Para MANOWAR, sólo hay un tipo de música metálica, el Heavy Metal, y el resto es basura. En Estados Unidos tuvieron (cuando el Heavy estuvo de moda) un gran auge; ahora, cuando el Grunge y el rock alternativo ganan terreno, la música de MANOWAR ha desaparecido de las emisoras de radio americanas y sido denostada por la prensa mundial. ¿Qué dicen ellos al respecto? En palabras de *Joey De Maio*: «Si me pongo a leer una revista y veo: «Tu eres estúpido, tu música es mala», ¿qué debo hacer? ¿Romper la guitarra y suicidarme? ¿Por esos jodidos bastardos? No, ellos son los que deben suicidarse, nosotros somos felices y lo pasamos bien. El Heavy Metal en las radios comerciales nunca lo van a poner, escucha esta basura que suena (se oye un grupo de pop en la radio), seguro que a mucha gente le parece bonito, para nosotros es una basura (risas). No necesitamos un gran hotel, no necesitamos coches lujosos ni limusinas, porque nosotros tenemos a los demás del grupo y el poder de los fans». En cada concierto no pierden ocasión de recitar uno de sus lemas «Si no te gusta MANOWAR, ¡te jodes!», coreado por el público.

A pesar de que en su patria no tienen éxito, siempre han cosechado el triunfo en la vieja Europa, sobre todo en España, Alemania, Inglaterra, Holanda y Francia. También en Japón, Argentina y Brasil.

Sobre las letras, es *Joey De Maio* quien las ha escrito todas, y las tres cuartas partes versan sobre la Fantasía Heroica y el Género Épico más radical. Baste citar los siguientes títulos: HIMNOS DE BATALLA, VENGADOR OSCURO, EL SECRETO DEL ACERO, LAS PUERTAS DEL VALHALLA, LA MARCHA DE LA VENGANZA, MATA CON PODER, EL PUENTE DE LA MUERTE, THOR, EL SIGNO DEL MARTILLO, SALVE, INGLATERRA (HAIL TO ENGLAND), EL PODER DE LA ESPADA, EL AZOTE DEL DEMONIO...

El resto de las letras se basan en la glorificación del Heavy Metal, sus fans, y ellos mismos: GUANTES DE METAL, ANIMALES, LOS DIOS HICIERON EL HEAVY METAL, HERMANOS DEL METAL...

También se alude a las Harley Davidson y toda su mitología (ellos mismos son moteros): EL SEÑOR DE LA GUERRA O RUEDAS DE FUEGO.

Ahora, nos ocuparemos de su discografía.

En 1982 sacan su primer álbum, **HIMNOS DE BATALLA**, con la compañía Liberty Records. La portada consiste en una águila esculpida en piedra, con las alas desplegadas, un claro referente al escudo de las Legiones Romanas. El título del álbum lo dice todo, ése es el espíritu que presidirá tanto éste como cada uno de los demás discos, sus conciertos, vídeos y entrevistas: el de un cuarteto de guerreros modernos que aman y buscan la lucha (no física, sino más bien contra todo lo comercial y establecido en el rock). La producción de **HIMNOS DE BATALLA** no es demasiado buena, a veces da la impresión de poca nitidez sonora. Pero cada tema suena contundente, mayestático. Como con todos sus viejos álbumes, gana más cuantas más veces se escucha. Empiezan con **EL TONO DE LA MUERTE (DEATH TONE)**, un tema que trata sobre un joven rebelde: prefiere su libertad y su moto a la integración



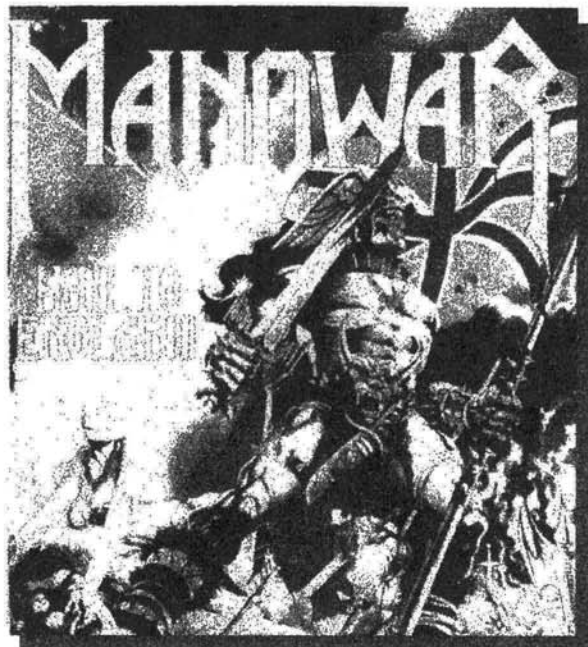
Portada del álbum HIMNOS DE BATALLA

en una sociedad que odia y no entiende. BRILLO METÁLICO (METAL DAZE), con un acertadísimo primer guitarrero, es una oda al Heavy Metal. VELOZ GANADOR (FAST TAKER), nos trae de nuevo los problemas de trasfondo social, agudizados en SHELL SHOCK (término que alude a un trauma psicológico causado por la guerra), donde un veterano del Vietnam expone toda su rabia contra el mundo actual, que le da la espalda. MANOWAR trata, evidentemente, de ellos mismos y su música. A continuación llegan VENGADOR OSCURO e HIMNOS DE BATALLA, auténticos trallazos de Fantasía Épica.

El primero (que he elegido como uno de los temas traducidos, al final de este artículo) está protagonizado por un guerrero surgido de los Infiernos, poderoso e implacable, que ejecuta una pavorosa venganza sobre quienes antaño lo condenaron a muerte. Como gran acierto, la voz del actor Orson Welles recita cavernosa, lentamente, la bajada al Averno. La segunda mitad del tema es rápida y violenta, la batería atrona, la guitarra se dispara mientras la épica y furiosa voz de *Eric Adams* narra el castigo que el Vengador Oscuro imparte a sus enemigos. Esta canción justifica por sí sola la aparición de un grupo como MANOWAR. HIMNOS DE BATALLA es la marcha militar que cantan diez mil guerreros cuando se dirigen hacia el combate.

Hay problemas con la compañía Liberty y MANOWAR la abandona. Al entrar en Geffen, firman el contrato con su propia sangre. Sacan su segundo álbum: **CABALGANDO EN LA GLORIA (INTO GLORY RIDE)**. *Scott Columbus* entra en el grupo: es un batería enorme, más parece un vikingo que un norteamericano. Se cuenta que golpeaba con tal fuerza los bombos que tuvieron que reforzarlos, pues en los conciertos llegaba a desgarrarlos. La producción vuelve a no ser buena y otra vez se pierde nitidez sonora, pero la música sigue estando bien construida, derrochando solidez hasta en los temas más rápidos. MANOWAR no deja ni un solo acorde al azar, todo cuadra en su justo momento. Continúa siendo mayestática, destructora. Y las letras no pierden un ápice de agresividad. Empieza el álbum con una divertida introducción: dos padres encuentran a su hija adolescente en plena «faena» con *Eric Adams*,

quien ha de salir disparado para no sufrir la ira del progenitor. A continuación, **EL SEÑOR DE LA GUERRA** nos transporta al mundo de las Harley Davidson. **GUANTES DE METAL** es, lógicamente, una alabanza al Heavy Metal. La carga épico-fantástica llega con **EL SECRETO DEL ACERO**, **LAS PUERTAS DEL VALHALLA**, la brutalísima **ODIO (HATRED)**, la satánica **REVELA-**



Portada del álbum **SALVE, INGLATERRA**

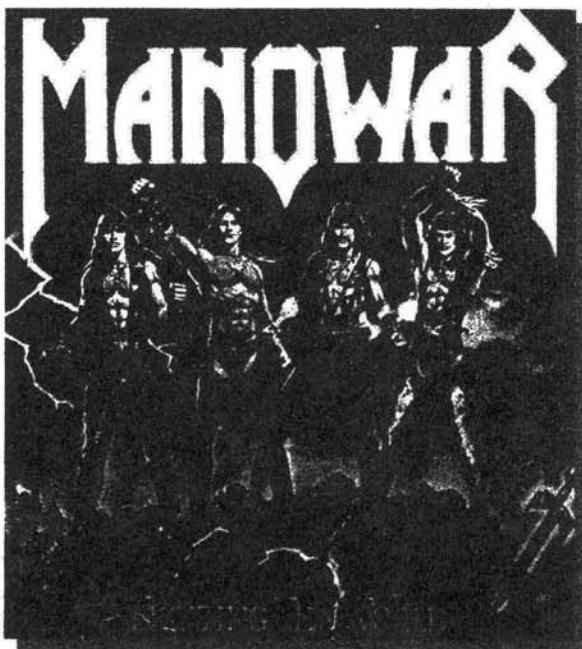
CIÓN y la batalladora **MARCHA DE LA VENGANZA (DE LOS SOLDADOS DE LA MUERTE)**. Vuelven a tratarse temas queridos por el letrista: guerreros infernales, arrasadoras venganzas, loas al Diablo y a todo lo que rodea al Acero. Las letras siguen siendo contundentes, extremas, sin concesión alguna. **MANOWAR** ha creado un estilo propio y lo mantiene.

En 1984, siguiendo con Geffen, aparece **SALVE, INGLATERRA (HAIL TO ENGLAND)**, sin duda una de sus mejores obras. La producción ha ganado bastante, el sonido es afilado; es uno de sus discos más épicos. Tres temas versan sobre los mitos nórdicos y el mundo de los vikingos: **LA SANGRE DE MIS ENEMIGOS**, **MATA CON PODER** y **SALVE, INGLATERRA**, por supuesto en su vertiente más violenta y salvaje. Así, por ejemplo, **SALVE, INGLATERRA** nos cuenta la epopeya de los invasores escandinavos que desembarcaron y lucharon en tal país. **LA SANGRE DE MIS ENEMIGOS**, quizá protagonizada por el mismísimo Odín, trata la lucha entre el paganismo y el cristianismo. **MATA CON PODER** es el canto de los guerreros que hacen «La guerra de Odín». **CADA AMANECER YO MUERO** gira en torno a la magia negra. Y **LA ARMADA DE LOS INMORTALES** va dedicada a los fans que han ganado durante los dos primeros álbumes («En nuestros ojos/vosotros sois inmortales»). **EL PUENTE DE LA MUERTE** es un largo tema final, cuenta el viaje de un hombre a través del Más Allá. Jura obediencia absoluta, incondicional, a Satán, y promete expandir Su Obra por allá donde pase. Destaca la majestuosidad de las últimas estrofas, con profundos coros que las dotan de un sentido claramente épico. **SALVE, INGLATERRA** es un disco muy intenso y muy pagano y blasfemo. Mejor no se lo dejéis a ningún sacerdote cristiano. La gira de este álbum, **EL ESPECTÁCULO DEL PODER**, fue muy exitosa en Europa, no tanto en Estados Unidos.

También en 1984, y de la mano de Geffen, surge el cuarto álbum: **EL SIGNO DEL MARTILLO**. Hay que decir que es peor que el anterior. A veces, y sobre todo en los solos de bajo, llega a cansar; quizá hay demasiados temas lentos, o es que la duración de los mismos se prolonga en demasía. En todo caso, no decae para nada la carga épica y contundencia en cuanto a música y letras. Es, a pesar de todo, un buen disco, aunque no tanto como **HIMNOS DE BATALLA** o **SALVE, INGLATERRA**. **TODOS LOS HOMBRES SE ESFUERZAN AL MÁXIMO (ALL MEN PLAY ON TEN)**, **ANIMALES** y **MONTAÑAS** son las obligadas declaraciones de principios: hay que dejar surgir la bestia animal de nuestro anterior, hay que tocar siempre buscando el «diez», hay que ser fuertes como montañas. En **GUYANA (EL CULTO DE LOS MALDITOS)** y **EL JURAMENTO**, la magia negra y las religiones oscuras hacen acto de presencia. **THOR** y **EL SIGNO DEL MARTILLO** constituyen la más salvaje y pura épica nórdica. Durante la gira, **MANOWAR** entra en el libro Guinness de los Records por ser la banda de música que a mayor volumen toca.

Surgen desavenencias con Geffen y la banda al completo abandona la compañía. Al parecer, no aceptan ningún tipo de imposición comercial.

La agraciada novia será Atlantic Records, en cuyo seno grabarán **LUCHANDO CONTRA EL MUNDO (FIGHTING THE WORLD)**. Es ciertamente mejor que todos los anteriores, juntos o por separado; a la fuerza se le suma la fluidez, el sonido no da ya la impresión de ser «underground» y poco nítido. Ken Kelly realiza el dibujo de portada. A partir de ahí, él será quien ilustre el resto de los álbumes, carteles de gira y pósters promocionales. Realmente, no podrían haber contratado a otro artista mejor. En el dibujo aparecen los cuatro músicos,



Portada del álbum **LUCHANDO CONTRA EL MUNDO**. De izda. a dcha.: Ross «The Boss», Joey de Maio, Scott Columbus y Eric Adams. Ilustración de Ken Kelly

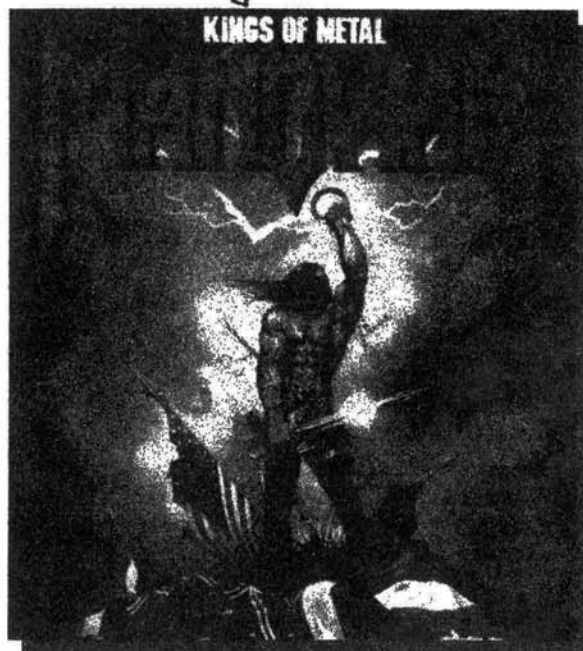
con su habitual estampa de cuero y músculos, contra un fondo de relámpagos y cielos ensangrentados. El mensaje de **LUCHANDO CONTRA EL MUNDO** está muy claro: ellos hacen Heavy Metal a toda potencia, y el Universo entero no

puede frenarlos. HAZ VOLAR TUS ALTAVOCES (BLOW YOUR SPEAKERS), mi tema «Manowariano» favorito de todos los tiempos, «golpea» sin remilgos a los periodistas crínicos, a los grupos que practican el «Falso Metal» y a la MTV, todopoderosa cadena de música norteamericana, muy pijotera y comercial (algo así como los «Cuarenta Principales» de la radio española, pero a lo bestia). Antes, quizá tuviesen alguna remotísima oportunidad de salir en tal canal televisivo; a raíz de este tema, se le cerrarán las puertas del mercado mayoritario. En VIOLENCIA Y BAÑO DE SANGRE se nos pinta un mundo actual feroz donde sólo sobrevive el más fuerte («Yo nací con una pistola en mi mano/Moriré por mi país/¡Pero moriré como un hombre!»). MANOWAR invita a sus fans a luchar en la GUERRA SAGRADA por el Heavy Metal. TAMBORES DE CONDENACIÓN no es una canción, sino la carga de luchadores a caballo, acompañados de percusión guerrera. DEFENSOR y VIENTO NEGRO, FUEGO Y ACERO nos traen la violentísima carga de Épica Fantástica.

Se produce la gira mundial, casi inexistente en Estados Unidos, pero exitosa en Europa, Japón y varios países de Sudamérica.

En 1988, Ross «The Boss» abandona el grupo para dar rienda suelta a sus tendencias «bluseras» en la banda THE PACK. Extrañamente, conociendo el sentido de la diplomacia de MANOWAR, la salida no es traumática y todos hablan bien de todos, incluso hoy. Tras hacer pruebas a ciento cincuenta guitarristas, el afortunado es *Dave Shankle*.

Sale el nuevo disco: **REYES DEL METAL**. El grupo, sin ningún tipo de complejos, se corona a sí mismo como «Reyes del Metal», provocando más críticas de la prensa y otras bandas. Los detractores pueden echar pestes de su prepotencia y chulería, mantenida y explotada desde los primeros tiempos, pero nadie puede negar que son grandes músicos. RUEDAS DE FUEGO, con una introducción de motores rugiendo a toda potencia, es una loa salvaje a las Harley Davidson. REYES DEL METAL, básica y contundente, nos habla del grupo: «Otras bandas tocan... ¡MANOWAR mata!». EL PICOTAZO DEL ABEJORRO constituye un rapidísimo solo de bajo, cortesía de *Joey de Maio*. LLEGA EL REINO, muy épica, tiene un claro significado: la vida apesta, pero se puede alcanzar un reino de Fuerza y Gloria si realmente te lo propones. Le sigue LA CORONA Y EL ANILLO (EL LAMENTO DE LOS REYES), pura Fantasía Épica, un tema lento con un coro de excepción: el de la catedral de Birmingham; se grabó dentro de la misma, con el gigantesco órgano de viento incluido, todo orquestado por cuatro mecenudos vestidos con vaqueros y cuero. Al parecer, la compañía se echó a temblar por el coste. Da igual que te guste o no el Heavy Metal: LA CORONA Y EL ANILLO logra transportarte al mundo de los libros que reposan en la estantería de tu cuarto. SALUDA Y MATA (HAIL AND KILL) es violentísimo y veloz. Habla acerca de cómo una horda de guerreros arrasan una aldea rival, destruyen a los hombres, queman sus hogares, violan a sus mujeres mientras los maridos lloran y asesinan a los sirvientes. Un tema no apto para personas civilizadas, y el favorito del público español, que lo pide sin cesar en los conciertos. Pero el momento álgido llega con LA ORACIÓN DEL GUERRERO. Este tema logra alcanzar la genialidad (al menos, así lo piensa el que escribe estas líneas). Por último, la veloz SANGRE DE LOS REYES, una loa a sus fans: «Nuestros ejércitos en Inglaterra, Escocia y Gales/Nuestros hermanos en Bélgica,



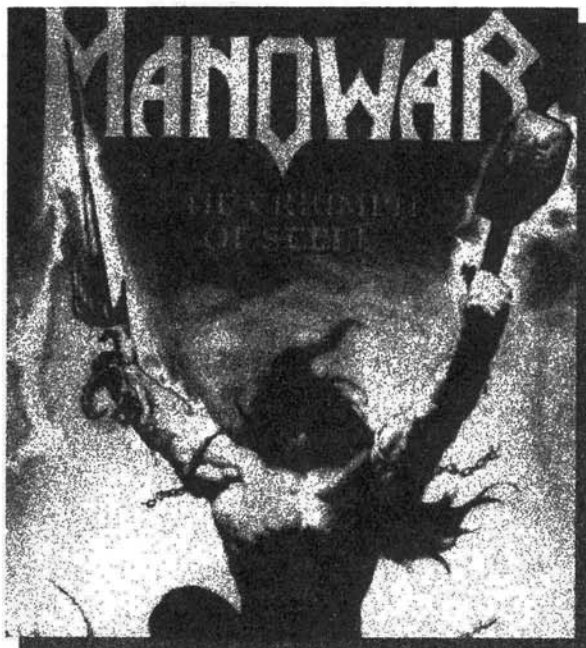
Portada del álbum REYES DEL METAL. Ilustración de Ken Kelly

Holanda y Francia no fallarán/Dinamarca, Suecia, Finlandia, Italia, Suiza, Austria/Vuelta a la gloria de Alemania». Evidentemente, omiten Estados Unidos. En España, debido a la inutilidad de la compañía, no habían tocado (aquí ya había afición al grupo). Cabe destacar que, sólo en su versión CD, REYES DEL METAL incluye un bonus: ESCLAVA DEL PLACER. Es una canción tan machista y dominante que a una feminista le daría un ataque al corazón si la oyera. Música lenta, *Eric Adams* con una voz increíble e innumerables gemidos y aullidos femeninos de éxtasis sexual.

Tras los dos últimos trallazos, LUCHANDO CONTRA EL MUNDO Y REYES DEL METAL, la banda se toma nada más y nada menos que cuatro años de descanso, hasta el siguiente disco. En la grabación de tal no participó *Scott Columbus*, quien abandonó temporalmente el grupo para ocuparse de su hijo, con graves problemas de salud (recordemos que la gira y promoción de un disco implica pasarse al menos seis meses lejos de casa). Le sustituye *Rhino*, otro gran batería.

El título de la siguiente obra ya lo dice todo: EL TRIUNFO DEL ACERO. La magnífica portada de Ken Kelly nos muestra un guerrero demoníaco alzando sus armas en el éxtasis de la victoria. Es una obra intensa, pero menos fluida que las anteriores, auténticas obras maestras. A veces, por su densidad, su escucha se hace un tanto difícil. Pero la grandeza de las composiciones depara momentos magistrales. Se cargan las tintas (aún más) en cuanto a lo épico: AQUILES, ÉXTASIS Y AGONÍA EN OCHO PARTES es un tema que dura veintiocho minutos, con partes rápidas y lentas, marchas fúnebres y batalladoras, solos de batería y guitarra. Narra parte de los hechos acontecidos en «La Ilíada», de Homero. CABALGA EL DRAGÓN, EL PODER DE LA ESPADA (con una introducción de entrecocar de aceros), EL AZOTE DEL DEMONIO Y EL SEÑOR DEL VIENTO, una balada, nos sumergen en el mundo de los guerreros míticos y las profundidades satánicas. EL ESPÍRITU CABALLO DE LOS CHEROKEES resulta un tema sorprendente en MANOWAR, que prefiere los mundos medievales. Su comienzo lento, con la voz en off de un auténtico indio, traducida por *Eric Adams*, deja paso a un estribillo básico y feroz.

Se trata de la más flamígera e implacable declaración de guerra del humillado y vapuleado pueblo indio norteamericano hacia el invasor blanco; llegan a citarse nombres de famosos luchadores pieles rojas: Gerónimo, Caballo Loco, Toro Sen-



Portada del álbum *EL TRIUNFO DEL ACERO*. Ilustración de Ken Kelly

tado, etc... De GUERREROS DEL METAL no haré constar más que unas cuantas frases: «Heavy Metal o nada de Metal/iPosadores y llorones, largo de aquí!/Si no tienes pelotas para hacer Heavy, te puedes largar/Si no te gusta el Metal, no eres mi amigo».

El disco se vendió muy bien en Europa, sobre todo en Alemania. La gira de *EL TRIUNFO DEL ACERO* les llevó, por primera vez, a Grecia, donde, lógicamente, el tema *AQUILES* había calado hondo. En Atenas, tocaron ante quince mil fans. En Japón se agotaron las entradas durante cuatro conciertos. Y, por fin, vinieron a España, actuando en la sala Canciller de Madrid. Según me han contado -no pude ir- fue un buen show, aunque un tanto deslucido por las largas parrafadas épicas de *Eric Adams* entre tema y tema y el hecho -habitual por entonces en casi todos sus conciertos- de sacar chicas de entre las primeras filas para meterles un buen «tiento y morreo».

El grupo abandona (otra vez) compañía. Llueven los insultos sobre Atlantic y vuelven con Geffen. Esta discográfica edita una caja con los CD's remasterizados *CABALGANDO EN LA GLORIA Y SALVE, INGLATERRA* y un vídeo biográfico de quince minutos. El producto se llama *SECRETOS DEL ACERO*.

Para promocionarlo, hay nueva gira. Aparte de las ciudades habituales, *MANOWAR* logra visitar Rusia, donde recibió una caliente acogida por parte de los fans soviéticos. En Hannover (Alemania), el grupo mete dentro de un hangar abandonado diez toneladas en concepto de amplificadores y altavoces. Todo este material alcanza cuarenta pasos de longitud y veintinueve pies de altura. Los técnicos enviados por el Libro Guinness testaron 129,5 decibelios. La prueba se realizó durante un corto tiempo, para no dejar sordo al público. *MANOWAR* bate su anterior récord, vencido a su vez por un oscuro grupo llamado *DEATH KENNEDYS*. Ellos no podían consentir tal afrenta. Ahora, vuelven a ser la banda de rock del mundo entero que a mayor volumen ha tocado en un concierto.

Se produce otro descanso de cuatro años. Durante tales, 1992-96, el panorama musical del rock cambia radicalmente: el Heavy Metal cae en picado a la par que asciende el rock alternativo y el movimiento Grunge. Imperan grupos como *NIRVANA* o *PEARL JAM*, con canciones muy emotivas y pesimistas, influenciadas por un mundo al parecer corrupto, desangelado. El «viejo y duro» Heavy Metal parece cosa del pasado, muchos proclaman que ha muerto definitivamente. Bandas «metálicas» como *METALLICA* o *DEF LEPPARD* cambian su imagen y música, adecuándolas a los nuevos tiempos. Y si un grupo tan rebelde y a contracorriente como *MANOWAR* permanece en silencio, es que definitivamente todo el asunto se ha ido al traste.

Es entonces cuando aparece el nuevo disco: *A MAYOR VOLUMEN QUE EN EL INFIERNO (LOUDER THAN HELL)*. Son los *MANOWAR* de siempre, irreductibles, intransigentes. No han cambiado para nada su estilo. Cuando el mundo da por acabado el Heavy, ellos proclaman en sus canciones todo lo contrario: *EL RETORNO DEL SEÑOR DE LA GUERRA*: «Una cerveza más y Heavy Metal y me siento feliz/Nadie controla nuestra vida/Hacemos lo que nos da la gana/Y cabalgamos sobre caballos hechos de acero». *LOS DIOS HICIERON EL HEAVY METAL*: «Nuestros corazones están llenos de Metal/Moriremos por el Metal». *CORAJE*: «TODOS DICEN QUE LA ESPERANZA SE HA PERDIDO/MÍRAME A MÍ, AQUÍ, SOLO, AÚN RESISTO». *NÚMERO UNO*: «HOY ES EL DÍA SEÑALADO/SE ACABÓ EL ENTRENAMIENTO/HEMOS VENIDO PARA GANAR, ESO ES POR LO QUE ESTAMOS AQUÍ/NACIMOS PARA SER EL NÚMERO



Portada del álbum *A MAYOR VOLUMEN QUE EN EL INFIERNO*. Ilustración de Ken Kelly

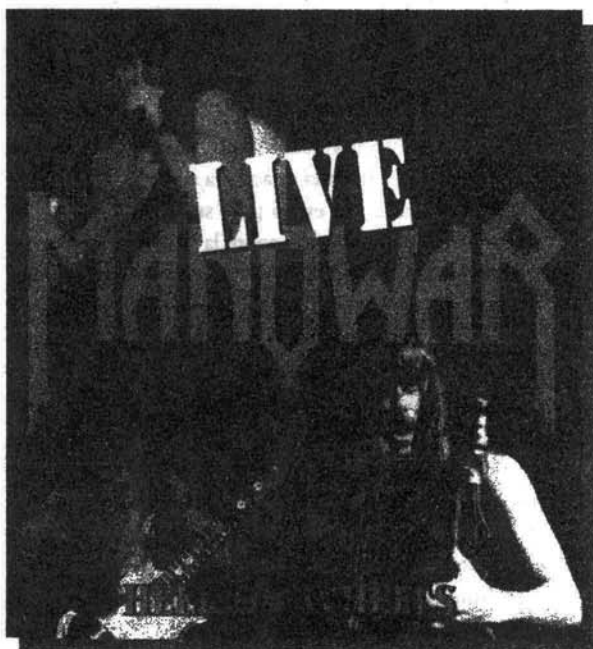
UNO». También encontramos *FUERA DE LA LEY*, un tema rapidísimo, centrado en un pistolero a sueldo del Salvaje Oeste. El *REY* nos lleva al mundo épico medieval, tema tan querido por el grupo. *HOY ES UN BUEN DÍA PARA MORIR Y*

MI ESPÍRITU PERDURA (MY SPIRITS LIVES ON) son obras instrumentales, muy dramáticas, sobre todo en el solo del nuevo guitarrista: *Karl Logan*. Cierra el disco un tema que es para mí el mejor del álbum: EL PODER. Fuerza, velocidad y una letra explosiva donde MANOWAR echa el resto y demuestra de lo que es realmente capaz.

Para este álbum, contaron con la inestimable ayuda de *Scott Columbus*, batería que fue parte de la formación original. Resueltos los problemas de salud de su hijo (y tras la marcha de *Rhino*) se reincorpora este músico con aspecto de vikingo. Aún continúa en la banda (esperemos que por mucho tiempo).

¿Y qué opinan estos cuatro rebeldes sobre el panorama musical del momento? En palabras de *Joey de Maio*, portavoz habitual: «Los españoles sí que saben cómo tocar la guitarra» (*Joey es fanático del flamenco*). «No es como en mi país, los grupos que salen ahora. ¿Han olvidado en qué país se encuentran esos jodidos bastardos que tienen una guitarra entre sus manos y no saben cómo tocarla? Su música es mierda, el flamenco y el Heavy Metal tienen sentimiento, tienen emoción. Ves las caras de sus guitarristas, tan concentrados. Y ahora vienen estos gilipollas (los grupos de moda), jodiendo por todas partes». Sobre el Grunge y el rock alternativo (tras el suicidio de *Kurt Cobain*, líder de NIRVANA): «El Grunge ha muerto, ahora está en el fondo del water, donde debe estar. Y MANOWAR ha tirado de la cadena».

Para promocionar el nuevo álbum, MANOWAR recorrió de nuevo Europa. En la firma de discos de Madrid («Madrid Rock» de la Gran Vía), la cola de fans dobló la esquina del edificio, y los encargados de la tienda tuvieron que encargar nuevas remesas del CD, pues rápidamente se agotaron las existencias. También como método de promoción,



Portada del álbum EL INFIERNO SOBRE RUEDAS. De izda. a dcha. y de arriba abajo, *Eric Adams*, *Scott Columbus*, *Joey de Maio* y *Karl Logan*.

ejecutaron un pequeño concierto en una céntrica sala de la capital, y otro, sólo para chicas, cuyas entradas se regalaron durante un programa de radio. Cabe destacar que en el vídeo del tema CORAJE se incluyeron escenas de torero, extraídas de corridas de toros reales. La gira europea de 1997 incluyó once ciudades de Alemania, una de Austria, una

de Hungría, una de Checoslovaquia, nueve de España (en Madrid, la sala «La Riviera» se llenó), una de Portugal, una de Suiza, dos de Holanda y una de Bélgica.

Y durante este tour (incluyendo Argentina y Brasil) se grabó el nuevo álbum, primer directo oficial del grupo en sus diecisiete años de carrera: EL INFIERNO SOBRE RUEDAS. Veinticuatro temas que recogen su intenso recital, el monumental sonido y el griterío y los coros del público. Hay un número veinticinco, llamado GUERREROS DEL MUNDO; no se trata de una canción, sino de la «voz» del Respetable.

La crítica musical se apresuró a denostar (cómo no) este álbum. Incluso, los más puristas seguidores del grupo aún piensan que no es un buen álbum y que se podría haber aprovechado mucho mejor la oportunidad de un disco en directo. Personalmente, opino que EL INFIERNO SOBRE RUEDAS es uno de los mejores discos en vivo que he escuchado jamás, y recoge toda la fuerza y calidad del grupo en escena y la pasión de sus fans. Claro que es sólo mi opinión.

En 1998 hay nueva gira, que se retrasa debido a la muerte de familiares cercanos a *Joe de Maio*. Pasados varios meses, el «cerebro» del grupo, ya repuesto, se halla en condiciones de embarcarse, junto a sus tres compañeros, en EL INFIERNO SOBRE EL ESCENARIO, nombre oficial del tour. En cada show vuelven a desgranar canciones procedentes de los ocho álbumes de estudio, sus temas más representativos. Y otra vez se anuncia la grabación de un directo, el segundo. Tal aparece en las tiendas a primeros de Marzo de 1999. Se trata de un doble álbum con dieciséis temas en total. En este INFIERNO SOBRE EL ESCENARIO, lógicamente, no se incluye ningún tema recogido en EL INFIERNO SOBRE RUEDAS. En el nuevo directo se mantiene la arrolladora intensidad, aunque decae la nitidez de la batería y se hace hincapié en la épica voz de *Eric Adams*. Como buen detalle, al comprador se le regala un CD llamado DIRECTO EN ESPAÑA (LIVE IN SPAIN), con tres temas, grabado en varias ciudades de nuestra Piel de Toro.

En cuanto a las recopilaciones de los mejores temas, se han editado dos: EL INFIERNO DEL ACERO y ANTOLOGÍA. La primera apareció bajo el sello Atlantic, tras EL TRIUNFO DEL ACERO. La portada es horrenda, de seguro no la hizo *Ken Kelly*. Al parecer, fue elegida por la compañía sin consentimiento del grupo, y fue una de las razones que indujeron a la banda a abandonarla (MANOWAR siempre ha controlado al cien por cien todos los aspectos de su obra, sin permitir intromisiones externas). ANTOLOGÍA, con una portada en fotografía real, muy chulesca, nos muestra a los cuatro en taparrabos (hay que decir que el guitarrista es *Ross «The Boss»* y no *Karl Logan*. Debió tomarse durante la época de LUCHANDO CONTRA EL MUNDO) luciendo sus músculos, dentro de una suerte de catacumba. Este álbum se editó aprovechando el éxito de A MAYOR VOLUMEN QUE EN EL INFIERNO.

Hasta aquí llega la historia del grupo. Debe reseñarse que la prensa española del rock, a pesar de haberles criticado duramente siempre que ha podido, afirma que una de las bandas en cuyas manos cae el futuro del Metal es MANOWAR.

Hasta ahora, he tratado superficialmente el cómo es MANOWAR en sus directos. Voy a reseñarlo en más profundidad, pues pienso que merece la pena. Hay un tópico realmente cierto: un grupo de rock vale lo que valga su actuación en vivo. De nada sirve hacer un bonito álbum de estudio si ante el público no salen más que chapuzas. He tenido la



Arriba, entrada para la gira EL INFIERNO SOBRE RUEDAS. Ilustración de Ken Kelly



Derecha, entrada para la gira EL INFIERNO SOBRE EL ESCENARIO. Ilustración de Ken Kelly

oportunidad de presenciar dos shows del grupo, ejecutados en La Riviera (1997) y Macumba (1998), ambas salas de Madrid. Durante tales, hubo problemas. En el primero falló el sistema eléctrico de la sala y los técnicos tardaron media hora en arreglarlo. No fue culpa de la banda, pero, aún así, nos pidieron perdón y, en cuanto «los cables volvieron a su cauce», se entregaron al cien por cien. En 1998 sí fueron culpables, se retrasaron cerca de una hora. La ira generalizada podría haberse desbordado de manera vandálica. Mas, cuando salieron los cuatro, la magia de la música «calmó» y «enloqueció» a un tiempo a las fieras.

MANOWAR tocan a un volumen brutal (en 1998 se repartieron taponos de cera para los oídos más sensibles de la primera fila, lo que me parece una estupidez: ¿vas a un concierto y te «tapas las orejas?»), pero con una increíble nitidez, cosa que agradecer cuando, hoy en día, muchos grupos provocan una especie de tormenta furibunda y sólo reconoces las canciones por que te las sabes de memoria. Se entregan al máximo, salen «a matar», comenzando con un «medley» de temas emblemáticos y muy potentes, que no ofrece piedad alguna. Después, se mezclan temas lentos con otros más trepidantes. La muchedumbre corea las canciones, la percusión es atronadora, la guitarra, aguda o pesada, cumple con creces su cometido. *Joe de Maio* emite unos sonidos de bajo infernalmente graves, muchas veces con salvaje distorsión, o punteos rápidos que me recuerdan el chocar de hojas de acero. Y la voz de *Eric Adams* cabalga desde el rugido al aullido épico y batallador. *Joey* y *Eric* nos transmiten el intenso dramatismo de los temas mediante su lenguaje corporal; no se limitan a crear música, también la interpretan. A MANOWAR o los amas o los aborreces. Sea como sea, no podrás olvidar fácilmente uno de sus shows.

Ahora, unas palabras sobre los fans. MANOWAR tiene una de las audiencias más fieles dentro del rock. En todos sus conciertos, el público llega ya «caliente», dispuesto a correrse

una buena juerga épica. El grupo ha recibido correspondencia escrita y firmada con sangre, de ahí el tema LA SANGRE DE LOS REYES, y fotografías de seguidores con la imaginación y el nombre de la banda tatuados en sus cuerpos. Un fan procedente del Círculo Ártico recorrió en avión más de mil millas para verlos tocar en Oslo. Un grupo de australianos se desplazaron hasta Japón y asistieron a los cuatro conciertos del País del Sol Naciente. En Argentina, se recogieron mil firmas para traer a MANOWAR a Buenos Aires, cosa que se logró.

¿Cuáles son las razones de tamaña lealtad y devoción, que muchos califican como falta de personalidad o infantil adolatría? Quizá se debe a que, tanto en lo musical como en las letras, la banda siempre ha buscado el extremo más afilado, sin hacer retroceder un ápice sus planteamientos básicos. La intransigencia y la resistencia han sido los pilares de MANOWAR. ¿Cuánto de pose adoptada y cuánto de sinceridad hay en ello? Objetivamente, pienso que hay parte de lo uno y parte de lo otro. Pero los hechos reales son que, mientras otros grupos han dejado en la estacada a sus fans, cambiando (a veces radicalmente) su estilo para subir con las modas, MANOWAR siempre ha escupido sobre la comercialidad y defendido con tajante furor el Heavy Metal, un género musical que muchos «ven» con malos ojos (habrían de ponerse gafas de grueso cristal), todo ello corriendo el riesgo de vender mucho menos y granjearse la ira de la prensa especializada (ya sabemos que la crítica, en cine, música o literatura, encumbra al que le cae en gracia y si no les sigue el juego, tratan de hundirlo en el barro. Un crítico expresa su opinión, no una verdad universal e inmutable). MANOWAR es un grupo en el que sus fans pueden confiar. Como dice el batería, *Scott Columbus*, «Tenemos los mejores fans del mundo».

Hasta aquí ha llegado el artículo. Los interesados en el grupo o en su música lo habrán leído entero. El resto, supongo, se lo habrán saltado. En todo caso, ahora traduzco algunas de sus mejores letras, pura y dura Fantasía Heroica, que encantarán, seguro, a todos nuestros lectores.

CABALGA EL DRAGÓN

(Ride the Dragon, extraído del álbum EL TRIUNFO DEL ACERO)

Sangre de Demonio y Fuego de Dragón caen
sobre mis alas
Durante la persecución, en la batalla del cielo.
Los Dioses Ancianos me llaman,
Cantan acerca de los héroes que me esperan para
ser destruidos
Vistiendo una capa mágica los encontraré en la
altura,
Soy invisible, me muevo sin un solo sonido,
Ellos buscan pero no pueden verme,
Piensan que no estoy aquí.
Mediante un conjuro los lanzo
para que se estrelen contra el suelo.
Espérame, Dragón, nos encontraremos en el cielo,
Por el fuego y la Magia yo lo juro.
¡El Infierno nos está llamandol

Nadie puede impedirnos volar
Hacia la negrura tormentosa.
Debemos morir para renacer.
Llevo un Talismán Sagrado, dibujo un Signo
Secreto.
Dadme la bienvenida a este viento salvaje.
Es el Camino del Brujo.
Debo cabalgar el Dragón.
¡Las puertas del Infierno están abiertas!
¡Dejadme entrar!
Gobierna en el Infierno o sirve en el Cielo.
Elige un trono o un altar,
Repudia las leyes y mandatos del hombre,
Prueba ahora la fruta del conocimiento,
Ve donde nadie te obligará a expiar los pecados
¡Y hunde tu alma en el fuego!

THOR (EL PODEROSO SEÑOR)

(Thor (The Powerhead), extraído del álbum EL SIGNO DEL MARTILLO)

Nubes negras sobre el horizonte,
Fuerte trueno y lluvia de fuego.
Su carro avanzada aplastando.
Oí a los cielos clamar Su nombre.
Lo contemplé cuando rugía,
Y a los gigantes que aquel día murieron.
Alzó muy alto Su martillo.
Y le pidió un Signo a Odín.
Thor el Poderoso, Thor el Bravo,
Que en tu camino destruyes a quienes no creen en ti.
Ninguno escapará a tu martillo.

Vive para morir durante el último día.
Dioses, Monstruos y Homóres
Morirán juntos, en el final.
Dios del Trueno, Dios de la Lluvia,
Hacedor de Terremotos, Quien no siente dolor,
El Señor Poderoso del Universo.
Ahora lanzas tu infinita maldición.
Prepara tu martillo para romper el cielo,
Levanta tu capa y podrás volar,
De vuelta a Odín y los Dioses de las Alturas,
Abandona este mundo mortal.

MATA CON PODER

(Kill with Power, extraído del álbum SALVE, INGLATERRA)

Escucha lo que ha sido escrito en el Viento.
Venimos para matar y matar de nuevo.
Nuestras flechas son nuestro saludo.
Disamos sobre cadáveres.
Cabalgamos a través del Umbral Nuboso,
Permanecemos en el abierto paso.
Conviértete en un berserker.
Que propague el miedo y el dolor.
Negro escudo y negras armas,
Negra es nuestra cadena.
Nadie puede contenernos,
Ni su fuego ni su hierro.

Porque tenemos el Poder...
¡Con poder mataremos!
¡Mata con Poder...!
¡Quere! ¡Quere!
Rezarás por la Guerra de Odín.
Debe desencadenarse la Maldición de las Armas.
Por la sangre de nuestros padres,
Sobre sus armas juramos hacer venganza.
Sin emitir un solo lamento.
Mata a los falsos.
¡Mata con Poder...!
¡Quere! ¡Quere!

EL VENGADOR OSCURO

(Dark Avenger, extraído del álbum HÍRONOS DE BATALLA)

Él rompió las leyes de los ancianos,
 Así que le arrancaron un ojo,
 Le quitaron sus tierras y su fortuna,
 Le dejaron morir.
 Abandonado en la ribera,
 Arrastrado por la marca.
 Mira cómo se le escapan la sangre y la vida.
 Los buitres le sobrevuelan, cada vez más cercanos.
 Los huesos se romperán,
 Pero el espíritu no puede morir.
 Y los Dioses contemplan su angustia, y le envían
 un Signo:
 Desde el fondo del océano,
 Emerge la nave de las almas perdidas
 Y lo llevan a donde lloran los no-muertos y no
 existe el descanso,
 A donde lloran los no-muertos y no existe el descanso.
 Y en el mundo superior, los Ancianos captan,
 Ahora habitan sus tierras.
 «¡Dejad que suene la Campana de la Muerte!»
 Él fue conocido en la Puerta del Hades,
 Por el guardián de las almas perdidas, el guardián
 de los no vengados.
 Y le saluda:
 «No dejes pasar la oportunidad de retornar al
 mundo del que llegaste,
 Y hacerles pagar, no sólo por tu sufrimiento,
 Sino también por las almas de los no vengados»

Y ellos pusieron en sus manos una espada llamada
 Venganza,
 Forjada en piedra y templada por las sufridas
 lágrimas de los no vengados.
 Y para acompañarlo en su vuelta al mundo superior,
 Hicieron venir al Demonio Caballo llamado
 Muerte Negra,
 Un temible corcel, fiero y poderoso, totalmente negro,
 Que podía hacerse uno con las tinieblas
 Salvo por sus ardientes ojos de fuego escarlata.
 Y esa noche el caballo desde el Infierno,
 Los cascos golpeaban como truenos.
 «Quemando, dando muerte, destruyendo,
 Violando a sus mujeres e hijas,
 En sangre y cobre mi deuda,
 El pago son sus vidas,
 Nadie puede escapar de mí,
 Yo cabalgo sobre Muerte Negra,
 Besa la espada Venganza
 Y tu cabeza cae a tu costado
 Como las vidas de quienes conocí,
 La carne desgarrada, te espera una lenta muerte,
 No perdono las tierras, ni a los sirvientes,
 Mi despertar significa lenta muerte.
 Me apodero de sus viudas y sus hijas,
 Ellas me observan,
 Descando tomar mi vida,
 Pero saben que, ahora, deben pagar»

EL PODER

(The Power, extraído del álbum A MAYOR VOLUCEN QUE EN EL INFIERNO)

Tengo el poder de volar con el viento,
 El Poder para ser libre, para morir y vivir de nuevo,
 Este Poder es como el fuego, el fuego ama arder
 Y hacer del mundo una tumba y urna llena de cenizas.
 El Poder de la Oscuridad para ver sin mirar,
 Caminar entre los vivos libre del acierto y del error.
 El Poder de la Magia, el Poder del Hechizo
 No para servir en el Cielo pero sí para gobernar
 en el Infierno.
 ¡El Poder! ¡El Poder! ¡El Poder!
 Este Poder es más grande que el Odio y el Amor,
 Este es el Poder de la voluntad y el destino,
 El Poder para matar, el Poder para sentir,
 El Poder de la Sangre, el Triunfo del Acero,
 Más grande que el poder del santo o del pecador.
 El Poder para desafiar, luchar y ganar,

El Poder de los Espíritus Demonios que yo comando
 Siempre a mi lado, para servir al Plan del Maestro.
 ¡El Poder! ¡El Poder! ¡El Poder!
 Nadie puede luchar contra el Poder, nadie puede
 luchar contra el viento.
 Los Secretos de la vida y la muerte se hallan en
 Su interior.
 Llamo al Poder de la Oscuridad y la Luz,
 Domina la tierra, sé el Señor de la Noche,
 Mata a todos los que se te opongan, mira dentro
 de sus ojos,
 Bebe su sangre y ríe mientras pagan por todas
 sus mentiras,
 Mea sobre sus tumbas y ejecuta el Hechizo Final,
 Vuela en la noche que conociste en el Infierno.
 ¡El Poder! ¡El Poder! ¡El Poder!

LA ORACIÓN DEL GUERRERO

(The Warrior's prayer, extraído el álbum Reyes del Metal)

-¡Abuelo, cuéntame una historia!
 -Está bien. Trac tu libro de cuentos.
 -No, no, no una de esas. ¡Una historia real!
 -¿Una historia real?
 -¡Sí! Cuéntame una de cuando eras joven.
 -Bien, entonces has de retroceder conmigo, muy atrás en el tiempo...

«...era mi decimotercer año, un frío día de invierno. Mientras yo atravesaba el bosque encantado, oí el sonido de caballos y hombres armados. Me propuse caminar hasta descubrir la fuente de tales ruidos. Cuando el bosque aclaró, me hallaba sobre una colina. Desde allí, vi a los Ejércitos del Mundo. Inmóviles. Esperando. Me pregunté a quién o a qué estarían esperando. Entonces, sopló un viento desde el Norte. Y por allá apareció un jinete solitario, empujando una espada de acero. Desde el Sur vino otro, portando un hacha de batalla. Por el Este llegó otro, aparrando una maza claveteada. Finalmente, desde el Oeste, un jinete que blandía un gran martillo de guerra»

«Les acompañaban los Soldados de la Muerte, seguidos por un Ejército de Inmortales. Eran pocos, pero la mirada de sus ojos contada a todos los que la contemplaban que el día para ellos terminaría con la muerte o con la victoria. Y hubo un gran silencio...»

«Mi corazón latía apresuradamente. El cielo se llenó de nubes tormentosas. Comenzó a llover. Y los cuatro vientos soplaron tan furiosamente que huí de guarecerme tras un árbol. Observé a los cuatro jinetes alzar sus armas. Sin ningún aviso, emitieron su grito de guerra y atacaron, cada gan-

do hacia la batalla. ¡Chocaron contra los Ejércitos del Mundo con un terrible estruendo! ¡Sentí el suelo temblar! ¡La tierra debió mucha sangre aquel día! ¡Los cuatro peleaban muy unidos, un torbellino de condenación!»

«...cuando desapareció el polvo, muchos miles habían muerto. Había mucha sangre y vísceras desparramadas. Los cuerpos yacían rotos y dispersos por todo el campo de batalla, como marrones hojas arrastradas por el viento. Los soldados de la Muerte hicieron asamblea, todos ellos les jurarían ahora su lealtad»

«Y los cuatro pronunciaron las palabras de La Oración del Guerrero:

«*Dioses de la Guerra, os llamo. Mi espada permanece a mi lado.*

Vivo una vida de honor, libre del falso orgullo.

Hago resallar mi fuerte, poderoso saludo.

Cubridme con la muerte si alguna vez os fallo.

Gloria. Majestad. Unidad.

¡Salve! ¡Salve! ¡Salve!»

«Y mientras yo les contemplaba, los Guerreros del Mundo gritaron su saludo. ¡Y sus voces de victoria se escucharon a lo largo y ancho de toda la tierra!»

«...bien, eso es todo. ¿Te gustó la historia?»

-¡Sí, fue grandioso!

-Oh, bien. Me alegro. Ahora, duérmete.

-¿Abuelo?

-¿Sí?

-¿Quiénes eran esos cuatro guerreros?

-¿Quiénes eran? ¡Ellos eran los Reyes del Metal!

DEFENSOR

(Defender), extraído del álbum LUCHANDO CONTRA EL MUNDO.

«Cuando seas lo suficientemente mayor como para comprender estas palabras descubrirás su auténtico significado.

Estas palabras son todo lo que te he dejado.

Y aunque nunca nos conocimos, mi único hijo,

Espero que sepas

Que yo estuve allí viéndote crecer.

Pero oí la llamada y huí de ir.

Ahora se te comunica tu misión,

Como fue mía durante tanto tiempo:

Ayudar a quienes no tienen ayuda, a quienes te

buscan,

Y defenderlos hasta el fin.

Defensor, cada día como el viento,

Lucha con orgullo, hijo mío.

Tu eres el Defensor

Que el Dios ha enviado».

¡Padre! ¡Padre! ¡Padre!

Te recuerdo, oigo tu llamada.

Tus cartas finalizan mi búsqueda.

Viviré el sueño que me has legado,

Ahora estoy dispuesto para estrechar la Mano del Destino,

Como el anochecer espera la madrugada.

¡Magos, arrojad vuestros hechizos,

Que no tienen fuerza para alcanzarme!

Así ha sido escrito, así debe ser.

El Tajo del Verdugo

Inauguramos una nueva sección dedicada a la CRÍTICA, no sólo literaria sino también dedicada al cine, el cómic, la música, etc... siempre, por supuesto, que versen sobre los temas que más nos interesan: Aventura, Épica y Fantasía heroica

«EL SOL DE BREDA» ARTURO PÉREZ-REVERTE

Arturo Pérez-Reverte y el Capitán Alatríste. Dos personajes sin duda significativos en la literatura, la historia y la épica de nuestro país. El primero es un conocido escritor de gran éxito, y el segundo el carismático personaje al que da vida Reverte en el ciclo de aventuras titulado «Las Aventuras del Capitán Alatríste» (hasta el momento ha habido tres entregas de dicho ciclo).

Reverte nos muestra en la saga del Capitán Alatríste cómo era la España en el siglo XVII, los tiempos de la Santa Inquisición y de los Tercios de Flandes, cuando la fiel infantería española se dejaba las tripas a golpe de tizona y a arcabuzazos por los campos de batalla de media Europa.

Las novelas de Alatríste configuran un auténtico recorrido virtual por dicho siglo, donde se habla de historia, religión y política, siempre en el marco clásico de las novelas de aventuras y espadachines.

Novelas que, en nuestro país, han gozado de una triste fama. La novela de aventuras -y ya no digamos la de fantasía- ha sido denostada o ignorada por la crítica, como si fuera literatura menor. Hay que



EL SOL DE BREDA
264 PÁGS., 2.400 PTAS.
EDITORIAL ALFAGUARA

alabar la valentía de Reverte al escribir esta saga de novelas por las que, en un principio, nadie apostaba. Según el autor «de no tener éxito, nunca hubieran publicado a Alatríste».

Sin embargo, una vez publicadas, las novelas de Alatríste han batido cifras de ventas con sus numerosas tiradas, por mucho que le pese a los críticos.

En «El Sol de Breda» Reverte subraya su dura crítica de la nobleza y la incompetencia crónica de los dirigentes de España, en contraste con la gallardía y arrojo del soldado es-

pañol, temido y odiado en toda Europa.

Ya en la portada puede comprobarse esto, pues la magnífica ilustración está basada en el famoso cuadro de Velázquez «Las Lanzas», pero desde otra perspectiva: no la de los dirigentes, sino la de los soldados como verdaderos protagonistas que con tanto esfuerzo anónimo peleaban por su patria.

La campaña militar que finalizó con la toma de Breda ocupa la novela, descrita con un acierto y crudeza impresionantes, resaltando el dramatismo de muchas escenas de la batalla, en las que casi salpica la sangre, ciega el humo y atronan los tambores y los gritos de «¡Cierra España!».

Sin duda, la experiencia personal del autor de más de veinte años de reportero de guerra le han ayudado mucho a reflejar lo que se siente en una guerra real, rodeado de miseria, muerte y desolación.

La documentación es excelente, como en todos sus libros, aunque no extraña sabiendo que Reverte es un buen conocedor del siglo XVII y posee una amplia cantidad de fuentes bibliográficas del mismo.

Los tres libros de esta saga son muy recomendables, pero sin duda el más épico, duro y sobrecogedor es «El Sol de Breda». Tal vez lo único negativo sea su brevedad; igual que los anteriores, si no más, se lee con pasmosa facilidad, e, incluso, con avidez.



Compañeros de Batalla

AVAILABLE Nº 4

Nueva entrega del fanzine más moderno, vanguardista e «in» del fandom. A todos los que les atraiga el glamour, las nuevas tendencias y la cultura popular, mezclado y sazonado con fina ironía, les encantará AVAILABLE.

A la tripulación de Available (Giovanni Gain, La Taquillera Justiciera y Oscar Wildest) se le suman los colaboradores Pedro Belushi, Andrew Warrior, Gerrard y Elizabeth WhereIcan.

MÚSICA:

- ✓ «Available en CD»
- ✓ «The Artist in Marbellas»
- ✓ «Nuestro Tributo a Depeche Mode»

TV Y CINE:

- ✓ «Las Teleseries del Verano»
- ✓ «Besos que nunca te di»

TEXTOS:

- ✓ «El dolor del recuerdo»
- ✓ «Retrato del Hombre que sabía demasiado»
- ✓ «Sin título»

SECCIONES HABITUALES

- ✓ El Rincón de Gio
- ✓ Brevas
- ✓ Frases que matan

Formato: Din A5, 54 págs.
Precio: 300 ptas.

DIRECCIÓN DE CONTACTO:

Apto. 150267
28020 Madrid



EL CENTINELA Nº 1

Las huestes de EL CENTINELA vuelven al sendero de la guerra, con esta segunda entrega (recordemos que la primera fue la nº 0) patrocinada por la Junta de Castilla y León y el Ayuntamiento de Valladolid. Una publicación fresca e interesante para todos los aficionados al Terror, la Ci-Fi y la Fantasía. En este ejemplar encontramos el siguiente contenido:

- ✓ «El Forastero», relato, de Miguel A. Aijón
- ✓ «Stop», cómic, de Alberto Valentín Saldaña
- ✓ «Hijo del Gusano», relato, de Andrés Díaz Sánchez
- ✓ Poemas de Beredil y Miguel A. Garrido Gallego
- ✓ «Hipnotico», cómic, de Iván Hojas
- ✓ «Detrás del Viento del Norte», artículo, de Lin Carter

✓ Artículo musical, por Iván Ávila Nieto

Y todo este suculento contenido por sólo cien pesetas. No hay excusa: no podéis perderoslo.

Formato: Din A5, 66 págs.
Precio: 100 ptas.

COLABORACIONES Y PEDIDOS A:

David García del campo
C/ Hermanitas de la Cruz, 2, 2º C
47013 - Valladolid



LA ESPADA BASTARDA Nº 1

Los muchachos de LA ESPADA BASTARDA vuelven a blandirla con fuerza, en este número cargado de material sobre la Aventura y la Fantasía Heroica.



CONTENIDO:

- ✓ «Kull el conquistador», artículo, por R. D. Orts
- ✓ «La Sombra de la Muerte», relato, por R. E. Howard
- ✓ «John Buscema», artículo, de Sergio Sogorb Albertus
- ✓ Portafolio de John Buscema
- ✓ «Jack London», artículo, por Sergio Sogorb Albertus y Mac
- ✓ «El Camino Oscuro», cómic, por J.L. Rodríguez
- ✓ «El Aliento de la Muerte», relato, por A. Díaz Sánchez
- ✓ «El Castillo Olvidado», relato, por Jorge Martínez Villaseñor
- ✓ Entrevistas a Enric Rebollo, Ana Miralles y Emilio Ruiz
- ✓ Reseñas de fanzines

Formato: Din A4, 52 págs.

Precio: 250 ptas.

PEDIDOS Y COLABORACIONES:

La Espada Bastarda
C/ Nueva Baja 21, 1º
03004 - Alicante

E-mail: ssa@abonados.cplus.es

KASTELLÓ N° 68

Este veteranísimo (fijaos en el n°, guerreros, ¿cómo lo harán?) fanzine llega para hacer las delicias de los rebeldes, intransigentes, subversivos, inadaptados y todo el que desee, en definitiva, alzar una po-



derosa crítica contra lo peor del sistema social.

Pero no es todo tan serio: el humor, corrosivo e ingenioso, rebosa desde sus páginas. Para luchadores irreductibles.

Colaboran: *Adrián Valdés, Acapu, Alimotxe, Andrés Díaz, Elvis Pérez, Hel, J. Koresteleu, J.M. Vara, Juárez, J. Sánchez, L'Águila, L'Eixem, L. Pozo, M.A. Guerrero, M. Dos, Mayesika, N. Amaro, P. Pérez, P. Iuruzán, S. D. Delgado, Stalin, Toni, V. Muñoz, Wozzek.*

Artículos y relatos irreverentes e infinidad de chistes ácidos.

Formato: Din A5, 52 págs.

DIRECCIÓN DE CONTACTO:

Apto. 139
12080 - Castellón

E-mail: Kastello@geocities.com

ASILO DE LUNÁTICOS

Atención, Guerreros de Cádiz! Podéis conocer y disfrutar de los temas que más nos interesan (Rol, Fantasía, Ci-Fi, Terror, cómics) en el programa de radio ASILO DE LUNÁTICOS, 107.1 de la FM (Radio Sol), los miércoles, de 21:00 a 22:00 horas. No dejéis de escucharlo.

PARA MÁS INFORMACIÓN:

Radio Sol /Asilo de Lunáticos
Ramón Vías
C/ Soledad, S/N
Puertoreal 11510 - Cádiz
Tlfnº: 956 834253 ó 956 834254

Y, amigos del fandom, no olvidéis enviarles vuestras publicaciones

«CON LOVECRAFT EN LAS MONTAÑAS DE LA LOCURA» «EL ÁNGEL EXTERMINADOR»

Desde Chile nos llegan estos escritos; el primero es un estudio serio y respetuoso sobre la figura del genio de Providence, sus repercusiones y sus orígenes. Lo edita la

LIGA LOVECRAFTIANA, una asociación que promueve el género Fantástico.

Imprescindible para los adoradores de Cthulhu y Dagón.

«EL ÁNGEL EXTERMINADOR» es un compendio de escritos fantásticos, fruto de *Marco Paredes*, un brillante escritor que en esta obra alcanza importantes cotas de tenebrosa grandeza, describiendo un mundo asolado por la muerte, la desolación y el más violento caos, todo ello impregnado de un profundo sentido trágico y poético.

El Ángel Exterminador



Formato: «CON LOVECRAFT EN LAS MONTAÑAS DE LA LOCURA», Din A4, 25 págs. «EL ANGEL EXTERMINADOR», Din A5, unas 10 págs. cada n°.

INFORMACIÓN Y PEDIDOS:

Marcos Paredes Chacón
Gran Avenida 7061 La Cisterna
716.02.92 Santiago, Chile

MERCENARIOS DEL INFIERNO

En este volumen autoconclusivo *Andrés Díaz Sánchez, El Destructor de Héroes* nos ofrece cinco relatos de marcado acento épico y batallador, sólo aptos para espíritus salvajes, en lo que lo heroico y lo horrendamente sobrenatural cruzan sus aceros.

Un poderoso recorrido a través del Medioevo Centroeuropeo, la Reconquista Ibérica, las cultu-

ras céltica y nórdica y la lejana y exótica Asiria.

PARA CONSEGUIRLO, ESCRIBID A:

Andrés Díaz Sánchez
C/ Florencio Sanz nº 15, 2º D
28025 Madrid



CRÓNICAS DE ACERO Nº 4

Un nuevo ejemplar de esta publicación dedicada a satisfacer a todos los guerreros que ansían historias épicas, plagadas de héroes poderosos, hechicería y gloriosas batallas. Si tenéis un alma salvaje, no podéis perdérselo. En este número encontraréis:

- ✓ «*Génesis*», cómic, de Bernardo Reyes
- ✓ «*El Viejo Rey*», relato, de Andrés Díaz Sánchez
- ✓ *Ilustraciones variadas* de Carlos Jiménez, Eduardo Burgos, Bernardo Reyes y Fabricio Reyes
- ✓ «*Exilio forzado*», cómic, de Bernardo Reyes y Carlos Jiménez
- ✓ «*La Venganza del Dios Dragón*», relato, de Pedro García
- ✓ *Secciones de correo y reseña de fanzines*

Formato: Din A4, 36 págs.
Precio: 200 ptas.



Con la inestimable colaboración de Fernando Caro, *El que recoge los Huesos*, y José Rafael Pina, *El Lobo Solitario*.

Los relatos que componen el volumen son:

- ✓ *Mercenarios del Infierno*
- ✓ *Los Cazadores de Cabezas*
- ✓ *La Furia de Odín*
- ✓ *Espadas de Castilla*
- ✓ *El Asirio*



PEDIDOS, INFORMACIÓN Y

COLABORACIONES:

Carlos Jiménez Marín
Avenida Medina Azahara nº 49,
P2, Bajo B
14005 - Córdoba



Eugenio Fraile La Ossa
Muñoz Grandes 51
28025 - Madrid

EL CÍRCULO DE LHORK

(Colectivo internacional de Fantasía)

Como información de interés sobre el Círculo de Lhork, sus miembros, publicaciones, la manera de suscribirse a ellas, contenido de las mismas y formas de colaborar, aquí detallamos todas esas cuestiones:

1. El círculo de Lhork es un colectivo serio, organizado y estructurado para que, a través del esfuerzo general de todos sus miembros y del individuo en particular, se potencien y den a conocer géneros como la Fantasía, Ciencia Ficción, Terror, Espada y Brujería, el Cómic, juegos de Rol, Aventura, Novela Policiaca, Novela Gótica, etc...
2. Para ser miembro del Círculo de Lhork, el solicitante ha de comprometerse obligatoriamente a colaborar con regularidad en todos los proyectos que marque el CIO (Círculo Interno Organizativo) y a cumplir con los requisitos necesarios que se piden para acceder a la categoría de miembro, según marcan los Principios Generales de Organización por los cuales se rige el Círculo de Lhork
3. No existe cuota de ingreso, pero los miembros del círculo ayudan en la edición de las revistas suscribiéndose voluntariamente.
4. En caso de querer colaborar únicamente de manera ocasional, el interesado podrá optar a la categoría de Colaborador.
5. Todos los miembros tienen derecho siempre a un ejemplar de las publicaciones del Círculo, y los colaboradores únicamente cuando se publique el material que ha enviado.
6. Los miembros del Círculo de Lhork reciben un carnet que les acredita ante asociaciones culturales, librerías, bibliotecas, etc...
7. El Círculo de Lhork edita dos revistas de periodicidad trimestral. Son el «Lhork» y el «Lhork Extra». La primera tiene portada y contraportada en blanco y negro y su contenido es de temática general, teniendo claro que se publican trabajos de los géneros antes citados. El número de páginas es de 50 a 70, y su precio oscila entre las 500-700 ptas. (PVP). Se editan al año, por lo tanto, cuatro números, dos de «Lhork» y dos de «Lhork Extra».
8. El «Lhork Extra» tiene portada y contraportada en color, de entre 70 y 100 páginas, su precio es de 800 a 1000 ptas., y sus contenidos se dedican a temas monográficos o autores clásicos.
9. La suscripción anual a las revistas del Círculo cuesta 4.000 ptas., incluidos los gastos de envío. La suscripción se abona mediante giro postal y se admite la venta de números sueltos mientras quedan ejemplares de reserva.
10. El Círculo de Lhork tiene secciones en el extranjero, en E.E.U.U., Canadá, México, Chile y colaboradores en Argentina, Rusia y Francia.
11. El Círculo de Lhork tiene una Sala de Reuniones en la Casa de Juventud del Excmo. Ayto. de Las Rozas (Madrid). Todos los últimos sábados de cada mes, por las mañanas, se celebran debates, coloquios y conferencias acompañados de películas de vídeo, a los cuales pueden asistir gratuitamente todos aquellos aficionados interesados.
12. El Círculo de Lhork está hermanado con otros colectivos del fandom, como «Los Dilettantes de Lovecraft» (Madrid), «El Círculo de Holmes» (Barcelona), «El Círculo Andaluz de Tebeos» (Sevilla), «La Liga Lovecraftiana» (Chile) y muchas otras publicaciones del fandom nacional e internacional.

La Horda

◆ Desde **Alcobendas (Madrid)** nos llega la carta de **Natalia Aguado Guadalix**:

*«Desde el primer día que vi la presentación del nº 1 de **Sangre y Acero**, quise hacerme con uno de los ejemplares de la revista, y digo revista porque creo que el resultado es increíble»*

«...creo que esta revista más que ir dirigida a gente violenta va dirigida a gente energética, la cual se marca unos objetivos y no para hasta que los consigue. A mi parecer, lo que transmite esta revista es fuerza, energía, vamos, que te «recarga las pilas»

«...los relatos no bajan su calidad nunca, los artículos son muy interesantes y las fotografías e ilustraciones son fascinantes»

Muchas gracias por tus ánimos y felicitaciones, amiga valquiria. Desde el primer nº quisimos darle a S&A un aspecto lo más profesional posible, por eso parece una revista de «tomo y lomo». Das en el clavo cuando interpretas a qué tipo de gente está destinada S&A: a la que se marca metas y las rebasa.

No pretendemos centrarnos en la violencia por la violencia, ni en el sadismo gratuito, sino, cómo tú bien señalas, en proyectar fuerza y energía. Hoy hay que ser fuerte y luchar, para conseguir y mantener un puesto de trabajo, sacar adelante unos estudios o una familia. Luchar para tener éxito en lo que te hayas propuesto, para mantener tus convicciones y personalidad en una sociedad que sólo te considera una rueda más en el engranaje. Los héroes de nuestra pu-

blicación luchan y no se rinden. Ésa es la fuerza que deseamos transmitir. No nos gustan los llorones de mentalidad pusilánime, sino quien se arriesga y es fuerza para triunfar.

Sobre los artículos, relatos y demás contenido de la revista, intentamos ir al 100% en su intensidad y calidad. Nuestra mayor recompensa es vuestra aprobación. Te esperamos en La Horda del próximo nº. Un saludazo.



◆ El guerrero **Luis Ruiz López** nos escribe desde **Bilbao**, remitiéndonos el siguiente párrafo:

«Hola, amigos, acabo de leer S&A y os escribo estas líneas para felicitaros por sacar una nueva publicación, espero que sigáis en la brecha por mucho tiempo. No os quiero hacer ninguna crítica, pero lo único que he echado a faltar es una sección de comentarios sobre libros y/o autores. Deciros también que los amantes de la Fantasía Heroica estamos de enhorabuena. A ver si lográis superar a otras míticas publicaciones como Fan de Fantasía o Berserker. Uno se sorprende de que sigan saliendo fanzines a pesar de su escasa difusión (y ventas) y el trabajo que cuesta realizarlos. Un saludo afectuoso»

Gracias, amigo Luis, por tu apoyo y deseos de continuidad. Por supuesto, seguiremos seguir en esto durante todo el tiempo posible, y más aún, nos enorgullece editar una revista íntegramente dedicada a los temas que más nos y os

interesan. Sobre la sección de críticas literarias, en este mismo nº encontrarás una dedicada al magnífico «El Sol de Breda», de nuestro celeberrimo Arturo Pérez-Reverte, que satisfecerá ese deseo de tratar el panorama editorial.

En el futuro, es muy posible que por nuestras páginas desfilen todos esos maravillosos libros que todos conservamos en nuestro cuarto como oro en paño.

Nos honra que nos relaciones con esas antiguas y gloriosas publicaciones que abrieron heroica brecha en el Fandom español. Aún así, nosotros no deseamos compararnos ni ser comparados con nadie, hemos creado un estilo propio y pensamos mantenerlo, intentando mejorar número tras número, respetando a todos nuestros compañeros de batalla del mundo «fanzinero», en el cuál, cómo tú dices, no se gana dinero alguno. Esto sí se hace por amor al Arte, y no al vil metal. Muchas gracias por tus opiniones, un fuerte abrazo.



◆ Allende los mares nos llega la misiva de **Marcos Paredes**, de **Santiago, Chile**, junto a dos publicaciones que reseñamos en Compañeros de Batalla:

«No cabe más que felicitaros por vuestro hijo editorial, tan solo mirarlo cualquiera, hasta el más obtuso, puede darse cuenta de que es el fruto de un cuidadoso y apasionado período de gestación. El diseño, las ilus-

traciones, la tipografía; la estructuración, el modo de presentar el índice y la relación de miembros y colaboradores, todo me ha parecido muy justo respecto al carácter y filosofía de vuestra revista. Y la idea de encabezar cada relato con una ilustración a toda página, me parece bellísima. He visto muchas publicaciones de literatura heroica, pero hasta ahora ninguna ha logrado la calidad de la vuestra»

«He leído vuestra revista con mucho cuidado y los relatos y artículos me han gustado mucho. Se nota un trabajo constante y cuidadoso, conocimientos más allá de lo meramente anecdótico e informativo y un talento natural que no se puede conseguir prestado en ninguna parte. Mas, me parece que los dibujos de El Hacha de la Venganza no están de acuerdo con la calidad de otras ilustraciones. La historia sólo se cuenta con palabras, los dibujos carecen de expresión y no cuentan ninguna historia. Supongo que vuestro dibujante está aún formándose, y opino sólo desde el punto de vista de un profano. Os felicito también por la calidad en la reproducción de las imágenes que ilustran los artículos, detalle que suelen descuidar algunos editores. En síntesis, un trabajo de primera, susceptible de mejorar, como todo arte que nace de las manos de hacedores que aún no terminan de hacerse a sí mismos»

Muchas gracias, amigo Marcos, por tu carta y las palabras de elogio que viertes en ella. Nos agrada mucho que te haya gustado la presentación del primer número, y esperamos que la del presente te satisfaga tanto o más. Por supuesto, hemos cuidado al máximo todos los detalles, y tan sólo lamentamos no poder ofrecer mejores medios de impresión para esta revista. Pero todo se andará.

Sin embargo, no estamos de acuerdo con la crítica que emites sobre Carlos Jiménez. Por supuesto, no es un autor profesional (aún) ni ninguno de los que integramos S&A. A todos nos queda camino que recorrer, camino que seguimos con empeño e ilusión, pese a las dificultades

Creemos que los dibujos de «El Hacha de la Venganza» reúnen calidad suficiente para su edición, y nuestra confianza en este autor nos ha llevado a la publicación de un portafolio con sus mejores ilustraciones en este número. En ellas puede apreciarse su trazo vigoroso y mayestático, aunado con el dominio tenebroso de las sombras que engrandecen su dibujo.

De todas formas, respetamos tu opinión. Gracias por tus críticas favorables y mensajes de ánimo. Te esperamos para la próxima edición de «La Horda».

◆ Nos llega carta de **Miguel Ángel Garrido, de Sabadell:**

«Me ha sorprendido la magnífica edición que habéis hecho y el formato que lo convierte en una revista de amplio disfrute y precio equilibrado. En su interior me encuentro con las conocidas líneas de Andrés Díaz Sánchez en el mundo de la fantasía heroica. Andrés, hábil especialmente por sus argumentos y situaciones distintos siempre unos de otros pero en continua sintonía con la más pura Fantasía Heroica nos ofrece una historia interesante y bien narrada, que demuestra la madurez argumental en un autor ya veterano en las lides fanzineras»

«Interesante y bien documentado encuentro el artículo «La Daga». La prosa de José María Bravo se describe en su relato como bien escrita y bastante entretenida»

«El artículo de «La Caída del Imperio Romano» es un pequeño estudio histórico sobre el tema, de gran riqueza documental. Camblando de género, el cómic «El Hacha de la Venganza», aunque su autor gráfico, Carlos Jiménez, aún debe mejorar para llegar al nivel de los profesionales, demuestra un buen hacer en el seguimiento por viñetas de la historia y algunos detalles bastante interesantes en su dibujo como el de los fondos o un buen dominio de las sombras»

«Las ilustraciones de Fernando Caro sirven de broche final, y desvelan su cariño por la Fantasía Heroica y un buen dominio de las formas y anatomía, cosa de agradecer en estos tiempos de dibujos de monstruosas proporciones»

Muchas gracias, Guerrero del Amanecer, por tus críticas a nuestro primer número. Poco tenemos que añadir a tus palabras, salvo confirmarte nuestro agradecimiento y esperar que merezcamos por mucho tiempo tus alabanzas.

◆ Recibimos carta de **Rosa M^a Vargas Garrido, desde Huelva.** Estas son sus palabras acerca del nº 1 de S&A:

«Desde mi punto de vista, considero que la revista es todo un éxito por varios motivos: entre ellos el estupendo resul-

tado gráfico y el fantástico diseño de sus páginas, junto a su ameno contenido, teniendo en cuenta la falta de medios con la que se ha realizado todo: tener que recurrir a las fotocopias y no a una imprenta profesional (que es lo que se merecería esta revista) y la falta de un capital inicial y una adecuada distribución y publicidad»

«Me ha sorprendido gratamente la sección «Compañeros de Batalla», porque al fin y al cabo se dedica a la competencia y permite a los lectores interesados el contactar con otras publicaciones. De esta forma, le es posible al lector comparar y criticar vuestro trabajo con mejor perspectiva. Sin duda, eso demuestra que tenéis plena confianza en vuestro trabajo»

«Por último, su lectura me ha parecido muy interesante, pues no sólo se centra en relatos sino que aborda otros temas, con lo que puede llegar a muchos más lectores y ser más completo y eficaz»

Gracias, amiga, por tus alabanzas y la comprensión del esfuerzo realizado para llevar a cabo esta publicación. En efecto, es duro comenzar desde cero, sin medios adecuados, pero lo compensamos con creces con nuestro mayor entusiasmo, empeño y energía a la hora de escribir, diseñar y promocionar nuestra revista. Después de todo el sacrificio, nos sentimos orgullosos del resultado y sentimos renovadas fuerzas para acometer los números siguientes.

En efecto, nuestra sección Compañeros de Batalla le da el lector la posibilidad de contactar con otras publicaciones del Fandom, tributo obligado a todos nuestros compañeros en esta dura lucha de la publicación no profesional. Creemos que todo editor que se precie de serlo debe reservar un hueco para brindárselo a otras publicaciones que puedan serle de interés al lector.

Gracias por tu apoyo y ánimos. Un cordial abrazo.

◆ **Raúl Parra, de Viladecans,** nos dice así en su carta:

«Sirva esta misiva para felicitaros por la puesta en marcha de ese gran proyecto que es la publicación de una revista dedicada a la Fantasía y al género de Espada y Brujería. Siempre será bienvenida una revista de este tipo en España, un país con una gran legión de seguidores de la fantasía, pero con unos «grandes» medios que no parecen estar nunca

por lo que sucede. Así que mientras esto siga así, no quedará más remedio que embarcarse en proyectos como el vuestro para dar a conocer nuevas propuestas. Por eso os mando mi más sincero apoyo»

«Yo he de confesaros que el género de espada y brujería no es mi favorito (he sido fan de la literatura de terror, aunque cada vez más me alejo de lo fantástico), pero puedo deciros que siempre es reconfortante encontrar una publicación como la vuestra, sobre todo por ese algo que se desprende de ella: la honestidad, y eso es algo que siempre funciona, así que, ¡adelante!, seguid así»

«Otro de los puntos fuertes del fanzine es, en mi opinión, su magnífica puesta en escena, cosa que supongo habrá de agradecerse a su maquetador, José M^a Bravo Lineros»

«Bueno, después de toda esa ración de pipos y peloteo, sólo un único punto negro. Y este es, en mi humilde opinión, la selección de los relatos. Es lógico que en una revista como esta, de género, se traten los temas propios de éste, pero creo que por esta misma razón se debería cuidar un poco la selección para conseguir aportar nuevos temas y algo más de originalidad al Género Épico»

«Y, en fin, esto es todo; como ya he dicho, ¡seguid adelante! Un saludo de este dilatante»

Muchas gracias por tu carta, amigo, en la que incluyes ánimos y una interesante crítica.

Dices bien, a los «grandes medios» no les interesan muchos de los temas que a nosotros sí. Pero tal no nos importa, que se queden con sus modas pasajeras y espectáculos a cuál más estúpido, y sus «grandes éxitos». Quizá las historias de guerreros legendarios no les interesen a los productores de cine o tv. Bien, a nosotros nos interesan aún menos sus bodrios y horteradas, aunque sean éxitos de audiencia.

Sí, procuramos realizar S&A con toda la honestidad posible, nosotros somos igualmente aficionados a los temas que tratamos y queremos disfrutar leyendo nuestra revista. No nos mueve ser más o menos comerciales o «políticamente correctos». Lo que deseamos es ofrecer fuerza y calidad.

Sobre la maquetación, José M^a Bravo aún no ha mostrado lo mejor que puede ofrecer. De seguro que la maquetación de S&A mejorará en próximos números, dejando a muchos boquiabiertos.

Respecto al «punto negro» que señalas, la selección de los relatos, com-

prendemos tu punto de vista y lo compartimos. Por ahora nos ceñimos a lo básico, pero procuraremos dar salida a la originalidad y la frescura. La Aventura, el género Épico y la Fantasía Heroica ofrecen múltiples campos a explorar, por mucho que tanto listillo crea que todo empieza y termina en músculos y violencia. Habrá escritos innovadores, junto a relatos «de la vieja guardia», menos complicados, pero más contundentes.

Te esperamos en los próximos números, guerrero. Un abrazo.

♦ José Rafael Martínez Pina, El Lobo Solitario, nos manda también carta sobre sus impresiones del primer número de S&A:

«En una palabra: excelente. Me ha impresionado en primer lugar el aspecto visual, con una maquetación tan cuidada y propia para el estilo de la publicación»

«Y de la calidad de los contenidos... ¡qué puedo decir? «La Serpiente del Mar» me ha parecido un ejemplo de la maestría narrativa de Andrés, al que llevo años admirando. «Sones de Muertes» me ha parecido también excelente, sobre todo por el mensaje implícito: La mayoría de historias presentan a guerreros triunfantes, y resulta agradablemente innovador presentar a un guerrero fracasado»

«Los artículos me parecen interesantes, y es buena cosa que los acompañéis de abundantes ilustraciones y fotos»

«El cómic no está nada mal, aunque yo prefiero historias más largas que permitan un mejor desarrollo de los personajes. De las ilustraciones de Fernando Caro, me confieso admirador suyo y le deseo suerte en sus futuros proyectos. Si continúa puliendo su estilo al ritmo actual, puede llegar muy lejos»

«El único aspecto negativo lo he observado en el cómic. Los textos de algunos de los bocadillos aparecen ligeramente borrosos. No encuentro nada más que no haya sido de mi agrado. Hasta pronto»

Nos complacen sobremanera tus elogios y los agradecemos profundamente, Lobo Solitario. Sobre el cómic, las historias largas son difíciles de acoger en una revista con un número de páginas bastante limitado, aunque como ves hemos aumentado su número. Si disponemos de historias más largas y de calidad,

las publicaremos, pero de momento pensamos incluirlas de menor extensión, pues así conseguimos un contenido más rico y variado.

Respecto al aspecto negativo, lo ratificamos. Dicho error se debió principalmente a sobrestimar la calidad de impresión de las fotocopias, que tienden a «emborronar» de forma inevitable el resultado final, aunque no podemos quejarnos en este sentido pues la calidad de las copias fue magnífica. Procuraremos que no vuelva a suceder tal cosa.

Bien, amigo, te esperamos para el siguiente número. Un cordial abrazo.

♦ David García del Campo (Valladolid), editor de «El Centinela», nos dice así en su carta:

«...felicidades por el n^o 1 de S&A. Casi pueden oírse los gritos y lamentos de la batalla al abrir sus páginas. De igual manera, la maquetación y presentación general es excepcional y soy incapaz de sacarle fallo alguno al conjunto de la revista. Os deseo mucha suerte y una larga vida editorial»

Gracias, David, por tu felicitación. Nos honran tus palabras de aliento y alabanza. Como a todos, te damos las gracias y te esperamos para el próximo n^o.

Y, por esta vez, esto fue todo. Volvemos a agradecer todas las muestras de apoyo hacia S&A y la excelente acogida de nuestro anterior número. Lucharemos por ser dignos de vuestra confianza durante mucho tiempo. Sin duda, no se incluyen aquí otras muchas cartas, debido a que hemos de ceñirnos a un espacio limitado. Esperamos que sepáis perdonarnos.

Solo resta animaros a que inundéis nuestros buzones con vuestras cartas.

ENVIAD VUESTRAS CARTAS A:

Andrés Díaz Sánchez
C/ Florencio Sanz, n^o 15, 2^o D
28025 - Madrid

José María Bravo Lineros
C/ Sarasate n^o 4, Caracas B, 6^o 3
21003 - Huelva

Sangre y Acero nº 2

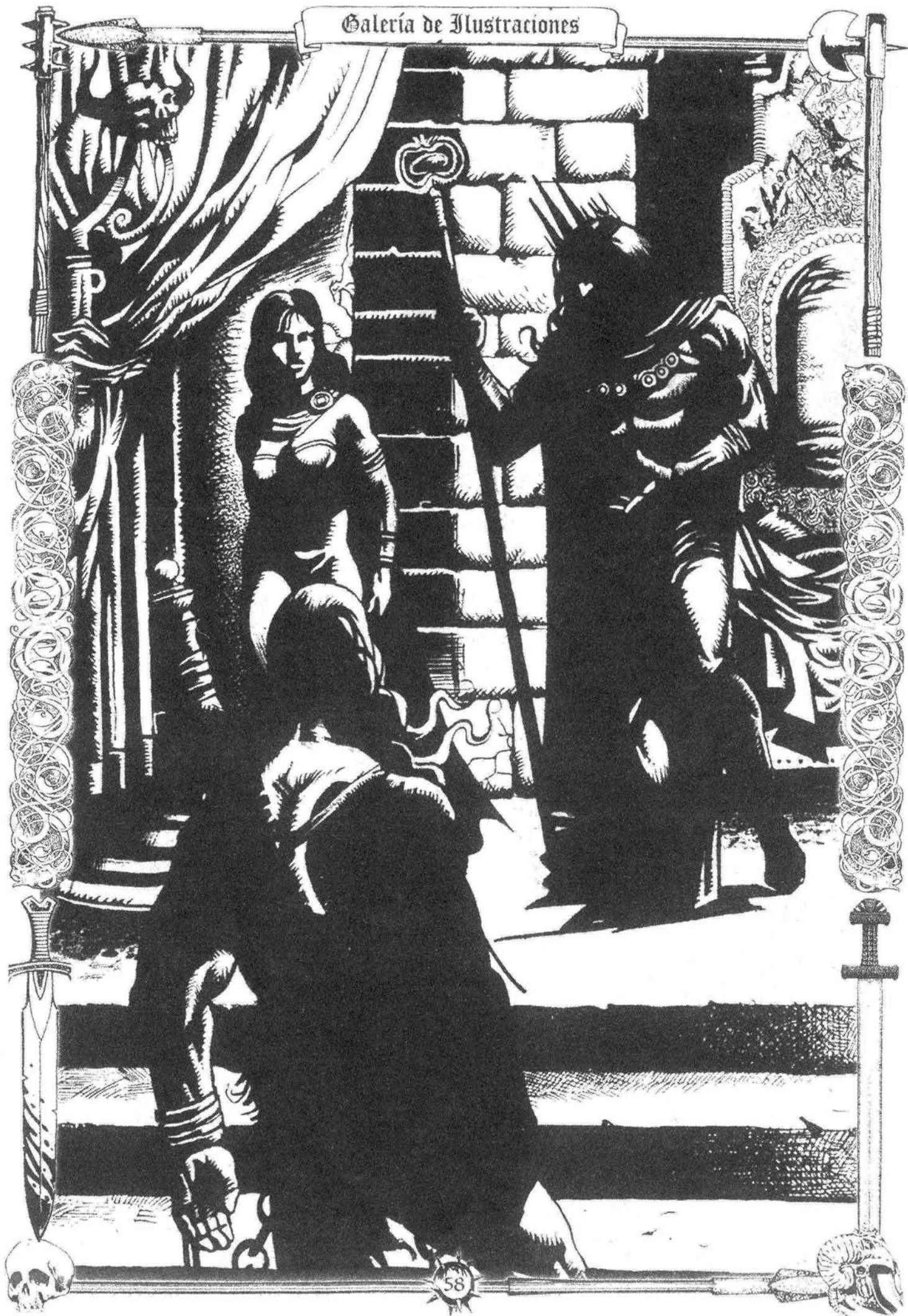
GALERÍA DE ILUSTRACIONES



CARLOS JIMÉNEZ

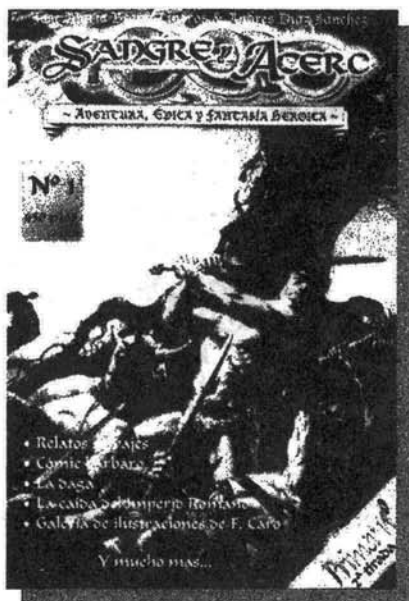












NÚMEROS ATRASADOS:

Sangre y Acero nº 1

CONTENIDO:

- ♦ LA SERPIENTE DEL MAR, RELATO
- ♦ LA DAGA, ARTÍCULO
- ♦ SONES DE MUERTE, RELATO
- ♦ LA CAÍDA DEL IMPERIO ROMANO, ARTÍCULO
- ♦ EL HACHA DE LA VENGANZA, CÓMIC
- ♦ ILUSTRACIONES DE FERNANDO CARO

DIN A4, 56 PÁGS/450 PTAS.

1ª TIRADA: NOVIEMBRE 1998 (AGOTADA)

2ª TIRADA: MARZO 1999

ALLÁ TÚ SI TE LO PIERDES...

VENTA DE NÚMEROS POR CORREO:

Para conseguir ejemplares de **Sangre y Acero** por correo, puedes:

- Enviarnos un giro postal por su **importe + 250 ptas.** en concepto de gastos de envío
- Ingresar su **importe + 250 ptas.** de gastos de envío a la siguiente cuenta de Argentaria:

Titular: José María Bravo Lineros

Nº de cuenta: 2974542398

Es importante que nos envíes una fotocopia del justificante del ingreso

FE DE ERRATAS:

- En nuestra sección **Compañeros de Batalla** del nº 1, 1ª tirada, omitimos de qué localidad era el apartado de correos del fanzine «El Grito». El maquetador pide disculpas a los editores de «El Grito» por el fallo cometido; éste fue corregido en la segunda tirada del nº 1. No obstante, repetimos aquí su dirección:

Fanzine «El Grito» - Apartado 767-39080 de Santander

- En ese mismo número y tirada, en la presentación de **La Horda**, incluimos una dirección de correo electrónico. Dicha dirección, por causas internas, no era válida. De momento, no hay disponible otra dirección de correo electrónico de S&A.

Librería *Miraguano*

C/ Hermosilla, 104 - 28009 Madrid

Telf: 91 401 16 990

Fax: 91 402 18 43

Internet: <http://www.miraguano-sa.es>

E-mail: miraguano@infor.net.es

**Todos los libros disponibles de Fantasía
y Ciencia-Ficción**

Ofertas y libros descatalogados

Fanzines

Enviamos por correo a cualquier lugar
que nos indique

Visita nuestra WEB:

<http://www.miraguano-sa.es>

Encontrarás nuestro catálogo, ofertas,
novedades y otras publicaciones

IMAGEN DEATH

PRODUCCIÓN - DISTRIBUCIÓN - CREACIÓN ARTÍSTICA

FANTASTICO - GORE - TERROR - INDEPENDIENTE

APARTADO DE CORREOS 395 C.P. 45080 TOLEDO

TLFN.: 610 01 83 24 FAX 925 - 25 14 66



-CASTILLA CÓMIC-

C/ ARRIBAS 7

TELF: 983 30 06 45

47002 - VALLADOLID

ARTE.9

DOCTOR ESQUERDO, 6 - MANUEL BECERRA - GOYA

28028 MADRID - TELF./FAX: 91 402 96 08

CRUZ, 37 - A 100 M. DE LA PUERTA DEL SOL

28012 MADRID - TELF./FAX: 91 532 47 14

HILARION ESLAVA, 56 - ARGÜELLES - MONCLOA

28015 MADRID - TELF./FAX: 91 543 23 43

C/ FRAY LUIS DE LEÓN, 19

47002 - VALLADOLID - TELF: 983 20 99 62

TODAS LAS CAMISETAS QUE PUEDES IMAGINAR

GENERACIÓN X

S. L.

CÓMICS • JUEGOS DE ROL Y ESTRATEGIA

ESPECIALISTAS EN JUEGOS DE CARTAS

COLECCIONABLES

C/ GALILEO 14

MADRID TLF./FAX:

28015 447 07 46

C/ GENERAL PARDIÑAS 31

MADRID TLF./FAX:

28001 435 23 12

C/ FERMÍN CABALLERO 57

MADRID TLF./FAX:

28034 730 01 68



The Splash!!

Suscríbete al catálogo The Splash!!
Por un año 1.800 ptas (incluidos los
gastos de envío)

Cómics nacionales y extranjeros
Los mejores precios del mercado

José Miguel Pérez Soriano
Kiosko Marvel Comics Jumilla
C/ Cánovas del Castillo s/n
(Frente Círculo Cultural/Casino)
30520 - Jumilla (Murcia)



CATÁLOGO GWAR
UNDERGROUND & GORE
APARTADO DE CORREOS Nº 24
30520 - JUMILLA (MURCIA)
SUSCRIPCIONES A TODAS LAS NOVEDADES U.S.A.
MUTACIONES. GORE. CRIATURAS DEFORMES.
VIOLENCIA Y SEXO
«LO MÁS TRASH»



MERCENARIOS DEL INFIERNO

CINCO RELATOS, CINCO TRALLAZOS DE LA MÁS PURA
Y SALVAJE FANTASÍA HEROICA QUE HARÁN ARDER
LA SANGRE EN TUS VENAS:

MERCENARIOS DEL INFIERNO
LOS CAZADORES DE CABEZAS
LA FURIA DE ODÍN
ESPADAS DE CASTILLA
EL ASIRIO

ESCRITOS POR ANDRÉS DÍAZ SÁNCHEZ E
ILUSTRADOS POR FERNANDO CARO.

NO PUEDES PERDERTELO.

PEDIDOS E INFORMACIÓN:

ANDRÉS DÍAZ SÁNCHEZ
C/ FLORENCIO SANZ Nº 15, 2º D
28025 - MADRID

